

BOGOTÁ

libro al
viento

Gilmer Mesa
Claudia Amador
Paula Camila O. Lema

Y MEDELLÍN

Andrés Ospina
Isabel Botero
Juan Salazar Piedrahita

CONTADAS





Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Bogotá y Medellín contadas es una edición especial que celebra la
hermandad cultural entre Medellín y Bogotá D. C.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Andrea Victorino Ramírez

Directora de Lectura y Bibliotecas

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parías Durán

Directora General

Lina María Gaviria Hurtado

Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Margarita Rosa Gallardo Vargas

Subdirectora de Formación Artística

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez

Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches

Gerente de Literatura

ALCALDÍA DE MEDELLÍN

Federico Gutiérrez Zuluaga

Alcalde de Medellín

SECRETARÍA DE CULTURA CIUDADANA

Santiago Silva Jaramillo

Secretario de Cultura Ciudadana

SUBSECRETARÍA DE BIBLIOTECAS, LECTURA Y PATRIMONIO

Natalia Londoño Restrepo

Subsecretaria de Bibliotecas, Lectura

y Patrimonio (E)

Herman Montoya Gil

Líder del programa Bibliotecas, Lectura

y Patrimonio

PRIMERA EDICIÓN PARA LIBRO AL VIENTO

Septiembre de 2025

Los derechos de los textos y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

Las opiniones expresadas en este libro son responsabilidad exclusiva de sus autores y no representan necesariamente la posición oficial de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Gilmer Mesa, Claudia Amador, Paula Camila O. Lema, Andrés Ospina, Isabel Botero, Juan Salazar Piedrahita, autoría

Javier Beltrán, dirección editorial

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo

Jesús Goyeneche Wilches, corrección de estilo

© Alison McKellar, por la foto de la página 4.

Fotografías de los autores:

Gilmer Mesa (Julián Gaviria Eldelasfotos), Claudia Amador (Jimena Cortés), Paula Camila O. Lema (archivo personal), Andrés Ospina (Carmen Triana), Isabel Botero (Lina Botero), Juan Salazar Piedrahita (Gabriel Linares)

ISBN impreso: 978-628-7686-78-6

Multi-Impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Septiembre de 2025

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

www.idartes.gov.co

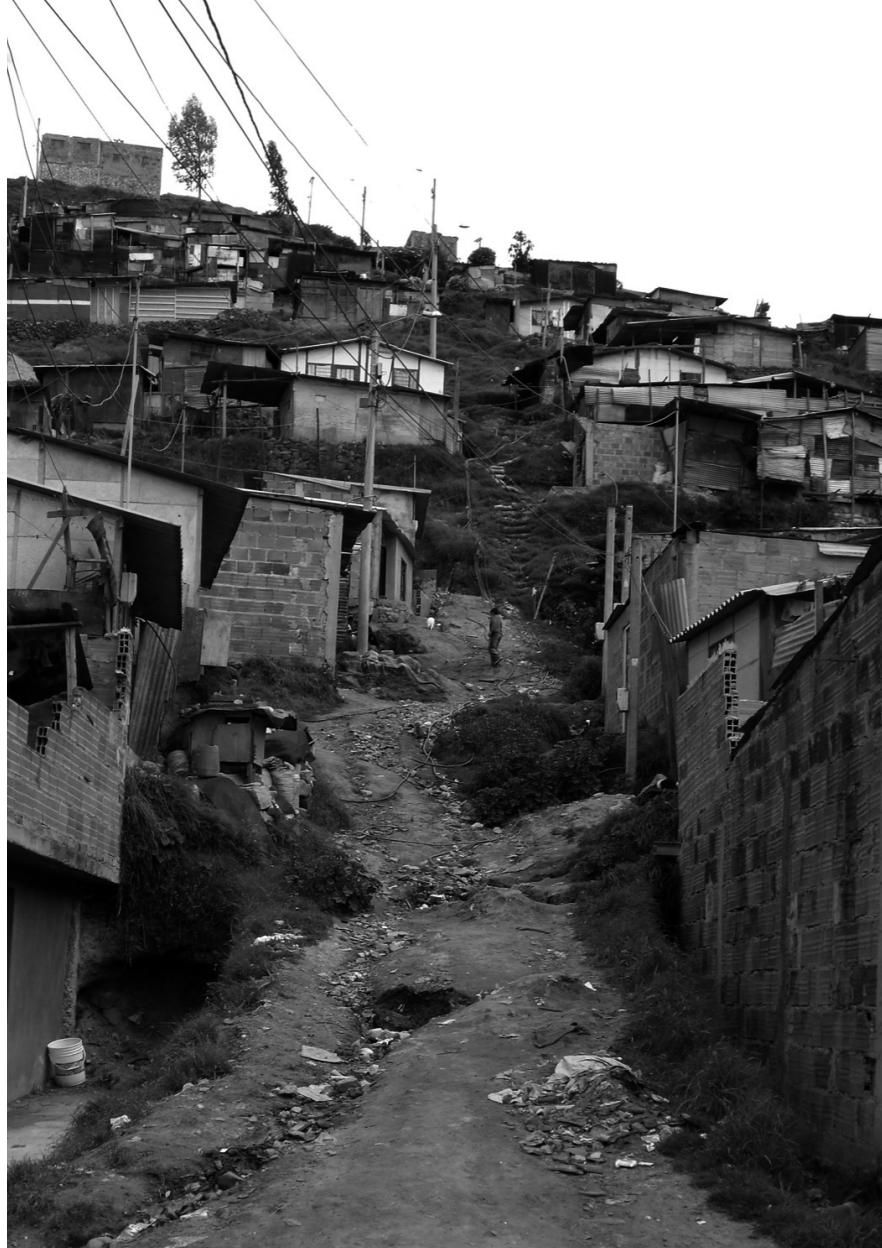
contactenos@idartes.gov.co

📍 @LibroAlViento 📧 @LibroAlViento

Esta coedición de la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Alcaldía de Medellín contó con el apoyo de Comfama.

BOGOTÁ Y
MEDELLÍN
CONTADAS

Ciudad Bolívar, Bogotá.



7

CAPITAL DE MONTAÑAS

Presentación

17

LA BOGOTANIDAD, RETALES MÍNIMOS DE UNA MEGACIUDAD

Gilmer Mesa

49

BARRIO ARRIBA, LA MONTAÑA

Claudia Amador

75

FUEGO Y VIENTO EN LA MONTAÑA

Paula Camila O. Lema

111

MANUAL DE SUPERVIVENCIA ROLA EN LADERAS AJENAS

Andrés Ospina

133

LAS PIEDRAS CANTAN

Isabel Botero

157

BARRIO BORDE

Juan Salazar Piedrahita

205

LOS AUTORES

Libro al Viento es un programa de fomento y democratización del libro y la lectura de Idartes, entidad adscrita a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

sonríe y abraza, pero huye. Nos huyó a nosotros primero y así sigue, ahora con mayor razón, porque no somos los rolos lo más fastidioso que le ha pasado a la ciudad, que ahora está llena de gringos (gringos de Europa, Australia, Israel y, por supuesto, gringos gringos), y a punta de abrirles las puertas y sonreír y ser amable en exceso, se ha hecho cara, difícil, ausente, abusiva con sus propias niñas. Medellín está en otra parte y no sabemos dónde. Otraparte, por supuesto, está en Envigado.

Medellín es siempre amable, pero quiere crédito por ello. Las cajeras en los supermercados no esperan a que se les agradezca y ya están diciendo “es con mucho gusto”; la gente en la calle te acompaña hasta el sitio a donde vas y no puedes sino preguntarte si no tenían nada más que hacer, pero eso ya no importa; no lo hacen por ti, lo hacen por sentir que son el lugar en el que los problemas se solucionan, los buenos de la historia, a diferencia de esa ciudad, tan cerca y tan lejos, donde parece que cualquiera está dispuesto a dejarte morir y en Bogotá ya se sabe: hasta los de acá sabemos que la sonrisa es solo dientes, que cuando uno dice “almorcemos”, nadie va a encontrarse a almorzar, o de pronto sí, pero tal vez no.

Entonces, uno está en Medellín, pero Medellín no está ahí. Cuando uno es rolo, se le pasa buscando esa ciudad, su

corazón verdadero y no digerimos bien esa sensación, porque nuestra ciudad es todo lo contrario. Bogotá es ineludible, inapelable. La gente busca salir de Bogotá a como dé lugar, pero Bogotá sigue ahí, hasta el último momento. Si uno no está mirando, se siente que conecta directo con Villavicencio y con Ibagué; como si hubiera un continuo de ladrillo que se extiende hasta Tunja por el norte, porque desde Bogotá no se mira a eso que tan antipáticamente llamamos “los territorios” y que inician en Centro Chía.

Bogotá ama intensamente, pero no le cuenta a nadie: entonces es lo mismo que nada, porque nada se habla con ella, ni en sus calles, tenidas por inseguras, siempre con dos huecos de más, ni en sus espacios públicos, donde la gente se siente feliz de ver gente, pero hasta ahí. Bogotá cree que es una ciudad con todos los acentos y todos los colores, pero teme a los pueblos indígenas, a las autoridades afro, a los rrom y a cualquiera que no sea blancomestizo, porque Bogotá es una ciudad progresista, que se supone que sabe que el racismo es vergonzoso y, sin embargo, considera a todos inmigrantes.

La capital recibe a todo el país y al tiempo añora la existencia de “lo bogotano”, siempre mascullando el pasado de tal o cual edificio y el nombre de su arquitecto, extrañando el frío y otras cosas peores, como los buses viejos y los cafés

tradicionales donde sirven mal café con mala cara, a los que nadie va, pero nadie quiere que se quiebren, y sí, es multicultural, diversa, gigantesca y crece, como una ameba sobre montañas, arenales, humedales y páramos; crece y sigue sin diluirse y parece ser más grande de lo que es. Bogotá es lo único real que mucha gente conoce y, por eso, es un gusto adquirido. Según la gente, en Bogotá nadie es bogotano, pero nadie podría ser otra cosa, tampoco. Por esa contradicción y la vergüenza del caos, ese racismo dormido y cordial, nos la pasamos poniéndonos apodos, para que nos crean que somos chéveres: Rolotá, Rololandia, Bogodarks, Mordor, Bogotrash, Cachaquistán. Sabemos que detrás de esa sonrisa, de dientes para atrás, está nuestra ciudad que hace rato perdimos, porque se hizo demasiado grande para agarrarla.

La gente de Medellín tiene que proponerse querer a Bogotá. Llegan en los primeros vuelos y se van en los segundos, con la chaqueta que solo tienen para ponérsela al llegar al aeropuerto José María Córdova y que se quitan cuando regresan a él. No se aguantan la lluvia ni el sol; odian los trancones y los barrios viejos, la cordialidad superficial y la antipatía sistémica; tienen la sensación de estar en un sitio impersonal, sin alma, pero hay algo que les atrae, porque intuyen que bajo esa primera impresión (una primera impresión larga,

todo hay que decirlo) existe otra ciudad invisible, un sitio de muchas posibilidades.

La rivalidad, sin embargo, es solamente uno de los varios puentes que comunica a las dos ciudades, parientes y rivales. Otro muy grande son las heridas, que, como cicatrices en un espejo, aún aparecen en un cuerpo y en otro a atormentar la memoria de las dos y sus sitios malditos, los escenarios de los carros bomba y los ecos de los gritos, la memoria de las casas de los bandidos, los dos estadios de fútbol y todo lo que trae consigo la triste memoria de una violencia incontrolable, fuente además de la fiesta sin fin, los conciertos, los cracks de los equipos, los carros de lujo, los políticos, los mapas electorales, etcétera.

El otro puente son las montañas. No porque sean exactamente las mismas, sino porque se usan igual. No solo eso: ese corazón desconocido y huidizo que tienen Bogotá y Medellín está ahí. No solamente en los cerros que contienen a Bogotá y que se ven cuando uno va subiendo hacia el oriente, como una pared sobre la que se cuelga la ciudad, sino también en las montañas que son omnipresentes en el fértil verde de Medellín. Son montañas que nos hablan de la ciudad que solamente habitan sus ciudadanos, los que llegaron sin permiso y los que se tomaron la atribución,

que no es lo mismo; paredes que ocultan otras comunidades que están mejor o peor, canteras y cimientos.

En las montañas de dos ciudades hermanas se tramitan las heridas más profundas, la violencia, la exclusión y el miedo; Bogotá y Medellín están flanqueadas por peñas tapizadas en casas de ladrillo, que a veces pintan los gobiernos y a veces las personas, para que sirvan como una memoria de la vida en los callejones semirrectilíneos que se pierden en las lomas y configuran el mapa de un territorio que solo conoce quien lo recorre a diario. Las canteras que permitieron que hubiera una ciudad y también los hogares de tantas personas remitidas al margen de las metrópolis, las casas que los gobiernos miran sin ver o ven, pero no tocan; territorios sin control, dueños y responsables de sus propios relatos, lugares sin memoria oficial, a los que hasta hace poco no llegaban sino los valientes en sus *jeps* y que poco a poco van entrando en un relato que durante tanto tiempo les excluyó.

Las seis historias que componen este volumen nacen precisamente de esta conexión, este portal entre las dos ciudades que configuran las montañas, de las que se descuelgan dos proyectos históricos gigantescos que no se encuentran en su centro ni en su cara más amable, pero sí en las historias de cada existencia que se refugia en las subidas y bajadas de ese inmenso tapiz. Este texto, que busco hacer más a

la manera de un terapeuta llamado a observar esta relación disfuncional, simplemente desea que esta serie de nuevos viajes a pie se lean y se aprecien como lo que en el fondo son: cartas de amor y de encuentro, momentos de verdadera conexión entre dos sistemas montañosos que se miran y se miran, sin ponerse de acuerdo para ir a almorzar.

Santiago Rivas

BOGOTÁ Y

Gilmer Mesa

Claudia Amador

Paula Camila O. Lema

MEDELLÍN

Andrés Ospina

Isabel Botero

Juan Salazar Piedrahita

CONTADAS



e imaginar y desear un futuro asentado allí. También exige espacios, porque una ciudad es compleja, diversa, enmarañada y plural, más si se trata de una como Bogotá, donde cada localidad, cada barrio y hasta cada calle parecen pertenecer a un mundo distinto y, sin embargo, no se puede visualizar —o siquiera concebir— sino como un todo en el que conviven estas diferencias. De ahí mi extrañeza cuando me invitaron a escribir un texto que hablara de esta ciudad, un lugar al que cada vez arribo con mayor frecuencia, pero que, sin importar cuántas veces lo visite, siempre me resulta distante, pero no por ser Bogotá: me pasa lo mismo en mi propia ciudad; me advierto igual de extranjero en El Poblado, Robledo o Chapinero. Por eso siento que mi verdadero enraizamiento no está en Medellín, sino en Aranjuez, mi barrio. Por fuera de sus fronteras respiro distinto, con pulmones prestados, alquilando el aire de cada bocanada, como si para estar tuviera que hacer algo, ofrecer algo, ganarme la estadía; a esto debo que mi visión de cualquier sitio distinto a mi barrio siempre sea la del turista que observa las cosas con gafas de sol, rozándolas apenas en su superficie sin lograr penetrarlas: no en su profundidad —lo que sería imposible—, sino siquiera en su dermis. Por lo tanto, la idea de Bogotá que paso a enunciar no es solo parcial, rudimentaria y desprolija, sino sobre todo banal, de una banalidad parecida a la del visitante que, por contemplar extasiado los higos

colgantes en un alféizar, no se percata de que está frente al palacio de Nabucodonosor.

Mi anémica percepción de esta ciudad se reduce a lugares y gentes vinculadas a tareas específicas e intereses particulares: un concierto, una feria del libro, una conferencia, un conversatorio o la visita a unos amigos que me brindan un punto de vista sesgado. Por eso, más que hablar de la ciudad, me limitaré a pasar un reporte de las distintas miradas que he recogido en algunas visitas que he realizado a la capital, para lo cual utilizaré como índice algunos tópicos narrativos que he encontrado repetidos en múltiples charlas desprevenidas y que se han convertido en una suerte de sentencias que definen, de alguna manera, la ciudad que he logrado captar.

Barthes define el mito hoy en día como un habla, y nos dice que todo lo que justifique un discurso puede ser mito, pues este no se define por el objeto de su mensaje, sino por la forma en que se lo profiere, y que sus límites son formales, no sustanciales. “El mito es un habla elegida por la historia”, asegura el semiólogo francés, de quien me pego para afirmar que Bogotá es una cosa, y otra cosa es la idea de Bogotá que se reproduce en los relatos de la gente sobre esta ciudad. Aplicando el concepto de “chinidad” que Barthes usa para describir el conjunto de creencias, mitos, leyendas, lugares comunes, signos y elementos culturales que conforman la

identidad de la China —en su ensayo “El mito, hoy”, de su libro *Mitologías*—, a ese mismo juego de creencias sobre nuestra capital he decidido llamarlo, en este texto, la bogotanidad.

La máxima simplicidad se opera en el foráneo —en este caso, yo— que pretende definir una ciudad como la suma de los lugares comunes que se tienen de ella, y que se refuerzan en las charlas desprevenidas con los habitantes de la misma, que no cuentan con el tiempo ni el deseo para demostrar las complejidades y subjetividades que hacen de una ciudad lo que verdaderamente es, participando así de un juego de ligerezas que son, en su mayoría, falsas o al menos parcialmente falsas, y que yo, en mi condición de extranjero —entre comillas— de esta ciudad, recibo y trataré de analizar aquí. Y a ese conjunto de máximas que crearon la imagen distorsionada de la Bogotá mítica es a lo que me referiré, para dejar claro que no pretendo dar una idea de esta ciudad que abarque todos los intrínquilis y vericuetos que la componen, sino tan solo la opinión de un opinador por encargo, que escucha y mira las cosas con asombro de neófito recién desembarcado, que no puede sino comparar cada rasgo, trazo o expresión con los de su tierra.

EN BOGOTÁ, LOS LUGARES COMUNES NO SON LUGARES NI SON COMUNES

El antropólogo francés Marc Augé, en su texto sobre los no lugares, nos habla de los lugares antropológicos, es decir, espacios concretos, bien definidos geográficamente, con identidad, relaciones e historia. Son identitarios porque definen a un grupo o cultura, relacionales porque implican interacciones entre personas e históricos porque tienen un pasado y un presente. Por lo tanto, pueden ser simbolizados porque representan un conjunto de sentidos múltiples y válidos para quienes los habitan, que incluye su misma división orgánica en subgrupos decantados por sus singularidades e intereses. Y pone al lado de estos lugares antropológicos, como un subproducto de la sobremodernidad, los no lugares: espacios sin identidad, relaciones ni historia, espacios impersonales y efímeros, lugares de paso e incluso algunos sin espacio físico, como las redes de comunicación, los *mass media*, las redes sociales, los centros comerciales, los hoteles, los aeropuertos y, en otra medida, las cárceles, los hospitales, los campos de refugiados, etcétera, lugares en donde es más perceptible el anonimato, la incomunicación y el individualismo a ultranza, porque no tienen un significado importante para quienes los habitan, ya que además los habitan temporalmente. Una gran ciudad como Bogotá cabalga entre los dos conceptos: es

un lugar antropológico para quienes la habitan y es, cada vez más, un no lugar para quienes la visitamos, porque, al igual que un aeropuerto o un almacén, son lugares diferentes según el vínculo que establezcamos con ellos. Para quien trabaja en un almacén, las normas de conducta, los códigos lingüísticos, las relaciones interpersonales, la manera de vestir y actuar y hasta las historias vividas en ese sitio son muy distintas que para quien entra eventualmente a comprar algo. Y una ciudad como la capital, con mayor razón, puesto que muchas personas llegamos a ella atraídos por su contenido turístico o por lo que se dice de ella, buscando verificar el discurso “mítico” que se ha tejido en torno a su figura —entendiendo el mito como un habla, según Barthes—, buscando su bogotanidad.

En la Bogotá de mis visitas, todo es de otros, le pertenece a otros, y todo es impersonal, al igual que los relatos que encuentro en la calle o que se cuentan los demás; la Bogotá de mi bogotanidad es, al igual que yo, errante, va viajando y solo es aprehensible por pedazos, en cada estación encuentro una máxima que me hace querer profundizar en ella, pero como no puedo trascender en mi permanencia más de lo estrictamente necesario, porque no hay tiempo, la información que recibo son tan solo indicios, fracciones de identidad fracturadas, retazos de un *collage* cultural que me hacen pensar que la bogotanidad sea eso, una colcha de retazos culturales que

disto mucho de la Bogotá real, a la cual nunca podré acceder, limitándome únicamente a ser un simple espectador apurado por construir un texto que hable de una ciudad que para mí siempre será un no lugar. No solo por mi transitoriedad, sino —y sobre todo— porque lo que escucho y veo de ella me deja la sensación de que son unos tópicos que no la abarcan en su variedad, y que en vez de abrirme una perspectiva me la cierran, retales de algo que siento que es más portentoso y enrevesado, que no consigo asir, y que entre más converso con la gente, más esquivada se me hace la ciudad como lugar antropológico y más terreno gana como no lugar, como ese sitio de paso al que, como colombianos, tenemos que asistir en algún momento de la vida por ser la capital o porque, como en mi caso, la profesión obliga, pues allí ocurren y concurren los fenómenos más importantes de la cultura, los negocios y la política, convirtiendo la experiencia en algo momentáneo y puntual, por más veces que se repita.

Algunos relatos sobre Bogotá se hacen pasar a menudo por la identidad de Bogotá, al menos para un extranjero como yo, que solo habita esta ciudad por tiempos mínimos y solo la entiende a partir de esas sentencias desencajadas que claramente construyen una imagen distorsionada, por lo cual a esa imagen y a ese relato los llamaré la bogotanidad, suscribiéndome al concepto de Barthes sobre la China que sirve de

epígrafe a este texto. Ahora, el discurso sobre la bogotanidad y su repetición en las publicaciones deforma la realidad de la ciudad, aunque también la contiene, porque en ese discurso anida la idea de verdad —al menos de la verdad subjetiva de quien lo profiere—, que a veces, y en cuanto a ciudades se refiere, es la única que interesa, porque es la que se tiene a mano y con la que se convive. Pero ese relato tampoco es uno solo, como tampoco lo es la ciudad: Bogotá son muchas Bogotá. Voy a tratar de describir algunas de esas ciudades diversas con las que me he encontrado en este viaje y en otros anteriores, a partir de silogismos que escuché al desgair y que habité someramente.

EL CENTRO

Las ciudades en Occidente suelen ser concéntricas y Bogotá no es la excepción: su centralidad está bien definida y durante mucho tiempo la ciudad requería su centro para subsistir, pues allí se daba la acción política (aun hoy), la movida intelectual, la vida religiosa, el intercambio comercial y el máximo interés turístico, actividades todas asociadas a los atributos de los no lugares. Por lo tanto, el centro de una ciudad no solo la define como lugar geográfico y en cierta medida antropológico, sino también como no lugar, por un lado, puesto que a

medida que la ciudad va creciendo, el centro va abandonando su condición de lugar y va cediendo a la de no lugar porque cada vez se habita menos y se visita más; las permanencias en el centro suelen ser más temporales y precisas: asistir a una misa, comprar algo o ir a tomarse una foto. Y, por otro lado, a medida que la ciudad crece, va creando nuevos centros que centralizan las partes de la ciudad descentralizadas: centros de lo descentrado, la plaza de la localidad, la iglesia del barrio, el parque del vecindario, lugares también de tránsito pero de tránsito reducido y, por ende, de centralidad reducida. Por lo cual Bogotá no solo es muchas Bogotá, sino que Bogotá también tiene muchos centros, casi que se podría decir que uno por cada ciudad que existe. Partiendo de esto, mi registro de los principales centros son la plaza de Bolívar, que, como cualquier turista desprevenido, es el sitio obligatorio al que acudir para registrar la imagen de postal que verifique mi estancia en la capital, además porque allí se toman las decisiones que nos rigen y que el tiempo ha conservado para que se mantenga imponente y limpiada para que no salga mal en las fotos, y que me recuerda el dicho usado por mi madre y sus amigas (“trapear por donde pasa la suegra”) para referirse al aseo selectivo que se hace de cualquier superficie para que aparezca a la vista del observador como inmaculada, guardándose de guiar el recorrido porque en las alcobas y debajo de la alfombra

se encaletó la suciedad. Y mientras veía la majestuosidad del Capitolio Nacional, el colegio de San Bartolomé o la iglesia de San Agustín tenía en mi mente, porque recordaba que, a escasas tres cuadras de allí, estaba ubicada la calle con más dientes que recuerde la ciudad: el célebre Cartucho, en donde se daban cita una variedad de crímenes y criminales que operaban sin control a vistas de todo el mundo. Más arriba está el Chorro de Quevedo, en el barrio La Candelaria, sitio nochiengo y bebedor que participa de la dinámica bohemia de la ciudad y que, en sus tiempos de mayor lustre —me decía la gente—, era el sitio predilecto de artistas e intelectuales como Rafael Pombo, Miguel Antonio Caro o José Caicedo Rojas, o ahora, más cerca en el tiempo, Santiago García, Mery Yolanda Sánchez o Jorge Olave. Su arquitectura colonial es hermosa y conservada, y refleja respeto por la tradición y la historia del sitio, pero también me dio la sensación de que este respeto guarda un regusto de desprecio hacia lo antiguo, como el fervor que suscitan los álbumes de fotos de la familia, que nos gusta tenerlos pero no mostrarlos porque las pintas y los peinados que reflejábamos nos avergüenzan hoy en día. Porque en la narrativa de la gente no encontré el orgullo de lo histórico, sino cierta condescendencia con lo pasado de moda, con lo que fue importante en una época pero ahora no luce o aparece deslucido y opaco, como el espanto de un

personaje ilustre. No en vano uno de los atractivos turísticos más promocionados es el *tour* fantasma, un recorrido por las calles empedradas del barrio, en donde guías ilustradísimos van revelando secretos y relatos escalofriantes de personajes históricos y eventos paranormales. Quizás por esa sensación de cosa pasada es que muchos habitantes de Bogotá ven este centro histórico como un sitio anacrónico, además de lejano, porque debido al exagerado crecimiento de la ciudad a partir de la década del cincuenta del siglo xx su ubicación se hace cada vez más apartada de los movimientos habituales de sus habitantes, y por eso necesitaron unos centros más centrales y más modernos, como el Parque de la 93 —tirando hacia el norte—, que llegó con el nuevo siglo a instalar una oferta distinta de diversión, con estilos *art déco* y una nutrida y variada oferta gastronómica, o hacia el sur el Parque El Tunal, reconstruido por la misma época y que hoy es centro de integración deportiva y cultural de la zona, por mencionar solo dos que pude ver en mi visita de los múltiples centros que pueblan la descentrada o, mejor, multicentral Bogotá.

LA FÁBRICA SUBTERRÁNEA

Siempre he sentido curiosidad por saber dónde está la fábrica que sostiene una ciudad. ¿Dónde se fabrica Bogotá? ¿En qué

sótano inmenso, como en *Underground* de Emir Kusturica, está la usina secreta que mantiene andando esta maquinaria enorme, convulsa, que nunca se detiene? Porque uno camina las calles, ve pasar los buses, esquivo a los vendedores ambulantes, atraviesa avenidas atestadas, escucha alarmas y pregones, huele el pan y el aceite viejo..., pero no ve la fuente, no ve la cocina donde se cuece esta ciudad.

Me gustaría saber cuántos botes de basura hay en Bogotá y dónde se hacen. ¿Quién decide cuántas bancas se ponen en un parque y de qué material deben ser? ¿Dónde está la fábrica que las moldea, el taller que las pinta, la bodega que las reparte? ¿Quién construye los semáforos, las rejas, las señalizaciones? ¿Dónde están los centros de acopio del cemento, los viveros que proveen los árboles que se siembran (si es que se siembran) en los separadores? ¿Dónde están los obreros invisibles que, desde la oscuridad, mantienen andando la superficie? Porque Bogotá, como toda megaciudad, parece construirse sola, como si fuera un monstruo que se reproduce espontáneamente. Pero no. Hay manos que la hacen, hay decisiones que la moldean, hay engranajes subterráneos que la sostienen. Me pregunto qué hace que una ciudad se convierta en megaciudad. ¿Es el tamaño?, ¿la densidad?, ¿la fragmentación? ¿O más bien es ese punto en que la ciudad deja de responder a una lógica humana y empieza a comportarse

como un cuerpo autónomo, indiferente a sus habitantes? En Bogotá no es tan fácil identificar ese corazón industrial que late por debajo. No hay un solo centro de poder o de producción. Tal vez porque, como decía antes, es una ciudad de muchos centros, de muchas ciudades dentro de una. Y cada ciudad debe tener su propia usina, su pequeño *underground*, su microfábrica de realidad. Pero ¿quién las conoce?, ¿quién las ha visitado? Tal vez haya que bajar muchos pisos, cruzar muchas puertas cerradas con llave, para encontrar el verdadero mapa de cómo se hace Bogotá, y quizás también —como en la película de Kusturica— para entender que debajo de cada celebración, de cada marcha, de cada parque renovado, hay una tensión latente, una historia que no se cuenta, una maquinaria silenciosa que no duerme. Tal vez la ciudad se hace en esos lugares a los que no se llega ni con Waze ni con Google Maps. Tal vez para verlos hay que mirar desde abajo, desde el humo y el polvo, donde todavía se escucha el eco de las cosas que se están haciendo.

EN BOGOTÁ, EL TRÁFICO ES IMPOSIBLE

No hay persona con quien uno converse en la capital que no termine mencionando el tráfico inverosímil y la dificultad de movimiento, lo que crea el primer oxímoron con que me topé

en mis viajes, pues todo el mundo habla de una ciudad en movimiento —y es cierto, la ciudad nunca se detiene, la gente anda de afán, ondulan incesantemente de un lado para otro, vibrante de oficios y rapidez—; sin embargo, esto se contradice con la quietud obligatoria del tráfico: en cuanto se entra a un vehículo para trasladarse a cualquier sitio, la vibración cesa, se ralentiza la vida a la brava, y el movimiento de afuera se enfrenta con el desplazamiento de babosa de las vías. Por eso, mi primera impresión de Bogotá es la de una ciudad estática, lerda en su desplazamiento, como esos ancianos que mantienen intacta la voluntad de movimiento pero cuyos miembros no les obedecen y por eso se mueven con rabia, porque cada paso es una conquista, y a donde sea que vayan llegan tarde, hastiados de su incapacidad, y no les queda más que el rencor contra todo lo que se mueva con soltura, es decir, con la vida misma, que no se detiene en trancones y sigue su curso. Los trancones —o tacos, como les decimos en mi ciudad— rompen con los ciclos rítmicos de la naturaleza, creando nuevos ciclos elongados y variables, que nutren la ansiedad y el cansancio. No sé cuántas veces se puede consultar el reloj mientras se está contemplando la misma fachada. En Bogotá no se necesitan más vías, se necesitan otros relojes que midan el tiempo en minutos quietos de tránsito, porque allí no se paga una carrera, se paga un arriendo. Y es tanta la imposibilidad

de llegar a tiempo a cualquier parte que debería plantearse seriamente la posibilidad de tener todos los encuentros en los carros: hacer conferencias en los autobuses, almuerzos de trabajo en los taxis, citas románticas en los automóviles; eso rebajaría la ansiedad que trae consigo la impuntualidad y se aprovecharía el tiempo muerto en el tráfico. De ahí otro de los tópicos más socorridos en esta ciudad: que “Bogotá es hostil”; cómo no serlo si la mitad de la vida se consume en los desplazamientos, si hay muchas personas que para llegar a su lugar de trabajo se tardan dos horas o más, tiempo que se comparte con desconocidos igual de apeñuscados y ofuscados, unas soledades llenas de gente habitando cada una su mundo. En la capital, el tiempo que pasa cada uno consigo mismo es luengo y atroz, lo que hace pensar y sentir mucho las mismas cosas: repensar y resentir, de ahí su resentimiento y su aprensión.

EN BOGOTÁ SIEMPRE HAY ALGO QUE HACER

En Bogotá siempre hay algo que hacer. Esa frase la escuché varias veces, con distintas entonaciones: como promesa, como consuelo, como excusa. Y es verdad. En esta ciudad pasan cosas a toda hora: exposiciones, ferias, conciertos, talleres, foros, muestras, mercados, activaciones, festivales. Uno no termina

de enterarse de todo lo que podría hacer un martes por la tarde y ya están anunciando lo del jueves y lo del domingo siguiente. La ciudad parece tener una necesidad vital de producir eventos, de no quedarse quieta, como si al detenerse se desmoronara. Bogotá no se permite el reposo.

Pero ese “siempre hay algo que hacer” también me dejó pensando en para quiénes hay cosas que hacer, dónde se anuncian, quién se entera, quién puede pagar, quién puede llegar. Porque muchas veces ese todo por hacer es un privilegio de los bien informados, de los que manejan las plataformas, de los que viven cerca del centro de las cosas. En Tunjuelito, por ejemplo, vi más vida que agenda: la gente no necesita programar la vida porque ya la está viviendo. No es que no haya actividades culturales en el sur, las hay y muchas, pero allá el plan no se anuncia por redes sociales, sino que se pasa de voz en voz, se encuentra en la panadería, en la charla con la vecina, en el mural que aparece de repente. A veces ese exceso de oferta cultural en Bogotá me pareció más ruido que experiencia, una manera de mantener ocupadas a las clases medias para que no se cuestionen el tedio, para que la ciudad parezca vibrante, aunque internamente muchos vivan apagados. “Hay de todo”, dicen, pero también hay una fatiga del exceso y exceso de fatiga, una saturación de estímulos. Como quien vive en una casa donde siempre hay visita y por eso no puede

descansar nunca. Y, sin embargo, esa misma sobreabundancia es lo que hace que esta ciudad no se parezca a ninguna otra del país. Bogotá está viva, aunque a veces parezca vivir cansada de sí misma. Hay un bullicio que no cesa, una voluntad de hacer que conmueve, una inteligencia que produce ideas todo el tiempo. Lo que uno encuentra aquí no es solo actividad, sino una necesidad casi biológica de nombrar, reunir, debatir, mostrar, resistir. Eso también es la bogotanidad: la urgencia de hacer. Porque en Bogotá, incluso la quietud se vuelve sospechosa, como si fuera un lujo innecesario. Aquí todo se mueve. Y aunque moverse cueste tiempo, cuerpo, ganas, la ciudad se encarga de empujarlo a uno a la acción, a que haga, a que asista, a que esté. En Bogotá no hay tregua, pero hay posibilidad. Y eso, en este país, no es poca cosa.

LA BOGOTÁ HECHA CON LAS MANOS

Más de la tercera parte de la ciudad fue construida por sus propios habitantes, hecha a mano.

La Bogotá que había visitado desde mis veinte años era una Bogotá central y, a lo sumo, norteña. Una ciudad de nadie, como mencioné atrás, porque el centro, al igual que los cerros (vistos de frente, a la derecha queda el sur, a la izquierda el norte), son espacios más de referencia que de habitación:

todo el mundo los usa para ubicarse geográfica y espacialmente, pero poca gente los habita o solo los habita transitoriamente. Esa ciudad central que vi y describí en el pasaje anterior siempre me dejó una sensación de vacío, de que algo faltaba. Porque, aunque es una ciudad ensuciada, en el centro y el norte se siente una suerte de profilaxis: en la pinta y en el trato de la gente hay una distancia. Son respetuosos pero lejanos. Un trato como el de las azafatas: casi logístico. Por eso, alguna vez, hablando con mi amiga Lina Alonso, le decía que la Bogotá que yo conocía se me hacía gélida —más allá del clima— y fantasmal, que sus calles, pese a estar llenas de gente y movimiento, me daban la sensación de estar vacías. Que la gente no hablaba con la gente sino lo necesario, y que no veía un sitio parecido a los parches de esquina que son, o al menos fueron en los noventa, tan típicos en mi ciudad. Y ella me dijo: “Ah, no, firma, es que usted no conoce el sur, en el sur sí va a encontrar la vida de barrio y el parche de esquina”. Y tenía razón. Justamente fue ella quien me llevó a Tunjuelito para participar en una charla en la Casa de la Cultura de la localidad, que me permitió conocer algo de lo mucho que desde ahí están haciendo en ese barrio y otros del sur, y lo más importante: la calidad de la gente que vive, sueña y trabaja allí.

Pero antes de empezar a hablar del sur diré que Bogotá, sin embargo, me deja otra sensación bastante agradable que

en principio no supe definir. Era como estar caminando todo el tiempo por una misma calle: larga, infinita, igual, como un *loop* que se renovaba en cada esquina desde el principio. Una repetición incesante de casas, de cosas, de gente. Las casas eran similares —todas con antejardín, de dos pisos, empezando a envejecerse y de diseño parecido—; las tiendas eran idénticas, en esquina, con un letrero patrocinado por alguna marca de gaseosa y con un surtido idéntico; la gente, toda enchaquetada, con frío, con gestos y caminados similares, con prisa, con la mirada cansada y el trato formal. Y después de recorrer un tramo largo, seguía pensando que estaba en la misma calle de donde había salido. Empecé a preguntarme por qué tenía esa sensación y, después de mucho pensarlo, encontré que era la falta de montañas. La planicie de la ciudad da una sensación de planicie de todo: de llaneza en la vista, en el aire, en los pasos, en el cuerpo. Todo se mantiene regular y plano. En Medellín, en cambio, las calles cambian constantemente porque habitamos montañas y, de una a otra, la topografía se transforma. Podemos andar confiados de nuestros pasos hasta que asomamos a una esquina que nos obliga a trepar una loma, que escalamos a gatas prestando el aire, para asomarnos a un volado que nos encoge los pasos por temor a caer. Y en este tránsito hemos pasado del sol quemante a un viento ofensivo y de nuevo a la eterna primavera, y hemos

caminado tan solo seis cuadras en las que, además, nos cruzamos con más gente que en todo un barrio de Bogotá a la misma hora del día. Por fuera del centro, la capital deja respirar a la gente; Medellín oprime al transeúnte. En Bogotá, la gente se aglomera en sitios puntuales; en Medellín vivimos aglomerados, de tal manera que, como ya no tenemos para dónde extendernos, nos hemos ido encarrando: cada día proliferan más edificios que cortan la contemplación. Al levantar la cabeza, lo único que se ve son construcciones de alturas descabelladas, iguales y feas, que impiden la expansión de la vista y, por lo tanto, de la imaginación. Bogotá, en cambio, deja volar: mantiene en su mayoría —al menos en los sitios que suelo visitar— las construcciones a ras de piso, proporcionadas, con segundos y terceros pisos, moderadas, y pareciera que se preocupan por mantenerse adecuados, por no empotrarse. Lo que me suscita una sensación de intimidad, aprecio que adentro de esas casas hay habitantes que tienen y guardan una historia, personas singulares que no son igualadas a la fuerza en esas suertes de cubículos mínimos como la mayoría de los apartamentos de Medellín, diseñados para nivelarnos a la brava.

Todo esto hasta que se llega al sur. En el sur está la vida: la que se hace con las propias manos.

Mi llegada al sur desde Galerías —el barrio donde me hospedaron— fue tortuosa y dura, una hora y media que, según

mi acompañante, fue rápida porque estuvimos de buenas, porque “Bogotá queda a dos horas de Bogotá” y el sur está lejos de Bogotá. Nos detuvimos en una pequeña empinada que conocen como el mirador de Las Palmas, que —me aseguró mi guía— le dicen así por la loma homónima de Medellín, famosa entre otras cosas por sus miradores. Desde allí contemplé la enormidad de la capital, su extensión interminable, su llanura abierta que parecía no acabar; a lo lejos se dibujaban los cerros, pero no cercanos ni envolventes, apenas una línea en el horizonte, la vista se expandía sin esfuerzo, y eso, que podría parecer liberador, me produjo una sensación difícil de nombrar, como si algo me faltara. Entonces entendí: era la falta de contorno, de borde, estoy acostumbrado a caminar entre montañas, a mirar siempre algún límite que encuadra la vida y la protege. Esa apertura inmensa del paisaje me desorientó un poco, no supe bien hacia dónde mirar, en Medellín, la topografía misma va marcando el ritmo, los vaivenes, los sobresaltos; aquí, en cambio, el cuerpo y la mirada se deslizan en una continuidad que abruma.

En el sur encontré el acomodo vital que veo a diario en los barrios populares de Medellín. Allí la gente se toca, se mira, se huele, porque se mezclan: en las tiendas, en los parques, en las calles se disimula el cansancio con una sonrisa. La hostilidad que percibí en el trato de la gente en el centro

desaparece allí. El “veci” sureño es amplio y cobija, distinto al cordial, distante y acostumbrado “veci” del centro, y ni qué decir del impersonal “veci” del norte, que sale braveado de la boca las escasas veces que se pronuncia, sin énfasis, sin calor ni color. En el sur se vive el afuera como estancia fundamental y funcional a la vida social de sus habitantes: se pasa mucho tiempo en la calle, en Tunjuelito por ejemplo, vi niños jugando fútbol, el típico picao de barrio, con arquerías de piedras y balón barato, de esos que venden por diez lucas en los remates de mi ciudad, y me trajo a la memoria los partidos de antaño en mi cuadra, que nunca volví a ver en esta época abundosa en canchas sintéticas, en las que hay que pagar un alquiler por su uso y que muchas veces sirve para solventar la economía delincuenciales que se ha venido apropiando de los espacios públicos..., pero eso es tema para otro texto. Me alegró mucho ver a estos pelaos ataviaos de bluyín jugando con la felicidad propia de la edad y las ganas intactas de los que aún creen que la calle les pertenece.

Cuando el campo se hizo ciudad, cambió la esperanza: se pasó de la ilusión de la cosecha al anhelo del empleo. En estos barrios pude identificar al menos cuatro modalidades usadas para la apropiación de terrenos y la posterior construcción de viviendas. La primera es la urbanización pirata o informal, surgida entre los años cincuenta y sesenta, en la que personas

migrantes del campo se asentaban en haciendas loteadas por sus dueños, cerca de chircales, ladrilleras, cerros, bosques o zonas de inundación, carentes de servicios públicos y con accesos difíciles y peligrosos. Uno de los casos emblemáticos fue la finca La María, de propiedad de los señores Reyes, que fue parcelada y dio origen a varios barrios del sur del río Tunjuelito, en Ciudad Bolívar. Luego vinieron otros barrios con esta modalidad, como Estrella del Sur y algunas partes de Suba, que terminaron desplomándose por estar en zonas de riesgo apropiadas por mafias y loteadores desprolijos. En Usme, por ejemplo, en los años cincuenta, Heliodoro Carrillo, dueño de un chircal, permitió a sus trabajadores construir sus casas con los primeros mil ladrillos que salieran de su horno —por eso se conocieron como las familias “milieras”—, una práctica que otros dueños replicaron, permitiendo a los obreros hacer horas extra para fabricar los ladrillos con los que levantarían sus casas.

La segunda modalidad fue la ocupación de tierras: barrios de invasión contruidos sobre terrenos públicos o privados que los pobladores se tomaron por sus propios medios —a veces, de forma aguerrida— en los años sesenta. Catorce barrios surgieron así, entre ellos Las Colinas y Policarpa. En ambos casos, el Estado —a través del ICT y Cenaprov— terminó pagando a los antiguos dueños y legalizando la posesión de los primeros colonos.

La tercera modalidad es la de los barrios por acuerdos. Allí, los dueños de chircales o sus herederos incentivaron a sus trabajadores a construir en terrenos alledaños como forma de pago. También les permitieron fabricar los materiales con barro y greda. Así ocurrió con Josefina Ferré, quien, al cerrar su ladrillera en la parte alta de Chapinero, vendió los lotes a sus empleados y les permitió fabricar los últimos ladrillos en sus hornos. El barrio La Perseverancia surgió de un modelo similar.

La cuarta modalidad es la de la autoconstrucción dirigida, promovida por entidades públicas, privadas o religiosas que ofrecían créditos, diseño arquitectónico y dirección técnica. Barrios como Arborizadora Baja, Arborizadora Alta, Carvajal, Sierra Morena y La Fragua surgieron bajo este modelo, impulsados por figuras como el sacerdote Saturnino Sepúlveda Niño, quien organizó empresas comunitarias integrales para planificar y levantar estos vecindarios.

Los barrios, por no seguir un orden ni ser planeados como tales, se fueron formando al garete: con casas apeñuscadas y calles estrechas, concentraciones promiscuas en todo. La expresión serena del habitante de barrio popular es tranquila y amena. Y como se nota tanto la diferencia con el afán y la mala cara del transeúnte del centro, quise indagar un poco sobre ese cambio de actitud, porque incluso el habitante

del sur reacciona con un mohín desganado cuando está en el centro o en el norte. Y me di cuenta de que la mayoría de los barrios del sur fueron construidos con las manos, por sus propios habitantes, lo que creó una idea de comunidad muy elaborada y conseguida con persistencia en el deseo y en la hermandad comunal, por eso parece una ciudad inacabada o, mejor, en constante construcción, en obra negra, porque sus casas son de uno, dos o máximo tres pisos en su mayoría, pero se han cuidado de dejar insinuada su posible expansión con terrazas que dejan ver una capul de varillas metálicas, sugiriendo la ampliación que tal vez no se consiga en esta generación, pero dejando algo cimentado para la siguiente, dando la idea de esperanza en un futuro mejor. La Bogotá en obra negra no denota decadencia como ocurre en otros sitios, sino esperanza, esperanza de un futuro más venturoso, pues al menos hay en dónde pensarlo. Esas varillas son la posibilidad de que la siguiente generación tenga un segundo piso no solo en la casa, sino en la vida.

Todo esto, en suma, muestra una Bogotá hecha con las manos, con sudor, con ladrillos propios, con historias pegadas a las paredes. Una ciudad que no nace de planos sino de necesidades, de sueños, de esfuerzo colectivo y que, por eso, aunque muchas de sus casas permanezcan en obra negra, respiran esperanza. Porque en esas varillas que sobresalen hay

una promesa para la siguiente generación. En esa Bogotá que crece desde abajo, lo inacabado no es sinónimo de abandono, sino de porvenir.

También me llamó la atención todo lo que comparten estos barrios con los barrios populares de Medellín, porque los barrios populares —en cualquier parte del mundo— se parecen. Se asemejan en el ruido que sale de las cocinas, en la familiaridad de los saludos, en los perros que no muerden pero ladran, en el olor a sopa que se cuele por las ventanas desde temprano, en el grito que llama desde un segundo piso, en la bicicleta recostada en el andén, en la ropa tendida en los techos, en la radio a todo volumen, en la bulla del partido, en el que barre la calle como quien sacude su casa, en la señora que vende empanadas, en el niño que llora en la acera. Porque en los barrios populares la calle no es solo un espacio, es un órgano vital.

LA PANADERÍA

Las panaderías del sur son distintas a las del centro y del norte, lugares repletos de luces y productos fabricados industrialmente, similares entre sí, con letreros grandilocuentes y sabores idénticos, donde la gente entra solo a comprar, sin hablarse, sin quedarse más del tiempo que gastan en consumir el producto.

La clientela se renueva cada cinco minutos, como ocurre con las panaderías de mi ciudad, esas que invadieron las esquinas de los barrios populares; no se pueden recorrer tres cuadras sin toparse con uno de estos esperpentos: gigantes, relucientes, abiertos las veinticuatro horas, donde se vende parva maluca, desangelada, lo que siempre me ha hecho pensar con sorna que en Medellín los insomnes y trasnochadores comen mucho pan o que algo esconden estos sitios que proliferan más que los D1. En cambio, en el sur de Bogotá, la panadería es el corazón social de la comunidad, hace las veces de lo que eran las tiendas de barrio en los noventa en mi ciudad: el sitio por donde pasa la vida. En esas panaderías la gente se reúne para compartir historias, para estar. Mientras estuve en una, en el barrio San Cristóbal, vi a tres vecinos —hombres de unos cincuenta y cinco años, más o menos— que tomaban un tinto desde hacía más de dos horas, solo interrumpían su silencio para saludar a los clientes que entraban al salón o para intercambiar alguna interjección con la dependienta, una señora llamada Rosa, que de vez en cuando les ofrecía otra ronda o soltaba algún comentario sobre el clima o la carestía, a lo que ellos respondían con un “ajá”. Y se les veía cómodos en ese silencio, no estaban aburridos ni incómodos ni tristes. Estaban. Y pensé que eso es la tranquilidad: estar donde uno está cómodo siendo uno mismo, sin necesidad

de hablar, sin la obligación de entretener ni de justificarse. El silencio compartido, cuando hay confianza, es otra forma —quizás más íntima— de conversación.

Después de terminar mi cruasán con café con leche, me le acerqué a doña Rosa, que tenía una sonrisa fresca y sana, y le pregunté cómo estaba la venta. Me respondió con soltura: “Como siempre, veci, aquí siempre hay buena venta porque la parva es buena y los clientes se amañan, aquí en el barrio ya me conocen y me han comprado toda la vida”. Le pregunté por los señores de la mesa, y me dijo: “Ah, sí, son de aquí cerquita, y aquí nos pasamos la tarde conversando, acá ellos vienen diario por la compañía, la gente se sienta, charla, se ríe... es como una familia”. Yo no los vi reírse ni charlar ni una sola vez, pero le creí, debe ser cierto si ella lo dice, y reafirmé mi idea de que el silencio cómodo y acompañado puede ser más expresivo que cualquier conversación forzada.

Más tarde, de nuevo en Tunjuelito, barrio que me había encantado en mi anterior visita con Lina Alonso, entré a otra panadería buscando un tinto (mi adicción a la cafeína no da tregua), y vi una dinámica similar: dos mujeres y un hombre charlaban con ese acento sonoro y empinado del sur sobre la cantidad de venezolanos que había en la ciudad. Ahí sí vi las risas, el chisme, el calor humano del que hablaba doña Rosa, y recordé el ambiente festivo y de camaradería que se vivía en

las tiendas de barrio en Medellín en los noventa; por la tienda nos enterábamos de todo: quién tenía problemas económicos, qué vecino o vecina era infiel y con quién, qué amiguito se estaba tirando el año. Como dice Alcolirykoz en una canción, “las esquinas eran nuestras redes sociales”. Ese mismo ambiente íntimo, desordenado, vivo y cálido fue el que sentí durante esos quince minutos que estuve ahí, por eso afirmo que en el sur las panaderías son mucho más que sitios para vender pan: son un escenario de encuentro para la vida cotidiana y un reflejo de la comunidad que las rodea. Son espacios sociales donde la gente se reúne para compartir experiencias y emociones. En estas panaderías, el chisme, el chiste y la conversación son un alimento más nutritivo que el pan.

EL PARADERO DE BUS

Sitio extraño este, al menos para mí, acostumbrado a co-ger el bus en cualquier lado en mi ciudad, donde basta con estirar el brazo para convocar al conductor a detenerse, y donde apenas hay tres o cuatro paradas oficiales que nadie respeta del todo. En Bogotá, en cambio —al menos en el sur— los paraderos son más elaborados: casetas con banca, señalización, estructura, y hasta un aire de ceremonia. Allí concurren vecinos que comparten el apuro y la zona, pero

no necesariamente la amistad. El intercambio entre ellos es tímido, breve pero cordial, como si supieran que por unos minutos forman parte de un pequeño pacto de espera. Muy diferente del Transmilenio, donde todo es fosco, donde la gente llega con rabia acumulada, se bravean sin empacho, se empujan por entrar primero al vagón o simplemente sobreviven el trayecto como pueden. En los paraderos de bus, en cambio, la dinámica es otra: hay cierta cortesía teñida de aprehensión, pero no llega a la confianza desparpajada; mantiene siempre una formalidad respetuosa. Nadie se mete con nadie, pero si alguien suelta un comentario, el otro contesta; si un adulto mayor llega, le ceden el asiento sin decir mucho, como si supieran de antemano que en ese lugar compartido se exige una tregua. Y me gustó esa dinámica: esa convivencia fugaz entre desconocidos que, aunque distantes, no se niegan, que esperan juntos pero no revueltos, que entienden que por unos minutos están en la misma orilla. Me pareció, quizás, una de las formas más sobrias de urbanidad que he visto: la del paradero como espacio de espera compartida y decente, como un umbral civilizado entre la intimidad del barrio y el desorden de la ciudad.

CONCLUSIÓN

Me gustó mucho conocer esta Bogotá desconocida para el turista, la Bogotá del sur, hecha con las manos, con historias, con esquina, con panadería, con grito desde la ventana y olor a sopa en la mañana. Una ciudad que, aunque fiera —y no lo niego, porque si uno se descuida, muerde—, ofrece una frontalidad que me resulta más honesta que la aprensión discreta del centro o del norte, donde todo parece disimularse mejor, donde la distancia es pulida, pero no por eso menos hostil. En el sur, lo que hay se muestra tal cual es: sin maquillaje, sin eufemismos, sin pretensión de esconder las grietas. Y a mí, que vengo de una ciudad que también ha aprendido a vivir con lo áspero, me tranquiliza más esa rudeza de cara descubierta que la elegancia esquiva de los sitios que solo se muestran por encimita y bien maquillados.

No pretendo con este texto más de lo que es: una impresión momentánea, una lectura fugaz hecha por quien siempre observa desde fuera. Porque por más veces que venga a Bogotá, por más barrios que recorra, por más historias que escuche, hay algo de esta ciudad que se me sigue escapando, algo que solo algunas personas que la habitan desde adentro podrán alcanzar. Yo solo paso, registro lo que veo, escucho lo que me dicen, comparo lo que alcanzo a entender con lo que

ya conozco, y en ese tránsito fragmentario intento armar una imagen, que sé incompleta y sesgada, pero que es la única que puedo construir: la de un foráneo.

fantasmal de otra franja montañosa, más cercana, comienza a materializarse sin afán, sin nada que demostrar. Se insinúa una forma oscurecida, sombreada, justo donde no alumbra esa luz extraña que habita la dimensión exterior de la imagen. A la derecha, otro pico redondeado, cubierto de vegetación, muestra una idea de camino abierto: una trilla marrón que apenas lo cruza. En el primer plano solo vemos la cumbre de la montaña principal: un lugar de descanso, estación para el viaje largo.

La mano izquierda sigue apuntando a ese fragmento de cielo ausente, mientras la derecha sostiene un hacha. El dueño de esas manos lleva sombrero de paja, bigote tupido y una camisa rosada llena de pliegues por la presión de las cuerdas. Es un campesino que no suelta su carga, ni siquiera en este momento de reposo.

A su lado, una mujer con una pañoleta roja que cubre su cabello espeso y marrón. Viste una blusa blanca y una falda azul. Rojo, blanco y azul: una santísima trinidad de colores que evocan tanto a la Virgen como a la patria. Sus ojos miran con asombro. A diferencia del hombre, que parece estar a medio hablar bajo su bigote, ella mantiene la boca cerrada. El mundo de sus pensamientos permanece oculto.

El bebé que lleva ella en brazos es quizá el detalle más inquietante, casi surreal: un querubín cachetón envuelto en una sábana blanca y larga. Sus ojos enormes, abiertos, llenos de pestañas, observan fijamente aquello que señala la mano:

un horizonte elevado que no está en la imagen, un horizonte que no coincide con ninguno de los que hay detrás de ellos.

*

Horizontes, de Francisco Antonio Cano, fue pintada en 1913. Cano la pintó por encargo para conmemorar el centenario de la independencia de Antioquia. Desde entonces, la obra se ha convertido en símbolo de la colonización antioqueña, una imagen a la que se vuelve cada vez que en la capital paisa se inaugura un nuevo proyecto de desarrollo.

La mano izquierda del colono ha sido comparada con la de Dios en *La creación de Adán*, de Miguel Ángel, como si Cano hubiese querido pintar un nuevo Génesis: el del progreso que ocurrió en Medellín en el cambio del siglo XIX al XX, cuando pasó de ser una ciudad campesina a una industrial. La mano de este Dios criollo apunta al futuro, al sueño rugiente de la ciudad moderna, pero también a la transformación imparable de la naturaleza montañosa: pasará a ser habitada y transformada por la mano.

Horizontes es quizá la imagen más célebre del espíritu antioqueño de “berrquera” y de su relación íntima con la montaña, pero también es una pintura-espejo: a lo largo de la historia de Medellín, esta imagen del campesino señalando

el porvenir se ha reinterpretado una y otra vez para dialogar con los acontecimientos del presente histórico y con las visiones que los artistas plasman sobre su territorio. La montaña no solo ha sido protagonista de muchas obras, sino que, además, se ha convertido en un lienzo intervenido por quienes, a través del arte —pero también de su vida, de su habitar—, han hecho de ella otra cosa: una montaña distinta, un nuevo horizonte.

*

—A los creadores de grafiti no se les llama artistas sino escritores —me aclara David. Y de un golpe, me descubro rodeada por un libro inmenso, inabarcable, escrito y firmado por múltiples manos que, en vez de papel, usan los muros del barrio para contar sus memorias de resistencia que permanecen desconocidas por el resto de la ciudad.

Se podría decir que todos los grafitis empiezan con montañas: picos y valles que se entrecruzan en todas direcciones para darle forma a la marca inicial del escritor. El *tag* —que se traduce como “etiqueta”— es el nombre, el seudónimo, la firma que cada escritor de grafiti inscribe en sus obras. Como toda firma, se ejecuta de un solo trazo.

—Esto es lo primero que tú aprendes a hacer en grafiti —me dice David, señalando una pared.

Esta idea me parece hermosa: lo primero que se aprende en el grafiti es a nombrarse. Y al nombrarse, el escritor de grafiti ya puede imaginar su obra —la que aún no ha hecho, pero hará—. Ursula K. Le Guin creía en el poder de los nombres, el grafiti también: lo que se nombra, existe. Y pienso que cada persona que habita un territorio lo nombra, lo marca, lo etiqueta: inscribe su propio *tag*.

David Ocampo dirige la Fundación Trash Art y es el director del Museo Urbano de Memorias en el barrio Santo Domingo Savio, ubicado en la zona noroccidental de Medellín, en la Comuna 1, también conocida como Popular. Como muchos otros barrios que surgieron en los años sesenta, Santo Domingo fue consecuencia de un país en crisis: desplazamientos forzados, migraciones del campo a la ciudad y la urgencia de encontrar algo parecido a un hogar en un territorio agreste.

Primero llegaron las personas. Después, mucho después, el Estado. Las casas se alzaron como grafitis en la montaña: rápidas, hechas con lo que había a mano, en cantidad.

—Luego del *tag* viene el *throw-up* —continúa David, mostrándome diferentes diseños en la pared—. Después te muestro uno, para que sepas diferenciarlo.

Throw-up puede traducirse como “vomitar” o “lanzar”, y nombra esos grafitis que deben hacerse con rapidez: piezas

simples, directas, urgentes. Su origen se remonta a la Nueva York de los años setenta, cuando algunos grafiteros privilegiaron la cantidad sobre el detalle para asegurarse más visibilidad ante el borrado constante. En un entorno vigilado, efímero, hostil, no tenía sentido invertir tiempo ni materiales en obras elaboradas. Lo importante era aparecer. Existir. Dejar huella antes de la censura.

Algo similar ocurrió con Santo Domingo Savio. Su construcción fue un *throw-up* territorial: la gente se arrojó a la montaña, tomó el espacio, levantó casa tras casa. Solo después llegó la infraestructura: el metrocable (Línea K), la Institución Educativa La Candelaria, el Parque Biblioteca España. Como afirman Jorge Ballesteros y otros autores en su estudio “Santo Domingo Savio: un territorio reterritorializado”, esta intervención del Estado fue más visible en el paisaje que en la vida. El cemento no soluciona los problemas.

—Después del *throw-up* sigue lo que se llama *quickpiece*.

Si entrecierro los ojos, la *quickpiece* que me muestra David parece una cordillera entrelazada. Las letras vibran con movimiento, con profundidad. A su alrededor, aparecen flechas.

—Si borras las flechas, aparecen las letras —me aclara. Y yo me esfuerzo por entender.

—¿Esa es una... S...?

—Sí, una S, una A...

David me tiene paciencia. No debo ser la primera que no logra ver la magia debajo de la composición, aunque lo intento: descifrar el código requiere una lectura atenta, y en eso el grafiti se asemeja a los libros.

Así como yo, cientos de personas han llegado a Santo Domingo Savio para visitar el Museo Urbano de Memorias, que nació en 2014, pero encontró su sede en el barrio en 2018. Su objetivo es hacer memoria a través del arte urbano: recoger y plasmar las historias de un territorio marcado por el desplazamiento y por la llegada de víctimas del conflicto armado de distintas regiones de Antioquia.

Este museo no solo representa ni decora: interpela. Nombra al territorio desde el territorio y desde quienes lo habitan. Suple lo que muchas veces falta por parte del Estado: ofrece una posibilidad para mirar el barrio con otros ojos. Y, a través de recorridos turísticos, también impulsa la economía local.

Conocí a David gracias a Isabel Botero, una escritora a la que admiro y que, como yo, andaba en la cacería de su historia de montaña para este mismo volumen pero en Bogotá. Isabel me compartió el contacto de David luego de que le comentara mi idea: quería conocer y visitar proyectos que intervinieran el territorio montañoso por medio del arte. Llamé enseguida y acordamos encontrarnos al día siguiente en la estación del metro de Santo Domingo Savio a las 9:00 a. m.

para recorrer el Museo Urbano de Memorias: un espacio que, en contra del olvido, expone los nuevos horizontes que se dibujan desde el barrio.

*

El ojo está elevado. Como si fuera un dron o una panorámica, miramos hacia abajo. Flotamos sobre las casitas de colores que, a modo de brochazos, se amontonan, se replican, se superponen, dejando apenas espacio para los caminos que las separan: hilitos marrones de calles hormiga, lejanas, que terminan engullidas por las casas.

Picos de montaña se asoman, salvajes, aquí y allá. Saludan con su verdor, que resalta entre el enjambre de colores.

El horizonte es otro y es doble. El ojo que observa es y busca el horizonte ahogado, escondido debajo de las casas. No hay una mano izquierda que señale. Hay manos que no se ven: miles de manos amontonadas en las casas amontonadas. Manos ocultas que se miran desde otro lado.

*

Fredy Serna pintó otros horizontes.

Su ojo y su mano retrataron la urbe montañosa de una Medellín noventera, desbordante y saturada de urbanización. El arte antioqueño, históricamente fundamentado en el paisajismo y en la representación de montañas elevadas, se transformó con la ciudad. El conflicto, la crisis y la guerra comenzaron a permear la montaña, cada vez más alterada por el nacimiento de barrios informales que buscaban espacios dignos, negados por la ciudad de abajo.

Y aunque los medios de comunicación narraban historias dolorosas sobre Medellín, el horizonte seguía ahí. Pero ya no como sueño idílico de progreso, sino como símbolo de otras verdades y otras miradas: resistencias negadas al olvido y al aislamiento.

La montaña se volvió ambigua: por un lado, acogía en su superficie áspera a quienes habían sido expulsados de la sociedad; por el otro, se volvía centinela indolente ante la violencia. Una sombra oscura proyectada sobre la ciudad.

Sol Astrid Giraldo, en su estudio “Medellín (1980-2013): Las grietas del espejo”, describe los *Horizontes* (1995) de Serna como dobles. Desde la altura de su montaña noroccidental, afirma Giraldo, Serna fijó la atención en lo obvio de esta ubicación: la montaña nororiental del frente. A modo de espejo mimético e invertido, el pintor miró los barrios desde el barrio. Cambió el punto focal de la historia narrada.

Los padres de Fredy Serna, al igual que miles de familias, migraron al Valle de Aburrá desde un pueblo y se asentaron en las invasiones de la ladera noroccidental de la ciudad. En un documental sobre su vida, Serna cuenta cómo era común referenciar el “voy a Medellín” con el acto de bajar al centro de la ciudad. Existió y existe aún una distancia abismal entre la ciudad y el barrio elevado, que habita la montaña.

Fredy Serna nombró y pintó lo cercano, su barrio, y resaltó su geografía: la vegetación voraz que nace entre la urbe y los espacios imposibles, las calidades estéticas del ladrillo y sus colores variopintos, los horizontes que, en vez de mirar hacia arriba, miran al frente, a los barrios. Se miran en espejo.

El poeta antioqueño Helí Ramírez expresó esta idea de modo más elocuente:

La pintura de Fredy es puro sentimiento en esas
calles calientes o frías que cuelgan de la
montaña como móviles de infinita tristeza
o ardidadas de furia,
calles que suben, bajan, atraviesan la ladera
y en cada momento arman un chispero que
acaba en llanto o risa desde el río falda arriba,
desde la montaña al río falda abajo...

*

—Oiga, Domitila.

—¿Qué?

—¿Quiere una casa, Domitila?

—Sí.

—¿Quiere una iglesia, Domitila?

—Sí.

—Pues tome a su marido y suba allá.

—¿A dónde?

—Allá —le dice el hombre, muy serio, señalando un punto en el morro.

El recorrido por la galería *Mi Territorio* del Museo Urbano de Memorias inicia por la historia de la matrona fundacional: Domitila Moreno. Casi al final del recorrido, en uno de los puntos más empinados del barrio, hay un mural dedicado a ella que muestra a una mujer con una trenza blanca, larga y gruesa que viste un traje tejido azul. Sus manos están llenas de anillos y arrugas. El sol le alumbra el rostro y proyecta sombras debajo de sus ojos y piel morena. Tiene un aire firme alrededor de la boca fina. Sus ojos entrecerrados vigilan, desde la altitud, su creación.

Cuenta la historia que Domitila recibió en sueños el mensaje: tenía que irse a vivir a la montaña. La visión continuó

en un ciclo infinito, noche tras noche. Un hombre bien vestido, de pantalón negro y camisa blanca, la invitaba a subir. Después de tantas noches y tanta repetidera, compartió el deseo con su esposo.

—Mijito, vámonos pa esa loma a vivir. Que no se den cuenta los vecinos y que si nos morimos, solo los gallinazos sepan.

A lo que él respondió:

—Bueno, de algo hay que morirse.

En un archivo de registro, la propia Domitila recuerda:

—Había pensado en la fecha de la mudanza, y quería un 20 de julio, como pa independizarme, y así fue. [...] El rancho lo empezamos a construir con unos palos que nos dejó una gente que bajaba al Popular, y con hojas de salvia lo tapamos para evitar el frío.

En 1964, Domitila subió a la montaña con su esposo, don Vicente. Ella misma alzó la mano y apuntó su nuevo horizonte empinado.

Ese gesto —pequeño, íntimo, rotundo— fue su forma de escribir y escribirse en la montaña. Su rancho nació como un primer *tag* territorial en la montaña. Luego vinieron más casas y familias. La aventura fue creciendo hacia arriba, agarrándose y sosteniéndose al filo de la loma. Desde ahí, el cielo se sintió más cerca.

*

Lucas Restrepo, en su ensayo “Horizonte íntimo”, afirma que “el horizonte es el alcance de la visión; [...] el horizonte solo existe en la individualidad subjetiva de nuestra mirada”.

Si el horizonte es subjetivo, solo la pintura y la fotografía permiten situar un horizonte individual en un imaginario colectivo. *Horizontes* de Cano ha sido reinterpretada por varios artistas para adaptarse a la compleja historia de Medellín, y quizá la más punzante de las relecturas de esta obra es la que realizó Carlos Uribe en 1997.

La escena parece, al principio, la misma: el campesino, su familia, la montaña, pero el horizonte invisible, fuera de foco en la pintura de Cano, se amplía en la versión de Uribe. El dedo de la mano izquierda sigue apuntando, pero ya no hacia un cielo diáfano ni hacia tierras por sembrar. Apunta ahora a una selva densa, oscura, sobre la que planea una avioneta. Desde el vientre metálico del avión no cae lluvia ni semilla: cae veneno. Una nube blanca que no fertiliza, que no promete, sino que arrasa. El gesto sobrevive, pero ha mutado: no hay promesa en el horizonte, sino humo.

Es esta versión, la colonización ha perdido su relato épico y ha mostrado su reverso: desplazamientos, cultivos quemados, selvas mutiladas, comunidades enteras obligadas a bajar la montaña

sin tiempo para despedirse de su espacio. La pintura de Uribe no solo altera la geografía, sino también el tiempo. El porvenir —ese que en Cano brillaba— aquí se desploma, se pudre, se enrarece. La modernidad no llega como salvación, sino como amenaza. La montaña ya no es testigo de una gesta, sino víctima de una guerra. Y el cielo, antes limpio, es ahora campo minado.

Ambas obras —la de Cano y la de Uribe— cuelgan hoy una junto a la otra en el Museo de Antioquia. Dos paisajes enfrentados. Dos versiones del mismo ademán. Dos maneras de habitar el mito: una que lo celebra, otra que lo interroga. Ambas, sin embargo, apuntan al mismo sitio: ese horizonte empinado que Medellín, que Colombia entera, no ha dejado de mirar. Un horizonte que seguimos nombrando, porque señalarlo es insistir.

*

El recorrido por el Museo Urbano de Memorias incluye dos guías fieles y peludos: Triste y Teatro, que corren sueltos, sin correa, atentos a cada parada del recorrido; ya lo conocen de memoria, de puro instinto.

Triste es blanco con manchas marrones. Tiene las orejas gachas y un aire concentrado: es el más juicioso de los dos. Se toma en serio su rol de guía. Siempre es el primero en regresar

cuando David les llama la atención por andar molestando a los gatos de las vecinas. No es que quieran hacerles daño: disfrutan lamiéndolos, correteándolos. Los gatos, por supuesto, siempre huyen. A veces se arma una persecución frenética entre las subidas y bajadas del barrio, mientras David grita:

—¡Triste y Teatro, aquí!

Teatro tiene las orejas puntiagudas y el pelaje más largo. Siempre sigue los pasos de Triste, aunque a veces se desvía por una esquina y reaparece por otra. En las pausas del recorrido, exige atención con un quejido suave, casi trágico.

—Por eso se llama Teatro —me dice David, riendo.

Triste y Teatro se desvanecen y reaparecen entre los laberintos del barrio. Se escabullen por pasadizos secretos que solo ellos conocen. Llevan el ritmo de la montaña en la sangre: un tiempo distinto, nivelado, inmerso en sus patitas y su piel.

Durante el recorrido, todos tienen algo que decirles. Ya los conocen. Los llaman por su nombre. Al final de la visita —tras un trayecto bastante empinado para llegar al restaurante— reciben su recompensa: un balde de agua fresca.

Solo comen concentrado fino. Rondan y acompañan todas las actividades que David y sus colaboradores realizan en la casa cultural de Trash Art. Los lunes son de danza, los sábados son para los niños y los miércoles son de Mujeres del Callejón: un espacio de cuidado en el que, a través del arte,

del encuentro, de la lectura y el chisme, se tejen lazos entre las mujeres de la comunidad.

—Aquí vienen a veces a escaparse de la casa. Se desahogan —me cuenta David.

La fundación también impulsa jornadas de esterilización para las mascotas del territorio y dirige la Escuela Popular de Turismo, un espacio pedagógico que se piensa el turismo desde el diseño de experiencias comunitarias y memorables. En las redes sociales de la fundación Trash Art y de Museo Urbano de Memorias encuentran una agenda imparable en la que, además, en cada foto, aparece una orejita puntiaguda de Teatro, un par de rabos o un Triste dormido.

Triste y Teatro duermen afuera de la casa cultural. Todos los que realizan el recorrido que yo hago suben fotos de estos guías perrunos. Entre David y los vecinos los cuidan. Intentaron darles un techo más tradicional, con una familia, pero no funcionó.

—A Teatro lo adoptaron una vez, pero se deprimió sin Triste —recuerda David.

Ambos eligieron su lugar: el barrio. Su territorio es este que recorren de memoria, que vigilan como si fuera suyo, que cuidan y los cuida. Saltan, descansan, reaparecen. Ya son parte de la montaña.

*

—Digamos que todo esto era Santo Domingo Savio... Y aquí, justo en la mitad, hubo una avalancha que se llevó medio barrio... ¿Qué más, parcero?

David interrumpe el cuento para saludar a un vecino, que le responde:

—En estos días les llevo por allá. A una de las actividades.

—De una, mi niño. —Y vuelve al relato—. La avalancha fue en 1974. Se dice que se llevó más de ciento setenta casas y murieron más de ochenta y seis personas... Hay dos teorías sobre lo que pasó, pero ahorita te las cuento.

—Ajá.

—A partir de ahí, el barrio se dividió. Ese fue el hito fundacional de Santo Domingo Savio II... ¡Vengan pa'cá, vengan pa'cá...! —Triste y Teatro, luego de una travesura, se acercan obedientes—. En nuestra investigación descubrimos que en las fotos de antes aparecían mucho los niños. Se veían por todas partes, jugando. Por eso en este mural está representado el rostro de la niñez. Y hay dos elementos que lo acompañan...

El mural muestra a un niño con sombrero blanco. Sonríe a pesar de tener el rostro magullado con rasguños. La copa de su sombrero tiene en su interior una línea del metrocable

flotando. Junto a las orejas del niño, y saliendo de su sombrero, están una gallina y un caballo.

—La gallina no era solo un animal de consumo. Para la gente del campo en Colombia también era un juego. Usted suelte la gallina... y vaya pues cójala.

Nos reímos.

—Y el caballo... bueno, fue el animal con el que muchos llegaron, trayendo sus cosas. Desplazados. También sirvió para transportar materiales y construir las casas, por lo empinada que es esta montaña. Pero sobre todo era un símbolo para los niños. Muchos jugaban a tener un caballo con un palo. ¿Alguna vez jugaste a eso?

—Sí —le respondo—, ¡con el palo de la escoba!

Seguimos el recorrido cuesta arriba y nos detenemos frente a un mural que ocupa todo el borde de una casa. Tanto la casa como el mural se encuentran en diagonal, puesto que estamos en una calle que sube. Las ventanas de la casa se mezclan con la pintura: el fondo es azul oscuro. En el extremo izquierdo del mural está un niño de espaldas, su ropa y piel son verdes: es un niño montaña. A lo largo de su cuerpo brotan vegetación y casas, que lleva a cuestras. Con una mano sostiene una jaula; con la otra, un balde lleno de materiales para pintar. En el centro del mural, una casa permanece flotando y, justo debajo de ella, la tierra se desliza y desborda: el

momento queda suspendido en el tiempo. La montaña está a punto de borrar las casas del barrio.

Triste y Teatro reposan debajo del lado derecho del mural. Es el rostro de una mujer de ojos claros y piel morena rodeada de pincelazos explosivos. Sus ojos reflejan la orfandad de la casa tragada por la tierra.

David me cuenta las dos teorías sobre la avalancha que ocurrió en el barrio en septiembre de 1974. La primera versión cuenta que la tierra se desprendió debido a las lluvias torrenciales del día anterior. Los residuos acumulados, sumado a que en el barrio no había canales para el desagüe ni árboles para afirmar el terreno, generaron un deslizamiento.

La segunda teoría tiene un trasfondo más sagrado.

—Cuentan que la noche anterior a la tragedia, unos jóvenes hicieron una fiesta, y que justo a las doce de la noche les dio por hacer una orgía... Estamos hablando de los años setenta... Sabes que en Colombia las mujeres en los setenta quedaban en embarazo por ir a piscina...

—¡Por obra y gracia del Espíritu Santo!

—Entonces... digamos que, en esa fiesta, a las doce de la noche, les dio por hacer una orgía... pero justo a las seis de la mañana, cuando apagaron el equipo, la montaña rugió y se vino. Se dice que mi Diosito se tapó los ojos, no aguantó tanto pecado y mandó una maldición que se llevó todo. El

asunto fue que mi Diosito no calculó que era en una sola casa la fiesta y se llevó ciento ochenta y seis...

—Dios mío.

—Sí... Existen esas dos teorías. Para nosotros la segunda es la verdadera.

—Yo también creo.

Y nos reímos. Pero la idea de la montaña castigadora sigue presente y plasmada en el mural.

La casa que se lleva auestas en la espalda.

La montaña que se desarma ante el pecado y la lluvia.

La casa montaña que se reconstruye, una y otra vez, luego del derrumbe.

*

El cielo se tiñe de negros, grises, rojos y blancos. El ojo se ubica desde la pendiente: nos asomamos entre piedras, sobre grama oscura salpicada de flores amarillas. Abajo, la ciudad: edificios altos de distintos tamaños, una urbe en capas. Más allá, la montaña se alza sombría, como una ola negra.

A la derecha, un burro trepa cargando una casa entera: sábanas, sillas, camas, herramientitas, radios, libros. Lo acompaña un cisne. A la izquierda, pintado dentro del mural, un

letrero reza: “Como si las personas fueran atraídas por una suerte de sortilegio de vida, que los llevaba a buscar siempre lo mejor”.

El burro va atado por una cuerda que atraviesa la imagen como una línea de horizonte anticipada, previa al horizonte lejano. Sobre la cuerda reposa un pájaro azul.

Mientras observamos el mural, David me cuenta que de los veintiún barrios que conforman la Comuna 1, el Estado solo reconoce doce.

—Y como el presupuesto participativo de Medellín no alcanzaba para todos, por la densidad geográfica y demográfica, los barrios se dividieron: Carpinelo 1, Carpinelo 2, Popular 1... Y hasta los años ochenta nace el barrio Popular 2, que se desliga del Popular 1 —continúa—. Estos son los barrios de la clase obrera de Medellín.

Señala el mural.

—Este lo hizo el Colectivo Buena Siembra, del Oriente antioqueño. Se dice que aquí vivía la gente que construyó la ciudad dos veces: en el día levantaban casas para los ricos, y en la noche volvían a armar las suyas, porque los carabineros se las tumbaban. Por eso la armaron dos veces.

Miro nuevamente el mural. Lo detallo. Lo único con color es el pájaro azul. El suelo es negro y sombrío. Abajo la ciudad se encuentra en penumbras.

—Y aquí los artistas, mira que te hablo de artistas, no de escritores como en el grafiti, hacen una reflexión: ¿cómo se ve la ciudad desde esta parte de la montaña? Bonita, ¿cierto? Pero... ¿cómo nos mira la ciudad a nosotros?

*

El fondo es rosado y brillante. La mano izquierda del campesino apunta, esta vez no tan alto, no tan lejos. Su dedo amarillo se encuentra con otra mano: el choque de la creación. Se hace la luz. A su lado reposa la mujer. Lleva la pañoleta roja con azul, una camisa blanca y, en esta versión, un tatuaje de orquídea florece en su brazo derecho. Sostiene al bebé, de mejillas rosadas y ojos despiertos. Junto a su cabeza, se lee: “El Compromiso se fundó en los años 70 con gente desplazada. No había calles. Todo esto era antes monte”. Detrás de la mujer, un burro verde da la espalda. De los hombros de la pareja nacen árboles, flores rosadas: una familia que echa raíces. En la mano del hombre brilla un reloj: marca las 4:20. Ya no hay montaña al fondo, sino casas, la línea del metrocable y un poste altísimo del que cuelgan unos zapatos. “En 1987 llegó el primer poste de luz”, dice el mural. Sobre el gesto creador de las manos se eleva Higuita, haciendo su famoso escorpión.

Junto a él, se lee: “Los piques deportivos: unión y respeto”. Y abajo, casi emergiendo del suelo, aparece una figura divina: el Dios de la creación, alzando su mano. Un querubín asoma detrás de su hombro. Un gato duerme en su regazo.

Este es un nuevo horizonte: uno donde la luz no llega por obra y gracia de Dios, sino por la acción concreta, cotidiana, urbana.

—El artista —me dice David— retoma *Horizontes* y lo cruza con *La creación* de Miguel Ángel porque dice que tener una casa por estos lados... debe ser un milagro de Dios.



Manuel Diégues Júnior, en su *Introducción a la sociología regional*, trazaba un contraste poético entre territorios: “En las márgenes del río o del mar siempre se percibe un ambiente psicológico de alegría, de fertilidad, de vida en movimiento, mientras que en las zonas montañosas predominan la soledad, la serenidad, el silencio”.

Pero aquí, en Santo Domingo Savio, la montaña canta. Las risas de niños y niñas, el trinar de los pájaros, los martillazos a lo lejos y la música que se cuela por cada esquina acompañan nuestro recorrido por el Museo Urbano de Memorias. David

me cuenta que pronto cubrirán las piezas que hemos visitado con nuevas propuestas. Está organizando una convocatoria para el sexto Festival del Museo Urbano de Memorias: una biografía amorosa y monstruosa del barrio Santo Domingo que reunirá nuevos relatos de las personas que lo habitan.

Cuando le pregunto cómo hace para gestionar tantas cosas a la vez, me responde sin dudar:

—Es que no tengo tiempo. La gente cree que tengo mucho tiempo, pero la verdad no.

La gente nos saluda con alegría al pasar frente a los muros. Cada barrio de la comuna tiene su propio espacio en la galería Mi Territorio, donde se condensa su historia. También visitamos La Independiente —una serie de creaciones que replantean el concepto de independencia desde otras geografías— y Otras Voces, una galería que invita a artistas internacionales a retratar sus percepciones del territorio.

En esta última conozco a un modelo vivo muy especial: un gato naranja que posa junto al mural en su honor, justo antes de salir corriendo montaña arriba, perseguido por Triste y Teatro.

Pausamos frente al mirador. Le pregunto a David cómo se siente despertar entre montañas. Me responde con una referencia musical que no alcanzo a anotar, pero que habla de subir y mirar siempre para arriba.

Desde aquí, se despliega una de las vistas más impresionantes del museo: somos el ojo de la montaña. La ciudad desciende en degradé. Las zonas más cercanas brillan bajo el sol, como si estuvieran pintadas por Fredy Serna: ladrillos encendidos en todas sus tonalidades. Más abajo, los barrios lejanos se sumergen en sombras. Aquí y allá se asoman árboles, manchas verdes entre techos. La ciudad baja, se aleja, se empequeñece. Parece un mar de casas, calmo, infinito. Al fondo, la cordillera se eleva oscura y vigilante. Y arriba, el cielo —azul, salpicado de nubes— corona la fotografía, la pintura, el texto escrito y lanzado sin afán por la misma montaña.

Nos enamoramos por cartas. Construimos por correo electrónico ese código íntimo de los enamorados, sin habernos tocado siquiera: “Tengo casi 29 años y le escribo cartas de amor a un señor que nunca he visto en persona”. Nos mandábamos canciones, fragmentos de lo que leíamos, textos que escribíamos, fotos de dibujos que él hacía para mí, audios en los que nos leíamos o yo le cantaba. Para él, la sensación de leerme era un “viento de la montaña”. Un ventarrón era lo que yo sentía en el cuerpo cuando recibía una carta suya. Por eso era yo quien lo llamaba Viento. Y él me llamaba Incendio.

En la geografía epistolar, la montaña era metáfora de la distancia y la cordillera lo era del tiempo. “El viernes se cumple la semana cordillera diecinueve”, decía, y me escribía cartas “como tendiendo una sábana por sobre todas las montañas que hay de aquí a tu nombre”. En una videollamada en la que nos casamos sin cura ni testigos, le pregunté si aceptaba a esta mujer en el frío y en el calor, en la montaña y en el altiplano. Él dijo sí, dijo que no me soltaba. Yo era su manzana, su serpiente y su Eva, en el Edén creado por aquel dios en la cima de un monte.

Vino tras de mí y vivimos un tiempo en una casa encajada en la loma, en un barrio popular, a mil quinientos metros de altura. Fui tras él y vivimos un tiempo en un barrio de clase media alta a poca distancia de los Cerros Orientales, a más de

dos mil quinientos metros de altura. Se demoró en ir tras de mí cuando me fui a estudiar muy lejos, al norte, en un lugar que también estaba a mil quinientos metros de altura y desde el que se podía ver, en días despejados, la punta de un volcán milenario cuyo nombre, en idioma nativo, es “montaña que humea”. Finalmente me siguió hasta el volcán, pero para soltarme. Yo patalié, rompí, quebré, rasgué, corté, enterré, incineré. Tuve lo que llaman un “brote”, y pasé varios días muy medicada. “La montaña que aúlla de amor es verdaderamente una fiera”, como dice ese poema de Juan Carlos Galeano.

De todo procuré deshacerme. Pero ahí quedaron las cartas. Y esas cartas están llenas de premoniciones. Ya llevábamos como quince cuando me dijo que había consultado el *I Ching* y la respuesta había sido el hexagrama 56, Lü, El Andariego. Me mandó un audio leyendo:

Cuando se está de tránsito *no es bueno arrastrar pendientes*. Lo mejor es ir quemando con prolijidad la montaña y que solo queden las cenizas. La montaña está quieta adentro y abajo. El fuego hace su trabajo afuera y arriba. [...] Acá el pasado está inconcluso. Las cenizas del pasado son la riqueza del presente. Esas cenizas nos fertilizan, nos hacen más sabios. Esas cenizas son una montaña.

La imagen del signo es la montaña en llamas: fuego para hacer mejores pastos, para fertilizar la tierra. Pero ese fuego es fugaz, ofrece un resplandor que no dura. O lo consume todo.

“El cambio en la cuarta línea lleva al hexagrama 52, La Montaña”, decía también el audio. En el *Libro de las mutaciones*, La Montaña es el aquietamiento: reposo, que no es otra cosa que el envés del movimiento: “La verdadera quietud consiste en mantenerse quieto una vez llegado el momento de mantenerse quieto, y en avanzar una vez llegado el momento de avanzar”. La imagen dice, entre otras cosas, que “todo pensar que trasciende el momento dado tan solo hiere al corazón”.

En una de las primeras cartas, transcribí para él este fragmento de *La nieve del almirante*:

[...] meditando un poco más sobre estas recurrentes caídas, estos esquinazos que voy dándole al destino con la misma repetida torpeza, caigo en la cuenta, de repente, que a mi lado ha ido desfilando otra vida. Una vida que pasó a mi vera y no lo supe. Allí está, allí sigue, hecha de la suma de todos los momentos en que deseché ese recodo del camino, en que prescindí de esa otra posible salida, y así se ha ido formando la ciega corriente de otro destino que hubiera sido el mío y que, en cierta forma, sigue siéndolo allá, en esa otra orilla en la que jamás he estado y que corre

paralela a mi jornada cotidiana. Aquella me es ajena y, sin embargo, arrastra todos los sueños, quimeras, proyectos, decisiones que son tan míos como este desasosiego presente y hubieran podido conformar la materia de una historia que ahora transcurre en el limbo de lo contingente.

Han pasado ocho años cordillera desde la última de esas cartas. Yo regresé a mi ciudad gestando al hijo de otro señor, y él se fue muy al sur, a una ciudad costera a veinticinco metros de altura. Ahí siguen las cartas, guardadas junto a un apego del que no he logrado desprenderme, quizás porque mi pasión es arrastrar pendientes, quizás porque sigo viendo la vida que desfiló a mi vera. O quizás porque también las despedidas tienen que terminar algún día.

No venía a Bogotá desde ese tiempo en el que fuimos felices.

Como la meta es la montaña, busco el páramo. Hay un lugar al que espero llegar: la Estación de Escucha de Alta Montaña Werebere, en el páramo de Sumapaz, hacia el lado de la vereda Romeral de Sibaté, un municipio de Cundinamarca a veintisiete kilómetros al suroccidente de Bogotá.

A Sibaté le han dicho por muchos años el “Pueblo de los Locos”, porque antes de ser municipio fue el lugar elegido por la Beneficencia de Cundinamarca para llevar a los *enfermos mentales* de Bogotá y de otras ciudades del país, que ya no cabían en el Asilo de Locos fundado sesenta y cuatro años antes en la calle Quinta con avenida Caracas, en un predio llamado Ningunaparte.

Todavía hay en Sibaté varios centros de atención psiquiátrica, pero hubo uno particularmente famoso, el Julio Manrique, cerrado hace diecisiete años después de una auditoría de la Contraloría de Cundinamarca, porque sus instalaciones estaban en mal estado y no había con qué sostenerlo (aunque es sabido que se robaron mucha plata pública destinada para su funcionamiento). En el informe decía que no había personal para atender a los 325 pacientes, que los medicamentos no llegaban, que el agua que tomaban tenía caca, que les cocinaban con leña porque estaban malas las calderas, que los trataban mal, que muchos morían de desnutrición y a los que no tenían dolientes los cremaban o los enterraban en el cementerio del hospital, sin permiso de operación; que algunas tumbas habían sido profanadas y en la iglesia del hospital, abandonada, se hacían rituales satánicos. Todavía dicen que está lleno de fantasmas. Un festín para la prensa sensacionalista.

Es al menos curioso que para escuchar la montaña deba atisbar primero la locura a la que he sabido atribuirle el fin del amor.

En el pueblo, frío y lluvioso, me amigo con un señor que toma tinto en una cafetería de la plaza: Hernando Ramírez, 74 años, “nacido y criado acá”, nieto de sibateños. Como mucha gente en el pueblo, conoció el hospital en la infancia porque su papá trabajaba para la Beneficencia. Iba los diciembres con sus hermanos, por si les tocaba alguno de los regalos donados por almas caritativas en esas fechas, y en la adolescencia lo dejaban entrar a jugar baloncesto con los curas que administraron por años la institución.

Pero había muchos pacientes que no era que estuvieran totalmente dementes. Lo que pasaba era que muchas veces, por el consumo del alcohol, por el consumo de la droga, los familiares los traían y los dejaban ahí. Pero se olvidaban de ellos. Se olvidaban de ellos. Especialmente gente de estratos cuatro y cinco.

Llegaba también “gente muy bien preparada, que hablaba hasta cuatro o cinco idiomas; gente que se le corría la teja, como se dice, por la cantidad de estudio”. Víctimas de la violencia cuyos cerebros desconectaban por el trauma, sobre

todo entre los años 45 y 56. Hombres “a los que se les corrió la tejita porque los dejaba la señora, porque la encontraban con otro man”.

Don Hernando se ofrece a llevarme al Julio Manrique, abandonado desde el cierre. “Se está perdiendo ese terreno”, me había dicho. Pero aún parece una fortaleza: un portón verde flanqueado por un par de moles y muros que se extienden por varios metros siguiendo la curva de la carretera. Enfrente hay un amplio potrero al que antes, dice don Hernando, llegaban las aguas de la laguna del Muña. El Muña es en realidad un embalse, la segunda hidroeléctrica que abasteció a Bogotá, otrora un lugar muy turístico en el que don Hernando y sus hermanos podían pescar. Hasta hace unos treinta años, cuando, para generar más energía, empezaron a bombearle aguas del río Bogotá, llenas de desechos y metales pesados que envenenaron la fauna y la flora y, se dice, todavía dañan a la gente del pueblo. Allí abajo, señala don Hernando, siguen llegando las aguas sucias del río Bogotá. Antes de despedirme, le doy las gracias por la compañía y la palabra, y él responde: “Así tendríamos que vivir todos: haciendo cosas que no están dentro del programa de uno, pero haciéndolas”.

De regreso en la plaza, ya soleada, converso con una familia en un puesto de frutas. “Genera mucho morbo el manicomio”, me dice Marta Gutiérrez, de 54 años, nacida en Sibaté,

hija de sibateña, propietaria del negocio. Me cuenta de un personaje famoso:

Tuvimos un enfermuto que no era ni tan loco, era muy estudiado, yo creo que él se volvió loco por tanto estudio: Correcaminos. Le decíamos: “Correcaminos, le doy una moneda si va a darle un pellizco a ese”, y le daba uno la moneda y se iba y lo pellizcaba. Lo dejaban salir porque él no era tan loco. Al final él no le hacía daño a nadie.

También me habla de abandonos: “A veces venían y los botaban ahí, la familia”. El esposo, Rubén Parra, complementa: “Se descargaban de ellos y los dejaban para que la entidad esa los paladiara ahí mientras ellos existían”.

Semanas después encontraré en internet una juiciosa investigación de Valentina Simpson Beltrán sobre el Julio Manrique: *Psiquiatría, moralidad y locura: La construcción del hospital psiquiátrico de Sibaté y discurso psiquiátrico de 1916 a 1966*, que resumo acá ramplonamente: el Julio Manrique, abierto en 1937, fue el invento de un Estado que pretendía ser laico y cuidar a sus ciudadanos desadaptados, no por caridad sino por responsabilidad, en centros de atención administrados por... órdenes religiosas. En el país, dice la tesis, la psiquiatría había sido inaugurada décadas antes con un discurso de

Miguel Jiménez López, heredero de la teoría europea de mediados del siglo XIX sobre la degeneración de la raza, en el que atribuía la locura a defectos físicos, inferioridad racial y abuso del alcohol. Los enfermos mentales se consideraban inmorales, y el hospital de Sibaté fue el lugar para experimentar con ellos: la psiquiatría como discurso ideológico, moralizador. En el pueblo todavía funcionan dos “centros de asistencia, protección y rehabilitación integral de enfermos mentales” administrados por la Beneficencia.

Mientras me encamino hacia mis anfitriones del páramo, se me ocurre que en otros tiempos quizás yo habría venido a parar al Julio Manrique, y por esa vera tan triste habría corrido mi vida.

Para alcanzar Werebere debo llegar primero hasta sus artífices, Leonel Vásquez y Esmeralda Ramírez, pareja, padre y madre, artistas del sonido, nietos y bisnietos de sibateños. Me encuentro con ellos en su casa, a pocas cuadras de la plaza, y agarramos camino en compañía de su hija más pequeña, de cuatro años (la mayor, de catorce, se queda en casa). Esmeralda, Esme, es cantora, pedagoga musical, directora

coral: la voz de la dupla. Leonel, Leo, es artista sonoro: “Yo trabajo con el sonido, o el sonido me trabaja, que es distinto”; es lutier: construye artefactos que amplifican los sonidos de la naturaleza (que también es distinto a *producir* sonidos); es escultor: crea estructuras, a veces enormes, con bronce, madera, vidrio, cuerdas, consolas, para ofrecer experiencias de escucha profundamente enraizadas en la naturaleza: “Yo no produzco el sonido para la escucha, sino que el sonido produjo mi escucha y colaboro con las agencias sónicas para producir más escuchas”.

Mientras ascendemos, conversamos sobre el pueblo. Leo señala vastos terrenos sembrados de pinos y eucaliptos, dice “todo esto son tierras de la Beneficencia”. El papá de Esme era calderista de la Beneficencia, y ella también recuerda navidades en el Julio Manrique, donde dividían a los pacientes en agresivos y sociables. Si eran tranquilos, podían salir, y los fines de semana recorrían el pueblo pidiendo plata y cigarrillos, sobre todo cigarrillos. “Hay muchas historias de gente con problemas psiquiátricos, pero también con problemas... afectivos”, cuenta. Por ejemplo, niños huérfanos, abandonados, producto de violaciones en los mismos centros psiquiátricos, que primero iban a parar a un centro infantil de Sibaté, también administrado por la Beneficencia, y luego, al crecer, terminaban en el Julio Manrique: “Los tenía el sistema ahí

dentro de su mismo círculo. Eran niños de la Beneficencia, así los llamaban”.

Van siendo las cinco de la tarde y por las ventanillas se cuele un viento con brisa. A medida que nos acercamos a la Estación, las rocas “se van desocultando”, como dice Leo. La vegetación se vuelve escasa, aparecen los frailejones, se multiplican los abrigos rocosos. En el páramo, me dirán más tarde, todo es pequeño. La comunicación entre los seres es delicada; los sonidos, dispersos. No hay ese deseo de expansión que surge a menor altura.

El páramo es recogimiento, es atención, es lentitud, es sumisión. Todo se comunica de forma muy sutil: son barullos, mínimas sonoridades. Hay una presencia que nos pone en un lugar vivo, físico, acústico, emocional muy distinto al de otros paisajes. Es más menudita la presencia de la vida, y por lo tanto también las dinámicas y las relaciones se viven así.

Pronto alcanzamos los 3.470 metros de altura. De lejos se divisa la maloca, estructura circular en madera con dos niveles y grandes ventanales, que se levanta entre otras edificaciones independientes: un baño, un salón, una cocina. Leo me había dicho antes:

La Estación de Escucha de Alta Montaña es una respuesta a una pregunta sin respuesta: qué hacer con esta herencia que recibo de mi padre, y con la herencia simbólica de un territorio que se disputa entre servicios ecosistémicos y el monocultivo y las prácticas insanas de los esquemas de extractivismo y mercantilismo de la naturaleza. No sabemos qué hacer, pero podemos hacer un espacio para encontrarnos, para ir respondiéndonos en el hacer qué hacer.

También que Werebere viene de were were, un instrumento amazónico. El nombre es onomatopéyico: así suena ese arco cargado de semillas de los bosques del sur. Lo conocieron en un viaje al Amazonas, donde sembraron la semilla de su primera hija. Años después, alguien le explicó a Leo que el were were es un sonajero usado para arrullar a los niños, y le pidió que escuchara las ranas, que comprobara por sí mismo que el were were son cantos de ranas:

Es una tecnología increíble. En un mundo donde todavía no había llegado la grabación mecánica, existían modos de reproducción del entorno acústico. Lo que tengo en el were were es un sonido de la naturaleza que está trabajando mi inteligencia somática y me está produciendo calma para dormir.

Al entrar, Leonel enciende una flauta de agua que se levanta en la mitad de la maloca, estructura tubular de bronce y vidrio que produce un sonido parecido al del viento en las alturas: “Este es un espacio que, a cambio de tener un centro con fuego, tiene un centro con agua”. Werebere, me explica, es un templo del agua, semejante a los que ha construido en otros lugares: instalaciones, arquitecturas, por lo general temporales, en espacios de circulación de arte contemporáneo. Ahora mismo hay uno en el museo de ciencia de Medellín, pieza central de una exposición colectiva llamada “Espesuras: Habitar un mundo herido”. Intersección entre arte y regeneración, línea que une mis montañas con este páramo.

La obra se llama *Templo del agua Sumapaz*, y tal vez sea mejor explicarla que describirla, con palabras de Leo, aunque sea tan difícil condensar la complejidad de su pensamiento sin citarlo extensamente:

Ahí hay una corriente de agua que viene de la montaña. Y antes de eso estuvo viajando en los ríos voladores y en los vientos, en la Amazonía, en el Atlántico. Y antes quizás estuvo en el Everest, y antes quizás fue bebida por un neandertal: un montón de instancias de la misma agua en movimiento. El origen más cercano fue la condensación de cada gota trabajada por la vegetación de la alta montaña.

La obra es un dispositivo que reduce el caudal de los ríos a una mínima expresión. Empieza a detener todo ese proceso, a sostenerlo como lo hacen los páramos. Y lo vuelve gotas. Esa experiencia de escucha se logra ralentizando el flujo del río. Era un río, pero ahora puedo escuchar en la gota el río, y así puedo conectar con el páramo, volver a esos lugares donde estuvo la gota horas o días atrás, observar en el detalle el todo, porque una gota es un fractal. Muchas de esas gotas las tomo diariamente del páramo. Miles de millones de esas gotas son mi cuerpo, porque yo soy páramo. Yo soy una burbuja de páramo.

El ciclo del agua en la montaña es el mismo en un cuerpo, dice. El agua que va y viene, que bebo y transpiro, “esa es otra corriente”. Una que también es posible escuchar, por ejemplo, tapándose los oídos para sentir los flujos internos; una escucha que es subacuática, reminiscencia de los mamíferos del agua.

En una hamaca, Esme arrulla a la niña, le habla bajito al oído para prolongar la siesta iniciada en el carro. En el segundo nivel, suena una pieza de otra obra de Leo, *Canto rodado*: tres grandes piedras redondas, apiladas una sobre otra, giran mientras un alambre las acaricia, produciendo una vibración que siento desde la planta baja. La sensación me desconcierta, me descoloca; me hace pensar que me cayó el soroche. Pero

no es soroche sino que es la roca, el canto de la roca. Antes, en Bogotá, Leo me había dicho:

Trabajar con el sonido es trabajar con los acontecimientos, con lo vivo, con el tiempo. La espacialidad tridimensional en la que habitamos es la espacialidad de las cosas, de las materias. Y esa espacialidad tiene una impermanencia, una ritmicidad, unos ciclos. Y todo eso viene en resonancias, en vibraciones. O sea, la vida es sonora. Yo entro en un diálogo con lo vivo, y es un diálogo de escuchas y de resonancia.

Por eso, lo que él crea es la experiencia: “Aquí no hay nada que se esté se esté creando, solamente estoy destapando un sentido que me permite ahondar en la concepción básica de las cosas, que a la vez se vuelve sorprendente en lo elemental”.

Ahora, acá, hay lluvia, un vendaval. Es tan fuerte el viento que el agua golpea en sentido horizontal y empieza a meterse por los ventanales y por debajo de la puerta, inundando la maloca. Me toparé más tarde un fragmento de un texto escrito por Laura Acero para esta misma colección, sobre la costumbre de visitar lagunas de alturas:

La actitud con que el caminante sube a visitarlas define tanto el tipo de clima que tendrán allá arriba como la

respuesta a aquello que se pide, consulta o agradece. Se trata de una prueba de respeto a la naturaleza, esa fuerza contra la que no podemos nada, pero sobre la que podemos, como humanos que somos, hallar una narrativa, interpretar.

Cómo interpretar que en esta visita a las alturas, algo tan raro para mí, los árboles se doblen y la gota multiplicada por millones se cuele implacable en este refugio por efecto de la misma fuerza que en el centro de agua hace funcionar la flauta.

Werebere es “Estación” porque es la “ruana” que cubre cuando el clima azota, base de un terreno de exploración más amplio que incluye, por ejemplo, la laguna de Los Colorados, o esa quebrada invisible en la que desarrollan algunas prácticas de la Escuela de Escucha, y en la que Leo aprendió a hacerse transparente:

Ahí hay unos fenómenos, unas crepitaciones con unas cualidades tímbricas muy particulares, brillantes. Son texturas medio abiertas, sonidos donde pueden caber otros sonidos. Cuando yo la escucho, tengo una oreja en una dirección y la otra en la contraria, y mi cuerpo empieza a hacer la mezcla. Y eso que hace mi cuerpo se parece a prácticas que están muy estudiadas, muy cercanas a algo

que se llaman los latidos binaurales, que en el ámbito de la ciencia se utilizan para estimular procesos de sinapsis cerebral y de reconexión neuronal. Lo que pasa aquí es que las frecuencias y los sonidos empiezan a mezclarse, pero no en el espacio, sino que es un ejercicio que están haciendo tu cuerpo y tu cerebro. Hay que estar un rato, porque se necesita tiempo para entrar en resonancia. La llave para que en el cuerpo ocurra lo que tiene que ocurrir, que he descubierto y la comparto, es escuchar de tal modo que lo que esté sonando por ambos oídos se junte y al juntarse te desaparezcas y te vuelvas transparente. Poner la escucha en ese modo hace que pasen cosas increíbles, porque el sonido está produciendo unos estados fisiológicos perceptuales, logra tomar posesión de tu estado corporal. Lo lindo de esta quebrada es que no se ve el agua porque hay un matorral justo enfrente.

Mientras Leo habla, Esme achica agua y la niña corre en círculos por la maloca. Su placenta, me dicen, está enterrada aquí detrás: su forma de manifestar el espacio. Afuera, el vendaval sacude las plantas de romero que sembraron para honrar el nombre y el pasado de la vereda. Le pregunto a Leo si cree que sus esfuerzos de regeneración desde la escucha tienen algo que ver con la historia de Sibaté:

Por supuesto que sí, porque a Sibaté han llegado esos seres y esas situaciones que incomodan o que cuesta trabajo poner cerca. Es como si hubiéramos sido destinados a la hospitalidad. De eso hablan los hospitales psiquiátricos, los orfanatos; de eso hablan también las aguas del río Bogotá, que vienen a dar acá. Sibaté pareciera ser el lugar de la apertura y del recibimiento a todo lo que sobra. Piensa que vivimos tan solo a un par de kilómetros del desastre ambiental más significativo de Colombia, que es el río Bogotá. Y yo crecí entre la montaña y el embalse, y veía cómo el agua nacía pura, cristalina; cómo se hablaba de prácticas rituales, del tiempo mítico en la laguna de Los Colorados; cómo se relacionaba este territorio como un lugar de lo sagrado, del encantamiento, porque hay un montón de historias asociadas a poderes que operan mística y mágicamente sobre el territorio. Pero a la vez estaba al lado del embalse. Ahí hay una incoherencia ética, existencial, que está asociada a un problema de valores. Y al final el agua, incluso la del río Bogotá, es sagrada. El problema no es el agua, es lo que carga el agua. Toda la oscuridad.

El río Bogotá es una de las obsesiones de Leonel. Antes, me dice, lo azotaba la solastalgia. Trabajó por un tiempo en proyectos de reparación simbólica, “entendiendo a la naturaleza

como víctima, pero también como escenario y materialidad de la disputa”. Recuerda un taller en un colegio en Bogotá, sobre las memorias de un río, en el que un adolescente urbano escuchaba a su abuelo contar sus recuerdos de las quebradas, de las que salía el agua para el sancocho, y preguntaba: “¿Pero y dónde están esos ríos de los que usted habla? Porque en mi vida yo no conozco ningún río limpio”. Sintió desesperanza, pero eso le ayudó a encontrar el lugar de su acción, a pensarlo como un problema de escala. Por eso se dedicó a hacer templos del agua:

Hay que trabajar con tus propias aguas, en tu desintoxicación. Trabajar en la proyección, en la representación, es tan importante como trabajar en la realidad misma. Trabajar en la mente y en el cuerpo es tan importante como trabajar en la materia misma. Crear canales creativos y de apertura a nuevas narrativas, *narrarse de forma distinta*. Lo que tú estás haciendo al narrar de forma distinta es abrir arquitecturas sinápticas del bienestar. Y no es un asunto que se queda individualizado, sino que se empieza a colectivizar cuando las prácticas se comparten, cuando los sentires se extienden, cuando empieza uno a notar que esto que yo estoy provocando tiene ecos en otros lados.

Trabajar como deshaciendo un nudo, hebra por hebra, sin dejarse asustar por la maraña, como hace justo ahora con las cuerdas de las alas de mariposa que su hija lleva en la espalda: “Papi, ¿me quieres ver volar súper más rápido?”.

A Werebere, por eso, llega gente con ideas semejantes. “Hay una necesidad de transformar nuestros modos básicos de comprensión de la disposición del cuerpo, del espacio, frente a experiencias que trascienden lo estético y van hacia lo espiritual”, me había dicho antes. Ya llevan tres años acá. Han hecho trabajo comunitario, laboratorios para hacer de la escucha una pedagogía, *performances* en playas con cantos y danzas para declarar amor a las ballenas. En los últimos tiempos se han concentrado en la Estación. Reciben músicos, artistas, descendientes de pueblos originarios, colectivos y personas que trabajan en temas de restauración. Hacen conciertos, talleres, círculos de canto, baños sonoros, prácticas de meditación y contemplación. Ofrecen clases de cuerpo, de voz, de yoga. Son estudio de grabación, espacio para llamar la inspiración.

¿Por qué estamos trabajando en la montaña y no en otro lugar? —dice Leo—. Porque somos seres meteorosensibles, geosensibles, y estar aquí no es solo ir a un lugar distinto, sino pasar por una cantidad de procesos bioquímicos,

biofísicos que están modificando tu cuerpo. El cuerpo funciona muy distinto a esta altura, te pone en un lugar del interior. La montaña es un lugar para ir hacia adentro.

La lluvia ha menguado, pero el viento sigue afuera, golpeando; sigue adentro, en la flauta. Arriba, donde las piedras vibran, se oye un golpe seco; acá, el gritito de Esme: “Uy, qué sonó”. Una piedra de *Canto rodado* se ha caído. Un evento inédito con esa obra, en este lugar. Pienso en el texto de Laura Acero, en el mensaje de las alturas, que ahora mismo es viento, y una conversación sobre las propiedades restaurativas del sonido. “El cuerpo sabe lo que la mente no”, dice Esme. Leo lo describe a partir del ejercicio de escuchar la quebrada:

He escuchado la misma quebrada desde hace mucho tiempo, y cada vez que la escucho, la escucho distinta, porque yo soy el que estoy cambiando. Y porque la escucha es modal: como tú la pongas, aparece algo. Necesitas tener llaves para que cuando te permitas, a través de la percepción, recibir algo, tenga un sentido. Puedo quedarme sencillamente en lo rico que suena la quebrada. O pasar quizás a unas escuchas en las que esa vibración y esa textura entran dentro de mí, a unos estados de resonancia que me recuerdan crepitaciones de mi propio organismo, o a un

modo de atención en el que siento que el sonido es la respiración del río. Ya no estoy escuchando la quebrada: estoy escuchando cómo respiran las aguas, percibo la oxigenación de un ser a través del sonido. Y puedo sentir cómo el sonido ya no es sonido sino que es aliento para mi cuerpo, y es oxígeno. O sea, es *respirar por las orejas*.

Para efectos de esta larga conversación, Leo llama “agencia restauradora de la bioacústica” a esa capacidad que tiene el sonido de afectar el cuerpo:

Hay una agencia en la materia, y en la materia en vibración, y el sonido es materia y es vibración, o sea que puede actuar para cambiar el curso de las cosas, y en este caso del cuerpo, de su estado. Esa agencia lo que está haciendo es ordenando, produciendo acuerdos, y trabajando el sonido como una fuerza, como algo que no solamente es producto de un acontecimiento, sino que puede crear nuevos acontecimientos. Ya no entramos en las bondades de las tecnologías que tiene la naturaleza, entendida como biósfera, geósfera: la vida vibrando que es capaz de entrar en resonancia con la vida vibrante de mi propio ser, que es biósfera y es geósfera también. Ya no aparecen esas sutilezas y esas capacidades que la tecnología de la

naturaleza es capaz de configurar para producir estados de balance o generar acciones de acoplamiento. Creo que la naturaleza todo el tiempo ha estado tratando de ordenar y nosotros de resistir a muchos órdenes. Hay cosas muy sencillas que se despiertan sin necesidad de estar preparado a través de caminos del aprendizaje y de la espiritualidad, o del desarrollo de la inteligencia psíquica y sensible, como por ejemplo estar al lado de una quebrada, de un río, escucharlo, estar ahí.

Leonel también llama a esa agencia “arrullo”, “una expresión del cuidado de la vida”. Cuando un pájaro canta, dice, desarrolla el territorio: el territorio del apareamiento, de la gestación, de la cría. Cuando un escarabajo activa su percepción ultrasónica de las plantas o del medio, la naturaleza trabaja al nivel subatómico, al que la ciencia se ha extendido hasta volverse, dice Leo, más chamánica, más antigua. El arrullo

[...] es vibración y materia sónica capaz de contener las fuerzas del caos y producir vida. Cuando llegamos a este mundo, llegamos sonando. Y lo primero que se desarrolla es la escucha. Cuando el bebé empieza a construir sus primeras sinapsis cerebrales, las hace en medio del sonido, un sonido que nos acompaña los nueve meses de la

gestación. Antes de esa separación entre el mundo y tú, estabas en un lugar donde las condiciones eran ideales. Tú y tu madre no eran cosas distintas. Tú y el todo eran una sola cosa. Y al salir del vientre, uno podría decir que hay una disminución de la presión sonora. Por eso el silencio es raro para nosotros.

Por eso, los pueblos originarios se inventan cascabeles que llenan “de un sonido conocido esa espacialidad desconocida y silente donde llegan las fuerzas del mal”. Por eso, ese mandato del silencio, tan difícil de cumplir, resulta más bien antinatural: un desorden que la naturaleza y sus sonidos tratan de ordenar. Entonces, Leo y Esme trabajan haciendo eso: conteniendo mediante arrullos, como el páramo al agua, sin exigir más esfuerzo que el de escuchar. A la gente que se queda a dormir en la maloca la arrullan, le ofrecen conciertos que son arrullos. “Apapachos sonoros”, dice Esme. Por eso dicen ambos que Werebere es un espacio de cuidado.

Pregunto, porque a eso vine, por formas de llevar la montaña con uno, de resonar en medio de tanto estrépito. Esme habla de prácticas sencillas. Respirar por tres minutos. Llevar un diario de agradecimiento. Pensar, antes de comer, “en todo lo que tuvo que pasar para que ese bocado llegara aquí”. Sacralizar, acercarse con devoción. Beber agua en gratitud,

porque somos agua, todo es agua, “somos ríos internos”. Volver al cuerpo, sentir el cuerpo. A veces, parar, solo estar. Un pequeño acto todos los días. Leo habla de

[...] aislar un poco todas las cosas y los estímulos para lograr la singularidad y la magia del acontecimiento mínimo, como el de la gota de agua. La montaña está en esa gota. Y lo que hay que hacer es aislarla de ese contexto instrumental, descontextualizarla, para poder apreciarla en modo de agradecimiento y de veneración. Lo sagrado no es excepcional y no está separado de las cosas que normalmente instrumentalizamos. Es como esas aguas del río Bogotá, son sagradas. Hay que encontrar una cualidad de esa sustancia o de ese lugar que permita ritualizar la cotidianidad y encontrar en el diario unas posibilidades para que esos mínimos eventos se detonen. Y, bueno, la mejor manera de encontrar la montaña en la casa es en el agua. Cuando te estás bañando, estás recibiendo la montaña, y también en el aire que estás respirando. Hay que permitir que el aire que respiramos tenga el ser de la montaña, y darle un tiempo, un espacio, para que pueda trabajar dentro de nosotros, en esa condición divina. Y quizás implica detenerse en la respiración. Ahí está la montaña, y lo mismo en el agua: cuando la estoy tomando, el agua

baja, igual a como baja de la montaña. Creo que somos montaña cuando tomamos agua.

“Y cuando tomamos aire”, insiste Esme.

De regreso a Bogotá, me quedará atascada en un trancón eterno, junto a varios camiones llenos de pollos encerrados en minúsculos cajones. Con los pies ateridos por el frío, agradeceré mi esfuerzo por haber trepado hasta esa familia, hasta ese templo en el que el sonido intenta reparar lo roto. Recordaré ese momento en el que salí a prenderme un cigarrillo, con el rostro oculto tras la chaqueta para proteger la llama del viento. La sensación térmica tan extrema. La decisión momentánea de entregarme a ese frío que también quema: la otra cara del fuego sobre la montaña.

En la ciudad, deshago los pasos rastreando recuerdos que he perdido. Camino mucho, es mi ofrenda, hasta llegar a los lugares que fueron hogar. Primero Palermo, donde todo es distinto y todo es igual: otras fachadas, en cada cuadra negocios nuevos, un montón de peluquerías. En la que fue nuestra casa, ahora hay un mural colorido: abajo una montaña y

hojas y flores, arriba un dirigible con un letrero que reza, junto a la ventana de la que fue nuestra cocina, “Orgullosos de lo que somos”. Sobre la puerta de entrada todavía dice “Sión”, como se llama el monte sobre el que se levanta el templo de Jerusalén. El supermercado del primer piso está cerrado a pesar de que son las tres de la tarde de un jueves, como era costumbre entonces, de modo que no puedo acercarme a comprobar si el arrendador sigue siendo el mismo señor dulce y sonriente. Compró el pan que solíamos comer: es el último, luego confirmaré que está duro y viejo.

Me encamino luego hacia Chapinero, hacia el primer hogar. Está todo igual, salvo por un fruver en la esquina y por los murales renovados de la 57, uno que dice “Más sabroso es lo nuestro”. No recordaba el nombre del edificio, ni recuerdo el nombre de los porteros con los que hicimos amistad, que ya no están porque ahora se entra con una tarjeta. Trepo por la 57 para ir al parque al que llevábamos al perro, en el que hicimos tan buenos amigos. Es un lote grandísimo en los Cerros Orientales, con muchos árboles, una placa de concreto y un parquecito infantil, flanqueado por edificios donde vive gente muy platuda que, por exigencia de la ciudad, debe ceder a la comunidad espacio público entre sus moles: puedes construir acá, sobre la montaña, pero solo si dejas abierto un pedazo que la gente valiente pueda frecuentar.

El camino es mucho más largo y empinado de lo que recordaba. Admiro unos yarumos que debieron estar ahí antes pero que ya no recuerdo, y pienso que es como dice Leonel, que la quebrada siempre suena igual y es uno el que cambia. Me pasa lo mismo con las decenas de mirlas que encuentro al llegar al parque: ¿estarán recién llegadas o es solo que no me acuerdo? En la placa hicieron un gimnasio de esos al aire libre y, donde solo había arbustos, ya hay árboles grandes que cubren la vista de los cerros. El parque está desierto aunque ya la tarde despunta. Tengo miedo. Hay que trepar mucho para llegar hasta acá, y sospecho, como antes, que mis gritos serían ignorados por los vecinos. Pienso en las advertencias que hacen todo el tiempo los locales: cuidado con el transporte que hay paro; cuidado con esta o aquella estación de Transmi, es peligrosísima a esta hora; cuidado con subir sola a los cerros. Me llega el recuerdo de todas las veces que me sentí *montañera* en esta ciudad. Cuando me vestía mal para la ocasión, cuando soltaba una palabrota en el contexto equivocado, cuando me perdía en Transmilenio por no entender el sistema y preguntarle a la persona equivocada. Montañero el desamparo que sentía cuando me veía obligada a desplazarme hacia el occidente y perdía de vista los cerros. De regreso a mis montañas, saldré a rodar en moto con un amigo que es de un pueblo. Montañero, le diré, porque no se orienta

bien aunque es motero: se pierde con facilidad, hay lugares que teme y evita a ciertas horas de la noche. Montañero el que no sabe, el que se extravía, el que siente miedo. Montañero el pobre, el mal vestido. Acá también son montañeros, pienso, siempre temiendo a los cerros que los saludan cada mañana, los mismos que arden a veces, cuando una mano oscura quiere decidir su destino. Acá y allá, todos somos montañeros.

Ya estoy a punto de irme, me asusta hasta el sonido de las mirlas en la hojarasca, cuando llega una muchacha con su perro, un samoyedo amistoso. Conversamos un rato. Le pregunto por qué no hay personas ni perros. Me dice que antes subía más gente, hasta hace como un mes, cuando tres manes atracaron a una muchacha que hacía ejercicio. Desde entonces, el parque está más solo. Ella, por ejemplo, solo sale a esta hora, nunca en la noche. A veces lleva al perro al Parque Nacional, pero hay un límite, una línea invisible, que no franquea nunca porque le da pavor. Más tarde una amiga, habitante de ese borde en el que la ciudad se vuelve montaña, me dirá que los cerros son el recordatorio de que las fronteras son una idea, un invento urbano, y esos límites siempre se desbordan: “Por la realidad de la violencia en ciertos espacios, pero también por el profundo desconocimiento de sus dinámicas, las montañas terminan siendo ese lugar que nos abraza, pero que es prohibido, y al que finalmente accedemos de manera regulada”. La montaña prohibida.

Lo del miedo al cerro es como antes, pero algo se siente distinto. Traigo este recuerdo de una ciudad hostil, que se niega a quererme aunque yo la quiera tanto, como una montaña cuyo ascenso requiere un sacrificio inhumano. Donde antes veía el defecto, lo que me separaba de ella, ahora veo algo propio, mío. La gente me sonríe en la calle. Me dan instrucciones casi con cariño y por eso no me he perdido en Transmilenio, donde además he hecho amigas, señoras que me cuentan de sus hijas, que son muy estudiosas pero palabrosas, como yo, quizás para exhibir sus espinas antes de regalar su aroma (como yo); una me dijo que le dijeron, en un país europeo, que quien entienda Transmilenio puede moverse en cualquier lado, traducir cualquier sistema.

Durante esta larga caminata espero en vano un golpe de nostalgia. Por momentos incluso hago el amague de poner una canción nuestra para invocarla, “love is the warmest color”, pero mis oídos piden otra cosa. Supuse que todo iba a estar asociado a la vida en común. Que sería para siempre *nuestra* ciudad. Y no. Recuerdo el audio que acompañaba una de las cartas, fragmento de una novela de nuestra Nothomb: “El drama de los naufragos de la existencia es que en lugar de abrirse a los demás, se repliegan sobre su sufrimiento y ya no salen de él”.

Bogotá me dice, queriéndome, otra vez cercana, que ya es hora de dejar de ser naufraga.

Querido Viento:

Han pasado siete años cordillera desde la última vez que estuve acá. Vine a buscar la montaña, y aproveché para resolver el pendiente. Para quemar la pena por la vida que pudimos haber tenido. “Please stay forever, I say to the things I know. Don’t go. Don’t grow”, escribió Patti Smith en *M Train*, un fragmento que leí en esa reseña que me enviaste.

Esta será mi última carta.

Como ves, no es difícil hallar la montaña. El símbolo es tan potente que cualquier cosa adquiere forma de montaña si uno mira bien. La montaña que conecta la tierra y el cielo, a los mortales con la divinidad. La montaña-templo, la montaña-deidad. La montaña purificada por el fuego que guarda en su interior, donde reside también la materia que buscan los alquimistas. El lugar donde empezó la creación, el ombligo del mundo. En la montaña, los dioses se revelaron ante sus profetas. A la montaña se retiran los monjes, los ermitaños, los ascetas, y peregrinan cada año miles de fieles. En el tao, el símbolo chino de la inmortalidad es la unión entre el hombre y la montaña. La montaña recuerda que el ascenso es el destino de las gentes, aunque los caminantes más avezados digan que lo verdaderamente difícil es el descenso.

Descenderé mientras me despido despacio, como era costumbre.

Para atizar el fuego necesitaba perdón y por eso busqué a tu hermana. Me puso contenta que aceptara. Me disculpé con ella por salir azotando la puerta, por cortar todo vínculo. Le agradecí por sostenernos siempre tan discreta y generosamente. Me dijo que me quería, que nunca le contaste a nadie lo mal que te traté. (Gracias.) También me hizo un resumen de todo lo que no supe, las pérdidas, los tropiezos. Me habló de Dios, me dijo que habla con vos de Dios, me aconsejó buscar a Dios. Decía “Jesús” y yo pensaba que bien podría, para curarme esta falta de fe, cambiar “Jesús” por otra palabra, más parecida a la divinidad en la que quisiera creer, entonces digo: buscaré la montaña, creeré en la montaña, pediré a la montaña que me dé fe en la montaña y así la montaña me acompañará adonde vaya: *si la montaña conmigo, quién contra mí*. Como en estos versos de José Manuel Arango: “Dame, dios, / mi dios, / mi diosito pequeño, / rústico: / tú, / a quien creo acariciar / cuando le paso por el lomo / la mano a mi perro, / dame / esta dura apariencia de montañas / ante los ojos / siempre”.

Consulté el *I Ching* a propósito del pedregoso ascenso por este texto y por esta despedida, y me respondió con el hexagrama 1, Lo Creativo: arriba el cielo, abajo el cielo, en eterno movimiento. La misma respuesta que me dio la última vez

que lo consulté, unos días antes de irme al norte, donde todo acabó. Leí luego esta bella interpretación, que seguro sabrás conectar con todo lo demás:

La energía trabaja, y el trabajo es su medida. Un dragón es lo que un dragón hace, no solo lo que desea y sueña con hacer. [...] La ofrenda y el sacrificio más grandes probablemente consistan en corresponder a algunos de estos seres para hacer que el mundo sea mejor, sea magnífico, y hacer como el sol: subir el agua hasta las nubes. El propósito o el plan de todo esto no es otra cosa que el arte de la vida. Incluso las fuerzas divinas aprenden mientras crecen.

Después de releer las cartas me sentí bella por primera vez en mucho tiempo, nomás por la fortuna de haber sido el árbol en el que se posó ese pájaro extraño del amor epistolar entre un ser de montaña y uno del altiplano, sacudido luego por mi locura hasta quedar sin flores ni frutos. En una de ellas hallé una sinopsis que hiciste de tu libro de poemas, otra premonición: “Trata de hablar de cómo estamos hechos de lo mismo, de la suerte de cruzarnos en un momento y separarnos para siempre, sin dejar nunca de llevarnos dentro”. En otra, esta frase de la reseña del libro de Patti: “The people we’ve loved and lost live on in us”.

En este momento hay diez volcanes en erupción en el mundo. Hay guerras, crisis humanitarias, un genocidio en vivo. Lloro tanto con las imágenes de niños masacrados y emaciados que cada vez invento nuevas estrategias para no entrar a ese agujero negro donde me las muestran. Medellín ahora es más cara que Bogotá. Es difícil llegar a fin de mes aunque no me vaya mal. Materno y trabajo y me procuro algún escape. Tengo un nuevo diagnóstico, el mismo de tu otra hermana, pero un tipo más leve, qué paradoja. Tomo un medicamento psiquiátrico, un metal pesado como los del río Bogotá, qué sinsentido. Todo es cuesta arriba, pero igual voy trepando. Me ayudo: cierro los ojos y respiro por los oídos hasta sentir que me transparente, o me tapo las orejas hasta escuchar al cetáceo en mis entrañas. Trabajo en mi representación contándome una historia distinta, una en la que mis más negras aguas son tan sagradas como las que bajan por mi garganta. Respiro, bendigo, venero. Escribo, me arrullo, canto para espantar mis penas (como me dijo Esme antes de subir al páramo). Camino y tomo agüita, como aconsejó ese gran sabio paisa en una entrevista que edité hace como cien años cordillera. Procuro hacer cosas que no están en mi programa.

Ahora sí me voy.

Este texto iba a terminar con algo como: vos fuiste mi montaña, mi montaña encendida, y el fuego que fui no estaba

destinado a durar. Pero la verdad es que no, porque la montaña la llevo dentro, aunque todavía la esté buscando. Deseo, querido Viento, “que tus montañas se eleven por encima de las nubes”, como escribió Edward Abbey.

De coda, la última, este poema de Fabio Morábito: “Solo hay canto / porque hay montañas / porque lo que decimos / las montañas lo deforman, / y así se forma, / con las palabras desvirtuadas / por los montes, / como el deseo de oírse por primera vez, / el canto. / Ellas nos enseñaron / a no tener del todo la razón, / a suspendernos / y esperar. / Cuando aprendimos a callarnos / pudimos aprender a oírlo todo / sin asustarnos más / de lo que oíamos, / y en las palabras / desvirtuadas por los montes / reconocimos un anhelo / que las palabras no decían. / Así, silencio y canto / vienen juntos / y para algunos son lo mismo, / porque después de los silencios / más profundos, / para volver a pronunciar / cualquier palabra, / es imposible no cantar”.

“El tema serían las montañas. ¿Qué decís, ome?”. “Verde de la Montaña”. “Montañas”, pienso, mientras miro el asomo de cerro capitalino que se divisa, insuficiente, desde mi ventana, única vista de la naturaleza que tengo desde aquí. La coincidencia me resuena, como epifanía. Algo de cabalístico tendrá. Celebro esta oportunidad de aventurar, aun cuando sea algunas líneas, sobre temas distintos al del lugar donde vine al mundo, destino literario que me persigue más de lo deseado. “¡De una, Javierbeltrán!”, concluyo, intentando calcar esa forma tan medellinense de unir nombres y primer apellido al aludir a alguien. El trato está sellado. Colgamos.

Improviso conjeturas. Me pregunto qué tanto ignoro y qué tanto sé sobre Medellín y su orografía y si acaso seré capaz de decir o inventar algo que no haya sido ya magnífica y ampliamente dicho e inventado acerca de sus montañas. Empuño el micropunta Staedtler color verde montaña y me pongo a prueba, como debe ser, improvisando lo primero que se me ocurre.

El himno antioqueño —conocido entre muchos colombianos por las transmisiones de los clásicos entre el llamado Poderoso de la Montaña y Nacional— lo celebra con el corazón en la garganta: “Oh, libertad, que perfumas las montañas de mi tierra / deja que aspiren mis hijos tus olorosas esencias”.

—Comenzamos mal —pienso. Pero me obstino y continúo.

Los versos son de don Epifanio Mejía, vate yarumaleño con nombre de institución educativa pública cuya obsesión por su terruño [...]

La idea no me convence. Intento hacerme el paisa berraco y camino hasta una esquina del apartamento en busca de inspiración. Allí me mira, como un testigo incómodo, el diploma de bachiller en Filosofía y Letras del bisabuelo Víctor Modesto: profesor, marinillo, católico y godo, como Marco Fidel, pero oriundo de la vereda La Balsa, que, entre otras, no sé bien dónde queda ni si aún existe. Vuelvo al papel, lanzando mi propia y muy precaria versión de *La casa de las dos palmas*.

En 1931, el tatarabuelo Juan de Dios firmó lo que no debía y acabó quebrado. Soledad, su esposa, procuró encajar el golpe con entereza. Pero el 6 de junio de 1932 la venció una trombosis. Entonces Joaquín, segundo de los hermanos, encabezó la diáspora en compañía de sus seis fraternas —beatas todas—, de la anciana abuela materna y de una prima. Encaramada en mulas, la familia desafió los barrizales de Guarne, el río Negro y las cuestas de Santa Elena para llegar a Medellín. Luego, el ferrocarril los condujo por el túnel de La Quiebra hasta Puerto Berrío. Después remontaron en chalupa el Magdalena camino a La Dorada. De allí avanzaron por trochas quindianas, camándula en mano y dignidad a cuestas, rumbo a la llamada Villa del Cacique.

Las estaciones de este éxodo están consignadas en una carta que, por fortuna, guardo, bien escaneada. Lo de las mulas, el tren y el túnel es invento mío. Me consuelo pensando que algo de ese ADN aventurero ostentado por mis tías bisabuelas todavía debe correr por mis venas, así sea en dosis homeopáticas. Concluyo que mis falencias como negociante, acaso heredadas del bisabuelo Víctor y los suyos, terminaron compensadas por mis talentos de culebrero, a los que hoy me encomiendo.

Esperanzado, le mando un mensaje a Javier: “¿El texto tiene que ser solo sobre Medellín o puedo hablar del resto de Antioquia?”. “Área metropolitana”, responde. Me quedo pensando a qué temáticas remitirme entonces: ¿a aquel concurso radial sobre los Beatles que un día me llevó a Liverpool de la mano una vecina de la quebrada La Ayurá, quien acabó rompiéndome el corazón? ¿De la propia quebrada La Ayurá, que segundo a segundo se precipita desde el cerro Astilleros, ajeno a mis despechos de antaño? ¿Del Festival de Ancón, al que por no haber nacido me abstuve de ir? A lo mejor una vez en tierras antioqueñas dé con un sobreviviente de aquellos que, alentados por la psilocibina, llegaron al concierto nadando vía río Medellín. ¿O acaso vendrán al cuento mis impresiones sobre Juan Carlos Osorio, con cuyo ego tuve ocasión de encontrarme en su propia casa, clavada sobre algún cerro de la ciudad que no recuerdo?

Suelto el teléfono. Me planteo si esta costumbre tan personal de conjugar la vida propia y ajena en pasado pueda serme de utilidad para los fines en cuestión. Recuerdo a Gardel. Imagino la aeronave donde el Zorzal emprendió su último viaje en 1935, intentando despegar desde la pista del aeródromo Las Playas, cuando el mayor mártir conocido de tangos, canciones criollas y milongas se aprestaba a volar hacia Manizales. Dibujo en mi mente al Morocho acomodado en la silla número 2, a la derecha, a bordo del F31 de la Saco. Me lo figuro divisando a lo lejos la Mesa de Herveo y los nevados del Quindío y del Tolima. Pero luego pienso que eso último también es ficción y, para rematar, salida del área metropolitana. “¿Y si al zarpar para Bogotá acabo accidentado, como él?”. ¡Que el alma del cacique Nutibara me proteja!

Habrán pasado algo menos de dos meses. El miércoles 28 de mayo, a la 1:54 p.m., abordo del 9328 de Avianca, toco al fin suelo rionegrero —que es, para quienes no lo sabíamos, el gentilicio de Rionegro—. El alma se me devuelve, como siempre, a nostalgias por lo no vivido. Evoco a Ricardo Rendón, gloria rionegrera de la caricatura fallecida por manos propias dentro de un reservado del café La Gran Vía de Bogotá, en 1931. Decido ahorrarme lo del taxi hasta Medellín con un colectivo, le compro unas almojábanas a una gentil anciana que se me acerca una vez me he subido y ahora nos

encaminamos hasta San Diego, donde, al llegar, una lluvia implacable se descuaja. Mojado agarro un taxi. Desembarco, me registro y ocupo la habitación correspondiente en el beminimal. Dispongo de media hora para secarme y llegar caminando al escenario donde *Selección de cuentos de Medellín y Bogotá*, volumen hermano de aquel que hoy me trae hasta aquí, será presentado una vez el sol se ponga. Según Google, doce minutos me separan de mi destino.

Bordeo el río, muerto del calor, con esa mezcla de candidez y temeridad que solo da ser forastero. No más doblo la esquina, me avista de reajo el mencionado Nutibara, a quien aprovecho para reconocerle haber atendido mi plegaria de permitirme sobrevivir, por lo menos, al vuelo de ida. Con su Pueblito Paisa encaramado, mi santo salvador de turno me hace un gesto de “suba, pues, no sea flojo y pague la promesa”, como si fuera lícito treparse allí con afán y sin haber comido.

También alcanzo a divisar El Volador: verde, ancho, fraternal, como ese amigo optimista que insiste en recordarte los pulmones que todavía nos quedan: a ti y a la ciudad. El coloso me observa a la distancia con cara de “no me descuide, miijo, que aquí lo espero pa cansarlo”. Yo, agradecido, le prometo mentalmente que cualquier día de estos le haré caso, preguntándole si la gente en esta ciudad también planea cosas que después acabará por no cumplir. Le pido, por ahora, que me

ayude a ubicarme entre tantos puentes y glorietas. Pero no parece conmoverse.

A fuerza de mirarlos, los cerros de Bogotá me sitúan en el planeta y siempre que los veo puedo afirmar casi con certeza dónde está el norte y dónde el sur. Pero en Medellín, todo referente se me borra y el cuadro de desorientación general que por tradición experimento en todas partes del universo se acentúa. En resumen: no sé si estoy yendo para donde voy. Y lo más preocupante: vaya donde vaya, ya voy tarde. Por demás, el giroscopio del celular está descalibrado —sí, los celulares tienen giroscopio— y no hay forma de paliar tantos extravíos con indicaciones electrónicas.

Cruzo el río y San Juan. Las montañas de oriente van desplegándose. Como una corneta que sobresale en medio de la orquesta geológica, se levanta el Pan de Azúcar, punta inconfundible que, desafiante, parece burlarse de mí: “¿Qué hubo, pues? ¡Arriba, hermano!”.

Abordo un taxi para que me salve. Don Édgar, el conductor, luce paternal, con su bigote entrecano y al menos setenta años encima. ¿Que hacia dónde me dirijo?: “Al Patio Claustro de San Ignacio, mi hermano. Muchas gracias”. Me subo adelante porque, según entiendo, así se estila acá. No es por paranoico, pero en las siete u ocho veces que he venido, nunca pude salir indemne de algún comentario negativo, incluso

con intenciones de halago, sobre la ciudad donde nació. La penúltima, un capitán de Uber me señaló que yo era el primer rolo que hacía uso de sus servicios y le caía bien. Supongo que era cumplido. Para ahorrarme nuevos descréditos, trato de no sobreexponer mi bogotanidad, que ya es lo suficientemente evidente. ¿Será que soy montañero? ¡Eso es: montañero! ¿Y si mi texto comenzara así?:

El término ‘montañero’ no tiene mucho de halagador en Colombia. Lo habitual es llamar de esa manera a aquellos individuos cuya poca sofisticación resalta o cuyo desconocimiento de los códigos urbanos acusa evidentes vacíos. Curioso pensar que en tierras tan marcadas por las montañas, por el montañismo e, incluso, por nuestra característica y atávica montañerada, alguien halle vergonzoso o digno de caricaturización el hecho de ser nativo de montaña. En resumen: muy montañero decirle “montañero” al montañero y aun peor llamarnos “montañeros” entre montañeros, cultores, por definición y vocación, del arte milenario de la montañerada.

Evidentemente, tampoco funciona. Para pensar en otra cosa, le comparto a Édgar lo perdido que me siento en la capital de la montaña. “¿Y dónde te estás quedando?”. “En Laureles”. “Con razón. Allá hasta los taxistas nos enredamos”.

—¿Ese cerro de atrás es El Volador?

—Sí. En otra época tenía fama de desnucadero. Y de atracadero. Ahora es de lo más seguro y lo mantienen lindo.

Habría preferido oírle decir —con voz baja y mirada iniciada— que en El Volador se activan bibliotecas planetarias y que allí, justo entre las tumbas indígenas y los grafitis más viejos, se abre un portal hacia otra dimensión. Que los cerros no son simples elevaciones del terreno, sino puentes interdimensionales. Pasajes secretos a mundos infraterrenos donde todavía se respira sabiduría cósmica. Que el Quitasol, con su altura solemne, emite una frecuencia que dialoga con las pirámides de Egipto y que Medellín, aunque nadie lo quiera admitir, es una ciudad de avistamientos apenas entrevistos. Pero no.

—¡Desnucadero! ¿Acá también les dicen así a los moteles? —Y me rehúso a hacer comentarios con respecto a lo de “atracadero” porque eso sí, seguro, en toda Colombia atracan.

Llegamos. Édgar señala al recinto, frente a la plazoleta, donde unos caminan y otros se sientan a hablar de cualquier cosa, a comer o a jugar ajedrez. Individuos de innumerables procedencias entremezclados en un ámbito monumental y heterogéneo: habitantes de calle, personajes de la cultura, bebedores de oficio y oficinistas que van y vienen de regreso. A un par de cuadras desfila el tranvía y siento envidia de la pésima. Bogotá sería otra si tuviera uno.

Entro. La charla ya va avanzada. Javier comparte escenario con Clemencia y Camilo. Me sitúo adelante, a la izquierda.

Un monitor tras ellos alterna fotografías de “la muy noble y muy leal” y de “la bella villa” mientras los tres intercambian conceptos sobre cómo han sido narradas Bogotá y Medellín y en relación con los autores que ayer y hoy se han dado a la empresa de contarlas. También acerca de la selección de cuentos que ahora nos convoca. El diálogo remata con reflexiones del público acerca de aquellas cosas que dividen y unen a ambas ciudades. Un asistente —uno de esos que antes que preguntas tiene observaciones— plantea por qué la antología no incluye ningún cuento de Tomás Carrasquilla. Clemencia explica que en principio se trataba de mirar al presente antes que a los clásicos, tan admirables, tan socorridos, tan obvios. Concuerdo con ella.

Terminada la charla, siento que algo de inspiración me sobrevino. Javier me presenta al resto de panelistas. Vamos en grupo a La Pascasia. Vuelvo a tener hambre. Pido una cerveza y un sánduche vegano. Javier y Clemencia me preguntan por el tema de mi texto. Les confieso que aún no lo tengo claro, pero que oyéndolos pensé en Carrasquilla y en *Frutos de mi tierra*. “¿Qué tal si regresáramos a los escenarios donde esa historia fue cocinándose, para ver qué ha sido de ese entorno?”. “No es mala idea. Parte de la novela de Carrasquilla ocurre en la loma del Cucaracho. Si quieres puedo comunicarte con mi sobrino. Él es guía y organiza recorridos turísticos. De

pronto te puede ayudar”. Amable, por vía telefónica, su consanguíneo admite que esas experiencias turísticas en las que se especializa no incluyen el Cucaracho como destino, pero quedamos en que ya hablaremos mañana. Su intención, en cualquier caso, es ayudarme.

Javier y yo abandonamos el lugar con destino al Guanábano, en el Parque del Periodista, viejo testigo de aquellos tiempos cuando, a mis veinte, Maleja, la beatlemaniaca domiciliada en cercanías de La Ayurá, me hizo llorar. Entre evocaciones, la noche se hace madrugada y acabo por irme a dormir. Me despierto tarde, de un salto voy al computador e indagó vía Google por alguna edición temprana de *Frutos de mi tierra* para ver si la historia es tal como la recuerdo. La mañana la ocupo releiendo el libro, diagonalmente. Y sí: mi sensación se parece un tanto a la de aquellos tiempos de bachillerato, cuando sin conocer Medellín viajé en el tiempo y el espacio a los años de los Escandones y de los Alzates. Transcribo unas posibles citas:

Cucaracho... ¡mire usted qué nombre! Y no se tiene noticia, que sepamos al menos, de que ninguna legislatura o asamblea haya tratado de cambiarlo [...]

Busco alguna descripción que pueda serme útil:

[...] numerosas casas de recreo, con su pintura roja, sus siempre bien enlucidas paredes, sus dilatados corredores, campan por su holgura en praderas acicaladas, donde algún pedrejón

cubierto de líquenes, sombreado por guayabos y chagualos, hace las veces de oasis.

“¿Habrá algún registro sobre el Cucaracho —me pregunto— en la prensa de comienzos del siglo xx?”. Husmeo en el archivo digital de *El Tiempo*, inventarié todas las alusiones halladas y de nuevo me consagro a la tarea, hasta ahora infructuosa, de aventurar una crónica con pretensiones de ensayo:

A juzgar por las notas sociales de ‘El Tiempo’, la loma del Cucaracho de los años treinta y cuarenta del siglo xx rivalizaba con el Club Campestre en cuestiones sociales. Allí, los señoritos y las señoritas se casaban, se velaban, se estrenaban, bebían tisanas relajantes y hasta se permitían el lujo de perecer con garbo y resonancia. Los Restrepo Arango, los Santamaría Botero, los Merizalde Soto, los Arriola Restrepo, los Echeverri Palacio, todos presuntamente de familias linajudas con apellidos compuestos, salían del templo de Buenos Aires o de la capilla privada de los jesuitas, y en procesión casi litúrgica marchaban hacia el morro a consumir su luna de miel en alguna quinta, como si no existiera mejor paraje en Antioquia dónde inaugurar la vida conyugal.

Pienso en el autor:

Carrasquilla, que nunca desaprovechaba ocasión de atesorar lo cotidiano, pausó los pleitos entre los Alzate y los Escandón para dedicarle unas cuartillas a la loma del Cucaracho. Vistió la montaña con “peluche verde” y, en la misma página, se atrevió a dejarla

harapienta, con peladuras rojas y alopecia vegetal. Pero don Tomás no se quedó ahí encallado y nos contó lo que iba viendo: Santa Elena, seria y altiva; el Pan de Azúcar, con su cruz de feria; El Bermejal y “su suelo reseco, color mancha de fierro”; llamó a El Volador “cerro nefando” y también propuso amputárselo al planeta. Entre quebradas que aromatizaban el aire y los vientos que jugaban a levantarles la falda a las señoras, el escritor remató con moraleja: quien se dejara seducir por tanto paisaje terminaba “perdido para los negocios”. Y así quedó la enseñanza: en Medellín, el ocio contemplativo no lo tipificaron los ‘hippies’ de Ancón sino Carrasquilla, quien ya en 1896 advertía que mirar demasiado una montaña podía ser ruinoso para la contabilidad, pero milagroso para el alma.

Lo releo. Un mensaje en pantalla me interrumpe. Santiago Nieto, de la Secretaría de Cultura, me escribe para confirmar mi compromiso de asistir ese día como invitado a uno de los talleres de Libro al Viento. Nos citamos a las 3 de la tarde en el edificio Plaza de la Libertad.

Tomo el ascensor del hotel e inicio el descenso. Al salir me encuentro a Claudia Amador. La había visto en pantallas, mas nunca de frente. Ella se me presenta y yo le correspondo. Amigable, mi compañera de ocasión en estas lides narrativas me recomienda un restaurante cercano donde mi vegetarianismo podrá campar en libertad. Las Veganas, se llama. Seguro mañana iré. Retomo mi itinerario, caminando. Una vez más

estoy perdido y, para llegar a la sede de la Secretaría, debo valirme de los servicios de un taxista compasivo.

De ahí, en compañía de Santiago y Claudia, nos desplazamos en van al taller en la Casa de la Literatura San Germán. Un grupo nutrido de talleristas, talleristos y talleristes me recibe hospitalario. Una vez más la envidia anida en mí. ¿Y si mi ciudad tuviera una casa de la literatura, tan espléndida y bien situada como esa? Se supone que debo proponerles algún ejercicio de escritura. Buen pretexto para buscar inspiración en aquel puñado de colegas, pidiéndoles que escriban cuanto se les ocurra sobre las montañas. Los versos de Will, funcionario de la institución y poeta, me conmueven:

*Aquí
en la quietud de esta montaña,
suspiro por tu ausencia
y me despido de tu aroma.*

Le pregunto a Will en qué andaba pensando cuando lo escribió. Me confiesa que en su difunta madre. El turno, ahora, es para Jhovanny Andrés:

Creen que diciéndome picachero me insultan. No se detienen a pensar que ese Picacho me muestra la ciudad completa, con lucecitas y todo.

Me deja ver que Medellín es como un plato y, dentro, servido, está lo que más adoran los antioqueños: la bandeja paisa, a nosotros mismos.

El término ‘picachero’ me dispara recuerdos de música. Mi cabeza resuena al compás del gran Gildardo Montoya a dueto con Darío Gómez: “No sientas temor, mi vida. / Tú sabes de dónde soy. / No sientas temor, mi vida. / Tú sabes de dónde soy. / Yo soy de allí: del Picacho Picachón”. Pregunto a mis contertulios qué es eso de ser del Picacho. Me ofrecen explicaciones generosas sobre dobles sentidos y connotaciones eróticas que no alcanzo a comprender, pero que al cabo divierten. También me refieren prejuicios de clase. Me pregunto qué diablos es un picachero y abandono el lugar, prometiéndome investigarlo.

Al llegar al hotel reviso mensajes de texto. El primero en lista es del sobrino de Clemencia, quien me notifica su imposibilidad para acompañarme al Cucaracho. Así las cosas, iré solo y en taxi, mañana temprano. Me despierto e intento ir caminando donde las veganas, para no emprender el reto sin haber desayunado. La propietaria del restaurante es una mujer amable a quien me atrevo a interrogar sobre cuál es la otra vegana por cuya causa ha sido pluralizado el nombre de la marca. “Soy solo yo, pero el nombre del lugar me lo susurró una montaña, en Támesis”. “Tal vez las epifanías sí existan”,

me consuelo pensando. Luego torno a escribir en mi libreta un asomo de ensayo etnomusicológico.

Gildardo Montoya, uno de los letristas más ingeniosos que ha dado Colombia, convirtió en canción picaresca al Picacho, cerro medellinense con tanta historia como historias. La Billo's concordaba: "Desde las colinas de Medellín / se divisa el valle del Aburrá. / Cuna de los hombres que tiempo ha, / el carriel al hombro y la ruana gris, / forjaron para Colombia, con golpes de hacha, / todo el ancestro, caramba, de mi país".

Voy en taxi hasta el Cucaracho. Basta con asomarse para comprobar que la ciudad se rinde, sumisa y altanera al tiempo, a sus laderas. Como si las montañas fueran a la vez altar y amenaza: escenario de peregrinaciones dominicales, fondo de fotos familiares, refugio de pájaros y de balas perdidas, límite físico y también inspiración y plataforma.

Ascender al Cucaracho es entrar en el reino inclinado de Medellín. Las calles se enroscan como víboras en pendiente, desafiando al caminante con su geografía sin tregua. No hay concesiones aquí para el plano: la vida sucede en zigzag, sobre escalas imposibles, en andenes que a veces existen y a veces no.

Rumoran que se llama así por los cucaracheros, esos pájaros curiosos que se asomaban al valle cuando todo esto era puro campo. También por el cucaracho, un árbol. Antes de las casas de ladrillo desnudo y los techos de zinc, aquí había

potreros, veredas con quebradas cantarinas y casonas campesinas donde la élite venía a descansar. Pero bastó una avalancha en 1880 para cambiarlo todo: la gente huyó loma abajo, las tierras se repartieron y la ciudad se las fue tragando.

Hoy, la loma del Cucaracho es un barrio que se aferra a la pendiente con uñas y dientes. El suelo, curtido por lluvias traicioneras, se mantiene firme gracias a muros de contención y a la terquedad de sus habitantes. Entre guayacanes y pastizales sobreviven pequeños parches de verde, vestigios del pasado rural que se niegan a ceder.

El aire es fresco en la noche. El frío se cuela por los techos de fibrocemento y zinc, haciendo silbar el viento entre el cableado eléctrico que cuelga como lianas artificiales. Durante el día, el sol ilumina un mar de tejas grises y rojas, reflejando el calor sobre las calles empinadas donde se mezclan gritos de vendedores, risas de niños y el bramar de motos que suben a fuerza de primera.

Como en la mayoría de Colombia, el urbanismo aquí no fue planeado, sino aprendido a golpes. Las casas se acomodan donde pueden, levantadas con lo que había a mano: ladrillo visto, bloques sin pañetar, rejas recicladas. Algunas fachadas lucen tonos vivos; otras, el desgaste del tiempo. Los muros se convierten en lienzo para grafitis que declaran con orgullo el nombre del barrio: El Cucaracho, en letras chillonas, rodeadas de arte callejero que narra su historia con la debida dignidad.

Hay comercio de esquina: tiendas con mostrador de vidrio, cantinas donde se acunan desechos y talleres mecánicos que exhiben llantas viejas como tótems de otro tiempo. Las escaleras y rampas se vuelven parte esencial de la vida: aquí no se camina, se escala. Todo es subida o bajada. Todo exige un esfuerzo.

Desde lo alto, la ciudad se ofrece como una promesa: un tapiz iluminado en la noche, un horizonte que late. Se ven las luces de otros barrios, el río serpenteando allá abajo, el eco de una Medellín que sigue creciendo, devorando lomas como esta. Pero el Cucaracho resiste. Tiene su gente, su memoria de vereda transformada, su aire de comunidad que se reconoce en cada saludo, en cada grafiti, en cada ruta de bus que trepa para no dejar a nadie atrás.

Y aunque la modernidad intenta domarlo con proyectos de vivienda social y placas polideportivas, el Cucaracho sigue siendo eso: una loma que nunca se doblega, un barrio tallado en pendiente, un pedazo de Medellín que aprendió a vivir cuesta arriba. Consigo un taxi de vuelta. Le pregunto al conductor lo que sabe acerca de cómo se levantó el vecindario. César, que así se llama, me habla de invasiones. El término me resulta agresivo y prefiero no seguir indagando. Ya el día se ha puesto oscuro y ahora voy a cumplir un compromiso con mi buena amiga Diana Arrendondo o, dicho en

paísa, Dianarredondo, en la Casa Cultural Homero Manzi, una suerte de milonga. El propietario: un hombre amable. Los clientes: en su mayoría estudiantes.

Un par de hermanas, María Luz y Gloria, me miran curiosas. “Vos no sos de aquí, ¿verdad?”. Les pregunto por qué lo notaron. “Porque sos demasiado formal”. Diana llega tarde. La presento con mis dos nuevas amigas. Cuando Diana les dice que es estudiante de la Nacional, las dos se santiguan y hacen una cruz. Esto, lo juro, no es ficción.

Amanece. Me queda un día para ir al Picacho. Hasta que llegué a Medellín, en mi rolísima montañerada, supuse que el término ‘cerros tutelares’ era patrimonio bogotano. O así me empeciné en creerlo. Una manera sofisticada de llamar a las montañas de siempre y de conferirles cierta dosis de justo misticismo. Pero bastó un viaje, un par de giros mal dados, una subida caminando y una cabina del Metrocable para entender que en esta ciudad los cerros no son adorno: son guía, frontera, resguardo, amenaza y altar. Son los únicos que han visto todo y que siguen vivos.

El Picacho, más que montaña, es un testigo y, más que espectador, un protagonista. De frente a Bello, por la espalda a Robledo, con la mirada clavada en la ciudad como un Cristo en guardia. El Picacho es piedra, sí. Pero también es memoria. Fue parada entre Medellín y Santa Fe de Antioquia. Fue

nido de aves. Fue territorio de peregrinación, de contemplación, de vigilancia paramilitar. Fue monte, luego mirador, luego monte otra vez. A un lado se divisa Copacabana; al otro se sospecha a Gildardo Montoya cantando desde el más allá algún verso pícaro en puntos suspensivos.

Desde la cima, donde una cruz vigila, se despliega la ciudad como una maqueta que alguien armó a mano y con desespero. Está el velódromo, el estadio, el autódromo al que unos llaman elefante blanco, la Comuna Noroccidental entera, trepada a codazos por el costado de la montaña. Allá el Puente de la Madre Laura, aquí el barrio Nueva Jerusalén, allá las bibliotecas con nombres que evocan sabiduría en barrios donde el conocimiento es acto de resistencia. Eafit estudia las rocas del cerro como si en ellas estuviera grabado el futuro. Tal vez lo esté.

A lo largo del camino que sube desde el CAI —ese que la gente llama el de la 80 con 80, por cabalístico o por desesperación— se encadenan barrios de nombres esperanzados: El Progreso, El Triunfo, El Picachito. Como si la nomenclatura misma intentara, con buena fe y voluntad lingüística, reparar lo que el urbanismo y el POT no han logrado evitar: la invasión, la erosión, la autoconstrucción colgada de las laderas, los buses descendiendo como si la gravedad tuviera prisa.

El Picacho resume en piedra lo que Medellín ha sido, es y será. Lo recorren deportistas y también se ocultan parejas

en proceso de ruptura. Se cuentan historias de mujeres que suben una y otra vez buscando en el horizonte la posibilidad de que el amor regrese. Allí también habitan leyendas: el cura sin cabeza que merodea por los senderos, las abejas gigantes, los grafitis que se renuevan como si fueran hojas de calendario. Un letrero anuncia: “Ecoparque gratuito”. Como si lo esencial tuviera que recordarse con carteles.

Desde la cima uno alcanza a ver más de lo que puede nombrar. Y, sin embargo, todo parece repetirse: ladrillos, techos de zinc, gritos de niños, el chiflido de una olla a presión. Se diría que Medellín, desde lo alto, se ordena. Pero es un espejismo: la ciudad está en movimiento perpetuo, en proceso de caída lenta o ascenso forzado, como si todos sus habitantes caminaran cuesta arriba aunque estén en plano.

Medellín no es comprensible sin sus cerros tutelares, esos montículos que los urbanistas rebautizan con nombres serios pero que los habitantes convierten en excusa para caminar, en santuario, en mirador gratuito o en altar de barrio. Allí, donde el aire se hace más delgado, la ciudad se parece menos a una ciudad y más a la aldea que alguna vez fue. Una aldea que creció desordenada, agarrada como pudo a las piedras, y que hoy —entre mangos con sal, mototaxistas, metrocables, grafitis y memoria— sobrevive, vigilada desde lo alto por cerros que aún se creen dioses. Medellín se ha ganado el derecho de

presumir de metro, de líneas tranviarias, de empresas públicas, de fuerza de raza y de escaleras eléctricas, pero la verdad es que aquí las que mandan, con aquella impavidez que solo les he dada a las entidades milenarias, parecen ser estas montañas que ahora miro, cuando el día da sus últimos claros.

Tomo un taxi que va a salir caro, con destino a Ziruma en El Retiro, donde mis amigos Belladonna Wild e Iván me esperan con promesas de café caliente, mambe y silencio vegetal. En la radio suena un merengue en la voz de Sergio Vargas. Llovizna con levedad sobre la ventanilla y, mientras el vidrio se cubre de puntos de agua como un mapa líquido, recuerdo al taxista que habló del Picacho como el escenario de una invasión. Pienso entonces que, en realidad, todo asentamiento humano —lujoso o no, planeado o no— nace siempre de una irrupción. Que las ciudades, al final, son eso: un intento de aferrarse a un pedazo de tierra, a veces con ternura, otras con violencia, casi siempre con olvido. Y que los cerros que las rodean, esos que antes acogieron potreros, pájaros, cometas y entierros, nos observan ahora como quien contempla una obra ajena, esperando tal vez el momento en que todo regrese a ser monte. Yo, pasajero rolo en tierra ajena, no sé si regresaré. Pero ya es tarde y, por entre el vaho del vidrio, Medellín comienza a desaparecer.

Hace un año vivo en Bogotá, en el barrio Chapinero, y ahora tengo los Cerros Orientales como un telón de fondo permanente que cambia de color y textura según la hora del día y el humor del cielo. A veces sus laderas parecen recién lavadas; otras, se ocultan tras la neblina. Apenas empiezo a conocerlos y descubro que, en sus entrañas, hay caminos, senderos serpenteantes, quebradas y barrios que cuelgan de sus faldas como nidos de pájaro.

Un domingo de mediados de junio madrugo para recorrer Las Moyas, un sendero que se adentra en los cerros, justo detrás del barrio Rosales. La mañana amanece gris, y una lluvia fina no cesa. Al llegar al punto de entrada, un joven uniformado verifica mi inscripción en la *app* de LiveHappy y me invita a pasar por un portal de madera que parece abrirse a otro mundo: de bruma, humedad, monte. Es un recorrido de tres a seis kilómetros, de dificultad media, que atraviesa bosques y fragmentos de ecosistema de páramo y bosque altoandino.

En la antena, a menos de un kilómetro de recorrido, la tierra tiembla. Al principio pienso que son mis piernas las que tiemblan, agotadas por la subida, pero no: la estructura metálica se mueve de un lado a otro. El sacudón es corto pero intenso. Las sirenas —de ambulancias, bomberos, alarmas sísmicas— trepan chillonas y los caminantes a mi alrededor buscan protección, pero no hay mucho dónde esconderse.

Cuando compruebo que la tierra se ha quedado quieta, sigo subiendo, con el eco de las sirenas de fondo.

ESPACIO DE SILENCIO

La vegetación cambia: aparecen helechos, espinas, flores rojas. El olor a pino y eucalipto se mezcla con el de la tierra húmeda. El suelo se vuelve más liso, arcilloso; antes era más piedra, más raíz. La llovizna cae como una caricia de agua. Me adentro por un camino, pero la ciudad insiste: bocinas lejanas, sirenas, música que alguien reproduce desde su celular y fragmentos de conversaciones ajenas que me alcanzan como radios mal sintonizados. Me desvío por una trocha desgastada por los pasos. Encuentro un pequeño oasis de césped. Una pareja está sentada allí: ella, con la cabeza recostada en el hombro de él. Por fin, el ruido se apaga y puedo escuchar los pájaros, las abejas, el crujido de las ramas, las semillas que caen.

ALTO DE ENRIQUE (3.038 M S. N. M.)

Regreso al camino principal y sigo ascendiendo hasta alcanzar la transición al ecosistema de subpáramo. La tierra ya es oscura, casi negra. Hay una bifurcación señalizada con flechas: a la derecha, el camino más empinado, de dificultad alta; a la izquierda,

el de dificultad media. Todos eligen la derecha. Yo me voy por la izquierda. Es más cómodo, menos transitado y no tengo prisa.

Quiero caminar como escribo: paso a paso, sin tener del todo claro hacia dónde voy. Escribir también es eso: como subir una montaña. Hay que salir con lo necesario —agua, una manzana, una chaqueta—; en la escritura ocurre lo mismo: una historia a cuestras, apenas lo justo para empezar. En ambos casos, mirar la cima no sirve de mucho. Lo importante es ver dónde se pisa, elegir el siguiente paso, encontrar una raíz que sostenga. Los manuales dicen que no se debe escribir una palabra sin conocer el destino exacto, pero yo no escribo así. Tampoco camino así. La historia aparece como el sendero: con niebla, con lluvia, entre piedras. Y cuando parece que he llegado, descubro otra cima, un poco más alta. Siempre la hay.

MIRADOR LAS MOYITAS (3.100 M S. N. M.)

Una bandera tricolor, clavada entre piedras, ondea en lo alto y marca la entrada a Las Moyitas. Desde el filo de la montaña, Bogotá se despliega como un nido de termitas de madera y piedras arrancadas, en buena parte, a estos mismos cerros. Al borde del sendero, un joven vigila el paso. Tiene un machete recostado en un arbusto. Les dice a los caminantes que deben

apurarse: el acceso a Las Moyas se cierra a las 9:30 a.m. Faltan diez minutos. Todos apresuran el paso, menos yo, que decido quedarme a conversar.

El joven se llama Juan David García. Lleva chaqueta con capucha, un pasamontañas, y lo único que se le ve bien son los ojos: oscuros, rasgados, vivaces. Me cuenta que empezó como guardabosques en la quebrada Morací, un tramo del recorrido que hoy funciona como reserva natural, justo en medio de su barrio, San Luis, al otro lado de la montaña que tenemos al frente. Como quedaba cerca de su casa, comenzó a limpiar la quebrada y los bordes boscosos del barrio, entonces llenos de basura. El nacimiento de agua pura estaba atravesado por mangueras que usaban los vecinos para sacar agua, pero unos metros más abajo ya estaba contaminado.

—El ser humano es la peor plaga del planeta —dice.

La quebrada Morací nace en el páramo de San Francisco, en los Cerros Orientales de Bogotá. Baja dividiendo los barrios de San Luis y San Isidro, se une con el río Molinos y continúa su curso hacia el Juan Amarillo, hasta desembocar finalmente en el río Bogotá. Los barrios que la rodean comenzaron a formarse en los años cincuenta. Por entonces, solo había unas cuantas fincas y casas dispersas. Era común ver mulas cargadas de leña, y la actividad de las canteras marcaba el ritmo de la montaña. Con el tiempo se abrió la vía, llegaron

más familias, más casas, más necesidades. El agua empezó a escasear. Las piletas no daban abasto, y los nuevos habitantes siguieron subiendo, buscando dónde asentarse, cada vez más cerca del nacimiento de la quebrada.

—En ese tiempo, el agua se cuidaba. Servía para cocinar, lavar, bañarse. Los niños jugaban dentro del agua. Pero con tanta gente, ya no alcanzaba. Así nació Acualcos, el acueducto comunitario. Los vecinos más recientes llegaron cuando ya todo estaba hecho. Muchos no conocían el valor de la quebrada y comenzaron a enfermarla: arrojaban desechos de cañerías, basura. Entonces aparecieron los roedores, los mosquitos, los malos olores y las enfermedades en la piel. La mayoría de los niños sufría de blanquillo, un hongo que vive en el agua.

A Juan David siempre le gustaron la naturaleza, el páramo y todo lo que tuviera que ver con cuidar el ambiente. Por eso empezó a trabajar en la quebrada, quitando plantas invasoras y recogiendo basura. Más adelante, junto a otros jóvenes del barrio, armó campañas de reforestación con especies nativas como lulo, helechos, saucos, mano de oso y robles.

—Uno nace en la montaña y le coge amor —dice—. Yo de niño vivía en la quebrada, en el bosque. Nuestra casa queda en la montaña. El barrio está construido ahí, en la loma. Vivimos literalmente en el monte. Por eso le tenemos tanto cariño al páramo. Es nuestra casa.

Desde que tiene uso de razón, sube a la montaña; la conoce bien. Por eso decidió empezar a cuidarla. La gente subía sin ninguna regulación: entraban con perros, acampaban, hacían fogatas, pisaban los frailejones. Nadie ejercía control.

—Empecé solo. Me subía con mi machete a cuidar el camino. Hace ocho años robaban mucho por aquí. A los senderistas los dejaban descalzos, en calzoncillos. Más de una vez los apuñalaron por no dejarse robar. A raíz de eso empecé a generar cierto control. Yo conocía a los chicos que robaban. Eran muchachos del barrio. Vecinos. Por eso me gané muchos problemas. Me fueron a buscar a la casa, me amenazaron, pero yo no me dejé intimidar.

A comienzos de 2024, la Policía y la Fiscalía dismantelaron una banda conocida como Los del Sendero, dedicada a robar a ciclistas y a caminantes. Capturaron a su líder y a varios miembros. Se escondían entre los árboles, actuaban con violencia, portaban armas. Se estima que robaban hasta ochenta millones de pesos al mes. Para atraparlos, las autoridades usaron drones, cámaras y patrullas encubiertas.

—Yo sigo cargando el machete porque en el monte un guardabosques necesita un machete. En Antioquia, en el campo, los arrieros también lo usan. Pero ya no lo llevo por miedo. Hoy me siento tranquilo acá.

Con el tiempo se fueron uniendo otros muchachos del barrio que también querían cuidar del páramo. Armaron un grupo que, al principio, se llamó GuardaMoyas. Pero empezaron a surgir diferencias con jóvenes de la parte alta del barrio y el grupo se dividió. Uno de los integrantes incluso se tatuó el nombre y el logo original, y eso los obligó a cambiar la razón social. Así nacieron los Ecoguardianes.

Aunque el nombre cambió, la esencia siguió siendo la misma: cuidar la montaña y construir comunidad. Empezaron siendo apenas cuatro; ahora son más de veinte. Algunos de los que antes robaban caminan hoy al lado de Juan David y hacen parte activa del grupo. Otros están escondidos, presos o muertos.

—Luego nos aliamos con LiveHappy. Ellos se encargan de la parte administrativa: atraer personas, visibilizar el sendero, organizar adecuaciones. Nosotros hacemos el trabajo de campo. Es un trabajo en equipo para tener control sobre estas montañas. Desde acá vigilamos Guadalupe, Monserrate y La Serrana. Se han prevenido incendios, tragedias... muchas cosas. Una vez, un pelado se perdió por no poner atención. Pero para perderse aquí hay que ser muy bruto. Solo Peñalosa, allá por Monserrate. —Señala el monte y se ríe.

DESANDAR LOS PASOS

La lluvia cae con más fuerza y el viento gélido del páramo arrecia. Me despido de Juan David y comienzo el descenso. Se habla mucho de lo difícil que es subir, pero casi nadie menciona lo que implica bajar, desandar el camino. En la escritura, bajar sería reescribir, corregir, volver sobre lo dicho, buscar la palabra exacta. Es fácil resbalar.

Una caminante baja a saltitos a pesar del terreno empinado y resbaloso. Tiene las rodillas rojas, sangrantes. Todo tiene un precio. ¿Corre por su propio récord o por el que otra ha marcado? ¿Se supera a sí misma o a alguien más? No lo sé. Yo voy despacio. Muy despacio. Dejo pasar a todos para avanzar a mi ritmo.

El camino es una pista jabonosa. Me agarro de las barandas: húmedas pero firmes. Pienso en el editor: como esas barandas, está ahí para evitar que me caiga. Me ayuda a no perder el rumbo. En la escritura también se agradece una mano firme al descender: para no saltarme un peldaño, para ver lo que mis ojos cansados ya no alcanzan a ver. Puedes acelerar más de la cuenta, perderte, desviarte, pisar en falso. Entonces, el editor es quien te dice: revisa este paso, mira este hueco, ¿segura de que quieres ir por aquí?

MONTAÑA QUE RESPIRA

Estos cerros alimentaron el crecimiento de la ciudad: la más grande de Colombia y una de las más pobladas de América Latina, con casi ocho millones de habitantes. De sus laderas se extrajeron la piedra, la madera y el carbón con los que se levantó Bogotá. Donde hubo bosque, hubo cantera. Donde hubo páramo, hubo saqueo. Primero los españoles explotaron las montañas; después, sembraron pinos y eucaliptos para seguir extrayendo madera. En algunas fincas funcionaron chircales —hornos de barro donde se cocía ladrillo—, hasta que fueron clausurados en los años cuarenta. Muchos de quienes trabajaron allí se quedaron a vivir, dando origen a los barrios que hoy bordean la montaña.

Como un intento de remendar la herida, en la segunda mitad del siglo xx se introdujeron especies foráneas —pinos, cipreses, eucaliptos y acacias— que crecían rápido, pero no filtraban el agua ni daban cobijo a la fauna local. Aun así, entre claros y pendientes, la vegetación nativa del bosque altoandino y del páramo empieza, lentamente, a regresar.

En las entrañas de estos cerros, las laderas dejan de ser un simple telón de fondo. La montaña deja de ser paisaje: es un cuerpo vivo que respira y no se queda quieto. En sus pliegues habita un universo: frailejones centenarios, arbustos de arrayán, hibias y papas que brotan del suelo oscuro. Se han

identificado más de 350 especies nativas con nombres que parecen salidos de un herbario encantado: arboloco, duraznillo, bromelias, orquídeas, margaritas silvestres, brezos, siete cueros, caucho sabanero, arrayán, rosas de montaña.

Gracias a cámaras trampa, sabemos que estas montañas son hogar —y puente— de más de cincuenta especies de animales: zorros perrunos, tigrillos, cusumbos, ardillas, chuchas, curíes, guaguas, murciélagos, ratones de monte, comadreas y conejos de páramo. En el cielo, las aves vienen y van: pavas andinas, mirlas, patos, colibríes, búhos, águilas y gavilanes. Y más abajo, entre hojas húmedas o piedras tibias, se mueven reptiles: lagartijas, camaleones, culebras tierreras. También anfibios: salamandras sin pulmones, ranas venenosas, ranas de árbol, ranas de lluvia.

—¡Agüita, tintico, un electrolito!

Sigo la voz. En un puesto al lado de una caseta, dos jóvenes con el uniforme de los Ecoguardianes les reparten a los caminantes agua de arándanos y agua enlatada: nada de botellas plásticas. Algunos piden un tentempié. Uno de ellos me ofrece un tinto oscuro, espeso, como se toma en la montaña.

Se llama Erik Arboleda, tiene 23 años y es del barrio San Luis. Me cuenta que forma parte de un proceso de reintegración, y que él y su equipo se capacitaron en rescate de alta montaña, en Suesca, Cundinamarca. Mientras hablamos,

suenan un mensaje en el radioteléfono: una caminante se ha caído. La brigadista de primeros auxilios no puede atenderla: se torció el tobillo esa misma mañana. Entonces Erik agarra la mochila y sale al rescate.

Me quedo un rato más. Llegan dos policías, y la conversación gira en torno al temblor: en las noticias dicen que fue de 6,5 grados. Las sirenas se han silenciado. Termino el café y me despido. En la bajada me cruzo con Erik. Me cuenta que la chica solo tuvo un esguince leve y que ya la están atendiendo. Le pregunto si podemos vernos al día siguiente en su barrio. Me dice que justo tiene el día libre. Intercambiamos teléfonos y quedamos así.

Tengo lo justo para un taxi, pero ese domingo gris no pasa ni uno por Rosales. Camino un buen tramo, algo desorientada, hasta cruzar la Circunvalar y alcanzar la Séptima.

La ciclovía está a reventar. Llueve y escampa, pero la gente no se detiene: corredores empapados, ciclistas que esquivan charcos, patinadores que cruzan como ráfagas, perros con correa y sin correa, niños en triciclos, parejas tomadas de la mano, familias que se abren paso entre vendedores ambulantes.

Camino por el andén y, después de una larga caminata, llego a casa cansada, con la montaña todavía en los pies.

MONTAÑA COMPARTIDA

El páramo de Las Moyas forma parte de la Reserva Umbral Cultural Horizontes. Aunque es un territorio de alto valor ambiental y cultural, la mayor parte de sus tierras pertenece a propietarios privados. Sin embargo, gracias a acuerdos entre organizaciones sociales, ambientales y entidades públicas —como la Fundación Cerros de Bogotá, LiveHappy, la Fundación Ecoguardianes, la Secretaría de Ambiente y la CAR—, hoy la montaña es accesible para visitantes.

El sendero es de exigencia media, aunque hasta hace pocos años subir hasta allí era casi un deporte extremo, principalmente por la inseguridad. En medio de ese vacío nació LiveHappy, una *startup* social creada por tres amigos senderistas que también fueron víctimas de un robo en la montaña: Camilo Robledo, artista plástico; Rafael Torres, administrador, y Diego Barragán, ingeniero industrial. A través de su *app*, ofrecen múltiples experiencias: caminatas guiadas por distintos ecosistemas, meditaciones, recorridos por cascadas escondidas, contemplación de atardeceres bogotanos, entrenamiento en *trail running*.

Al final de la tarde, me reúno con Camilo por videollamada. Vive en Guasca, cerca del monte que ha caminado tantas veces. Solo alcanzo a ver su barba tupida antes de que apague la cámara.

—Queríamos recorrer las montañas, pero no había por dónde. Y daba miedo. Entonces surgió la idea: ¿y si vinculamos a los jóvenes de San Luis para que ellos mismos recorran, cuiden y cuenten su territorio? LiveHappy comenzó por ahí: por escuchar —explica Camilo—. Reconocimos ese saber como punto de partida. Ellos conocen los caminos. Ellos saben leer la montaña.

Así se formaron los primeros guías: jóvenes que comenzaron limpiando la quebrada Morací y que hoy lideran recorridos ecológicos, procesos de reforestación, talleres con niños, señalización comunitaria y educación ambiental. Muchos de ellos se agruparon en la Fundación Ecoguardianes, que hoy es uno de los referentes más sólidos en conservación comunitaria en Bogotá.

—¿Quién cuida mejor un territorio que quien lo habita? —pregunta Camilo—. Esa ha sido nuestra brújula desde el comienzo. La transformación no es solo ecológica, también es profundamente social. Muchos de estos chicos han vivido desplazamientos, violencias, pobreza. Por eso el proceso no se limita a formar guías: incluye redes de cuidado, acompañamiento psicosocial, formación con sentido. La meta no es solo generar empleo verde, es construir comunidad.

HABITAR EL BORDE

La mañana tarda en despertar. Sigo las instrucciones de Erik y camino hasta la Séptima con 72. Allí tomo el bus To6, que avanza con los vidrios empañados por la llovizna. A mitad de camino, el bus se queda varado y debemos esperar el siguiente.

En la escritura también hay varadas: momentos en que las palabras se quedan sin gasolina, en que las manos corcovean, la creatividad se apaga. Entonces, a veces, no queda más que esperar, darle aire al texto. O desviarse, empezar por otro lado.

Después de unos minutos llega otro bus. Subimos por la puerta de atrás y seguimos rumbo a San Luis, por la vía a La Calera, con los cerros desfilando por las ventanillas.

Chapinero y San Luis son dos caras de una misma montaña, dos formas distintas de habitar el mismo paisaje. Chapinero es uno de los barrios más antiguos de Bogotá. A finales del siglo XIX empezó a expandirse como parte del crecimiento urbano. Por entonces, las familias adineradas usaban los cerros del oriente como lugar de descanso: levantaron quintas con jardines, construyeron iglesias, y más tarde llegó el tranvía. Se trazaron barrios elegantes junto a quebradas como Las Delicias.

Más arriba, escondido entre las laderas, está San Luis. No creció con planos ni arquitectos. Se formó a pulso, con el esfuerzo de familias que llegaron buscando dónde vivir. Son dos

maneras distintas de mirar la montaña. Pero ambas hacen parte de Bogotá, y de quienes han hecho de estos cerros su hogar.

Rumbo a La Calera, pasamos por Canteras, donde aún se venden lajas, piedras, pilas y fuentes. Aunque la extracción fue legal en su momento, hoy está prohibida. Me bajo en La Capilla: la parroquia Santa María del Monte. Una construcción sencilla, de fachada en piedra amarilla, con detalles rústicos y artesanales. Tiene un campanario del que cuelgan dos campanas y una cruz que se alza en el centro, justo encima del portal.

El clima está indeciso: hace frío de páramo, soplan ráfagas de viento, el sol apenas calienta, rocía y escampa. Nadie sabe si sacar el paraguas o volver a guardarlo. Algunos se cubren con bolsas, otros simplemente se resignan. Hay perros callejeros de todos los tamaños, colores y mezclas. Deambulan solos o en manada, indiferentes al cielo que amenaza con llover.

Espero a Erik en la entrada de San Luis, antes del puente. Alrededor, hay talleres de motos, montañas de llantas, una parada de bus, un centro médico: la geografía habitual de los bordes urbanos.

Lo veo a lo lejos. Viene con un perro negro. Caminamos para encontrarnos. Me presenta al perro: se llama Socio. Erik es un muchacho delgado, de pelo corto y ondulado, con una mirada que inspira confianza. Viste *jeans*, camiseta y unos

tenis de marca impecables. Socio tira con fuerza del collar y nos obliga a apurar el paso.

Erik me cuenta que el perro llevaba varios días enfermo: sin apetito, decaído, con un tono amarillento que lo tenía preocupado. Pero esa mañana amaneció con bríos, con ganas de caminar. Me pregunto cómo un perro negro como el carbón puede parecer amarillo.

En 1976, Bogotá declaró esta franja montañosa como reserva nacional. Desde entonces, los Cerros Orientales son territorio protegido. Pero para entonces ya estaban habitados por comunidades campesinas, desplazadas y urbanas que llegaron con sus historias y sus manos a construir hogar. Algunas zonas fueron reconocidas como “preexistencias”; otras se reservaron para conservación. San Luis hace parte de esa reserva forestal. Durante años fue considerado un barrio ilegal, pero hoy está en proceso de legalización. Muchas de las casas más cercanas al páramo, así como aquellas junto a las quebradas, deberán ser reubicadas.

La familia de Erik, como muchas otras, viene de Santander. Su abuela Isabel, que murió hace poco, fue una de las primeras en llegar. Varias familias fueron reubicadas desde el barrio Bosque Calderón. Las primeras casas se instalaron cerca de La Capilla. La ocupación de la parte alta vendría después.

—Somos un barrio muy noble, sencillo —dice Erik—. No estamos rodeados de la maldad de Bogotá. Esto es más un

pueblito. Las familias se conocen, se cuidan. Hay canchas, comedores comunitarios, acueductos hechos con las propias manos. Nos llaman San Luis, pero en realidad somos cinco barrios: La Esperanza, San Luis, San Isidro, La Sureña y El Águila. Yo vivo en el páramo, a 2.800 metros. Allá arriba crecen frailejones de más de doscientos años.

Caminamos sin prisa. Cruzamos el puente de madera sobre la quebrada Morací y nos internamos en el barrio. Las fachadas de las casas lucen bien pintadas, algunas en tonos vivos. Hay ropa secándose en tendederos, antenas parabólicas sobre los techos, escaleras cubiertas de musgo, muros de latón improvisados. Las calles están limpias; muchas ya han sido pavimentadas. En varias viviendas se ven planchas de ladrillo esperando convertirse en segundos o terceros pisos. Docenas de perros callejeros rondan las esquinas; otros ladran desde terrazas, patios o ventanas. Pero Socio, imperturbable, sigue su camino sin prestarles atención.

Erik estudió la primaria en el Campestre Monteverde y terminó el bachillerato en el colegio del Verjón Alto, detrás de Monserrate. Tardaba más de una hora en llegar, y como el colegio no tenía muros, a veces se escapaba a la montaña. Tiene un hermano mayor, James, que trabaja como domiciliario, y un hermano menor, Danilo, que estudia gastronomía en el sena. Su madre, Marcela, los crío sola, trabajando como empleada en una casa de familia.

—Crecimos con varias fundaciones: Demente Producciones, Donde Nada es Todo, Sur del Cielo. Queremos que el turismo llegue no solo a los cerros, sino también a las calles del barrio —dice—. Por eso lo estamos embelleciendo. En el parque La Semilla hicimos adecuaciones: pintamos el piso, sembramos pasto, pusimos aros de baloncesto y cerramos el paso a las motos. Soñamos con hacer un mariposario. También cuidamos La Serrana, una montaña donde hay pictogramas muiscas. Es el segundo sendero que operamos los Ecoguardianes.

Antes de ser guardabosques, Erik fue cocinero. Trabajó en restaurantes y en la cocina de una clínica. Se unió a los Ecoguardianes para aprovechar sus días libres. Hoy lidera el equipo de comunicaciones. Gracias a un convenio con LiveHappy, estudia Guianza Turística en el SENA y Publicidad en la EAN.

—Es que siempre me gustó hablar. Fui buen mentiroso, pero ahora quiero ser honesto y morir bien. Somos nuevos en esto, pero vamos creciendo. Tenemos lo más valioso: el tiempo. Y con tiempo —dice Erik— se paga todo en la vida.

SUBIENDO AL PÁRAMO

Ya estamos a 3.000 metros. La tierra se vuelve fangosa; una vaca pasta en silencio con Bogotá al fondo, lejana, envuelta en una sábana de nubes. Las primeras piedras emergen del paisaje como fragmentos de meteoritos.

Erik se detiene junto al sendero y me muestra una flor: digital púrpura. Le digo que suena como el nombre de una banda punk. Se ríe. Me cuenta que hace rap, que creció con BR Producciones, que le gusta la poesía.

—Sócrates quería ser rapero —bromea—, pero como no existía el rap, terminó haciendo filosofía. La poesía, la filosofía y el rap cambian vidas. Le enseñan a uno a hablar, no a arañarse la cara.

No me dice nada la
poesía de estos años.
No saqueo ni bebo la poesía de otros imbéciles.
Busco una nueva, distinta a lo existente:
sin personajes ficticios,
sin tinta,
pero con mente.

Pasamos junto a una cueva de murciélagos que se extiende por casi un kilómetro. Más arriba, entre piedras y frailejones, florecen orquídeas silvestres y zumban los colibríes. De pronto, escuchamos un galope: una yegua pasa corriendo, sola, con una silla colgando del lomo. Un rato después aparece un muchacho: es el que vive en la casa más apartada del barrio, allá arriba, en pleno páramo.

Llegamos a otra cueva, más pequeña, donde Erik acampa desde niño, sin carpa, a la intemperie. En las paredes hay

dibujos infantiles hechos con tizas de carbón y colores. En el suelo, huecos abiertos por quienes alguna vez buscaron oro. Entre la tierra amarillenta, tres hoyos para jugar a la monedita.

Seguimos subiendo. Erik me muestra una puya loca, toda espinada, y un arbusto de uva camarona que da frutos dos veces al año.

—Es ilegal venderla —me dice—, pero en el barrio hacemos mermelada. Todo el páramo bota montón.

LAS MOYAS

Después de un buen tramo de caminata, llegamos a Las Moyas. Son formaciones de piedra inmensas, modeladas por siglos de agua, viento, silencio. Algunas tienen forma de cerebros gigantes; otras recuerdan fortalezas desgastadas por el tiempo. La lluvia ha tallado sus huecos naturales, creando cuencos donde aún se acumula el agua. Cada piedra tiene su nombre, bautizada por su forma: Piedra Castillo, Piedra Sapo, Piedra Vigía, Piedra Cocodrilo, Piedra Corazón.

Para los muiscas, estas piedras eran sagradas. Subían hasta aquí a agradecer el agua, a pedir equilibrio, a reconectarse con la tierra. Traían ofrendas: vasijas de barro (moyas) que llenaban con agua, medicinas, semillas o pequeños tesoros, y las depositaban en los huecos de las rocas.

Desde lo alto, Bogotá se extiende como una maqueta: avenidas amplias, calles irregulares. Se alcanza a ver la pista del aeropuerto, la mancha verde del parque Simón Bolívar, el trazado de calles, carreras y autopistas por donde cruza el tráfico como insectos recalentados. Hacia el sur, las laderas se ven densas, apretadas contra la montaña. También se distingue el estadio El Campín, la plaza de toros, los techos rojos de La Candelaria. A lo lejos, un avión se eleva con parsimonia y, por un momento, parece flotar sobre la ciudad suspendida.

—Todo esto es un ecosistema de páramo. Hace parte del sistema Cruz Verde-Sumapaz. Pero está aislado. Es una isla verde en medio de una ciudad que no para de crecer.

Caminamos entre las piedras. El viento sopla con fuerza. El silencio es espeso, antiguo. Paramuno. Entiendo por qué la cima de esta montaña fue, y sigue siendo, un lugar sagrado.

Nos quedamos quietos.

Frente a nosotros, la Piedra Corazón parece latir.

UN PASO, LUEGO OTRO

En el camino de regreso, pasamos por una cancha inundada, donde Socio se revuelca feliz, y por un pozo del que brota un chorro de agua fría y cristalina. Me mojo las manos, la cara, y hago un cuenco con los dedos para beber. Erik me muestra

el entramado de mangueras: de allí se abastece la gente del barrio, directamente del páramo. Siempre han tenido agua, incluso en las temporadas más duras de racionamiento.

Los perros nos siguen, ladrando con insistencia. Nos acercamos a la parada del bus. Cerca, una señora vende ropa usada. Ella misma parece salida de una vitrina: pantalón granate, camisa leñadora, chaqueta verde oliva y un gorro gris. Erik espera a que llegue el bus. Nos despedimos.

El bus baja casi vacío, dejando atrás las calles estrechas del barrio para tomar la carretera, llena de curvas. Miro por la ventana. Todo sigue ahí, en su lugar, pero ya no veo nada como antes.

Regreso a casa mientras la tarde bogotana se derrama. Me asomo por la ventana. Miro hacia los cerros y ya no veo solo una muralla verde: veo a Juan David abriendo trocha con su machete, a Erik subiendo con Socio entre los frailejones, a los caminantes que suben y bajan y la vida brotando en todas sus formas. Ahora los cerros no solo se dejan ver, también se dejan escuchar: las piedras cantan.

Y yo me quedo ahí, sola, frente al monte enmarañado de imágenes, ideas, palabras. Un bosque revuelto que debo escribir. Pero antes debo detenerme. Tengo las piernas cansadas de tanto andar, y la cabeza —en ebullición, como un huevo a punto de reventar— también necesita reposar. Que todo eso

se asiente, se decante, como el agua cuando deja de moverse.
Y entonces sí: escribir con lo que quede.

No sé cómo abrirme paso entre tanta rama, entre el follaje espeso de lo que vi y lo que no vi, lo que tengo delante y lo que quedó atrás. Está oscuro. Solo me guía una luz tenue, como de luna nueva.

Entonces doy un paso. Tímido. Torpe. El primero.

Pongo una palabra. Luego otra.

Y el sendero, poco a poco, se abre.

Juan Salazar Piedrahita

palmas de las manos; la figura está rodeada por fachadas de ladrillo y casas acumuladas entre la montaña, una sobre otra; en el horizonte se ve *una* parte de Medellín: el dibujo del metro y el edificio Coltejer y las nubes grises, revueltas. Tomo una foto.

Yo conozco a ese hombre... El del sol.

Hay que subir cuarenta y tres escalones. Arriba se está en el bullicio, otra vez: alguien con un megáfono ofrece plata. Huele a pollo asado.

El puente conecta dos barrios de comunas distintas de la Zona Nororiental de Medellín: Villa de Guadalupe (de Popular Uno) y La Salle (de Manrique). En la parte de Villa de Guadalupe, en la misma cuadra del puente, hay una panadería, una barbería y una tienda naturista donde venden velas:

—Mi hermano, una vela, por favor...

—Hay amarillas, rojas, moradas, arcoíris, verdes, blancas, rosadas...

Hay velas con la Virgen de Guadalupe en el plástico: su corona y su hijo entre las manos. El hombre organiza la mercancía; tiene la camisa abierta y, en medio, un rosario que le cuelga del cuello.

—Deme una amarilla, por favor.

—¿De qué tamaño?

—Esa mediana... No, la larga. La de la primera fila. ¿Cuánto es?

—Seis mil.

—Y... ¿usted sabe si esta sirve para los muertos?

—Uy, ahí sí no. Yo no sé de eso. Yo tengo los colores y tamaños que ve ahí —señala, entre asustado e indignado.

Nací en Cali. Cuando tenía seis años, la familia se mudó a Bogotá y dos años después mis papás se divorciaron. Él se fue a vivir a Medellín junto con las hermanas y hermanos y la mamá, mi abuela: Delia. La familia paterna es paisa: mis abuelos migraron, en la década del sesenta, desde Pensilvania, Caldas, hacia Medellín; a la ciudad llegaron porque mi abuelo (Hernando) asumió la dirección de la cárcel La Ladera, el centro penitenciario más grande, en ese entonces, de la ciudad. Vivieron en el barrio Boston, luego en Villa de Guadalupe y, finalmente, en Prado Centro. Delia, Hernando y sus diez hijos: la familia Salazar Martínez.

Recuerdo la casa de la abuela con las escaleras exteriores y el balcón con los cuernos gigantes colgando del techo —la abuela se subía en la silla y les echaba cáscaras de banano y de huevo a la boca de la planta, que yo no alcanzaba a ver, y la imaginaba con dientes afilados, masticando—.

Recuerdo el retrato gigante de la Virgen María con el bebé de cola rosada y curva; también el retrato del Padre Marianito —el “santo paisa”—, él con la mandíbula cuadrada y los ojos hundidos y el gorrito de marinero y las cejas pobladas.

Recuerdo los retratos que colgaban en el corredor de la casa: los abuelos en el parque —jóvenes— y sobre la mesa los niños Silvio, José Hernán y Lucy; la abuela caminando con tacones y falda y pelo corto —joven—, llevando a una hija con los dedos entrelazados —la niña atrás chupándose los dedos de la mano libre—; el abuelo con la corbata apretando la manzana de Adán: la mirada como cuchilla y el pelo engominado, hacia atrás; el matrimonio de Orley: las hijas alrededor de la abuela, con los vestidos largos y brillantes y las caras serias; los recortes de prensa de *El Colombiano* y *El Mundo*, de mil novecientos noventa y seis, organizados en *collage* y enmarcados, con fotos de Silvio y con titulares sobre su asesinato: “Hay que deslegitimar la violencia” / “Silvio Salazar, un hacedor de vida” / “Asesinan al líder comunitario Silvio Salazar” / “En la paz de su corazón” / “Que el aliento de Silvio los acompañe” / “Que no maten más líderes”, “Luto en la Nororiental” / “Perdimos los enamorados de la paz” / “Obispo condenó asesinato de líder comunitario”.

Cada año, en vacaciones, mis dos hermanos y yo íbamos a esa casa. Visitaba a mi papá, pero, sobre todo, jugaba fútbol

en la cuadra, con Jason y Alejandro y los gemelos, y después tomaba Coca-Cola con hielo. En esa casa me dieron un Play Station y me celebraron los cumpleaños con payasos y tortas con el escudo de Millonarios, aunque todos fueran de Nacional.

Me gustaba viajar a Medellín: me gustaba comer morcilla e ir a ver alumbrados y visitar a las primas de Envigado y jugar a las *barbies* con María Teresa y armar legos con Harold, el del frente, y montar en la moto del tío Jaime y escuchar su historia sobre cómo lo atacó un tigre y mis ojos brillando, sorprendidos, cuando mostraba la cicatriz en el pecho, o en el antebrazo o en el abdomen, tal vez.

No recuerdo haber preguntado por el cuadro de Silvio y los recortes. Nunca. No recuerdo escuchar a mi papá o a mis tías o a mi abuela hablando sobre ese cuadro y sobre el asesinato: el hermano. Recuerdo que me paraba al frente y veía las fotos y el bigote y la gorra y las camisas. Leía los titulares y hacía juegos de memoria: deslegitimar, violencia, nororiental, obispo... Y seguía el camino hacia la cocina, repitiendo las palabras, hasta que llegaba al horno y lo abría y cogía un pedazo de torta de vino o arepa de maíz en bolita —recién salida— y le echaba mantequilla y veía cómo se derretía el amarillo entre el blanco.

I

LA LLAMA

—¿Quiere hablar?

—¿Sobre qué?

—Sobre Silvio y el barrio Villa de Guadalupe.

—No... No me acuerdo. Yo me fui muy pequeño a Yolombó, a estudiar bachillerato.

—Pero me imagino que cuando usted iba a Medellín, en vacaciones, a visitar a la abuela, iba a la casa... ¿No se acuerda del barrio?

—Pueblerino... Muy pueblerino.

—¿A qué se refiere con pueblerino?

—Mucha gente en la calle, caminando...

José Hernán me dijo que al abuelo le gustaba el aguardiente y que de vez en vez se reunía con los amigos a jugar naipes, tomar y apostar. En una de esas, en algún parque —el sol arriba, los árboles frondosos, el aire moviendo las hojas que se aferraban a las ramas—, alguien le dijo que le vendía un terreno cerca: cerca al Parque Bolívar. El abuelo preguntó el

precio —estaba borracho— y escuchó la respuesta y le dijo que bueno: se dieron las manos y cerraron el trato.

Luego el abuelo fue a ver el lote y subió y subió y subió loma. Reclamó: que por qué lo había engañado: que le había dicho que estaba cerca al Bolívar, en la parte baja de la ciudad... Discutieron, pero la cosa ya estaba concertada. El abuelo le dijo a la familia que iban a construir una nueva casa y que, apenas estuviera lista, se mudaban.

En los setenta empezaron la construcción de la casa que ocupaba una manzana completa. El abuelo iba casi todas las semanas con un maestro y los trabajadores. Preguntaba, señalaba, se iba. En ese entonces el barrio era un conjunto de lomas con prados verdes y calles de tierra y algunas casas y caballos y vacas pastando. La ciudad estaba abajo. Arriba, en las montañas del nororiente, en Villa de Guadalupe, todavía era campo.

“Estos eran montes”, dice Elkin, quien nació aquí, y quien fuera uno de los grandes amigos de Silvio y de la familia, en parte. Tiene las cejas pobladas y una gorra; es de sonrisa fácil. Su papá cuenta que “don Evelio traía a los prisioneros de La Ladera para que construyeran la casa: que era una forma de que pagaran la condena... Eso me dijo mi papá: que traían camiones con gente de la cárcel”.

El abuelo les daba cerveza y carnes. Se dice que llevaba a los más juiciosos, “los que se portaban bien”.

Los prisioneros levantaron los tres pisos de la casa y marcaron el terreno para el solar y el huerto, e hicieron las paredes para los cuartos de las niñas y los niños de El Militar —así llamaban al abuelo—. Doña Delia, mi abuela, les ofrecía frescos de vez en vez.

Los Salazar Martínez se convirtieron en una de las primeras familias del barrio —lo que se dice “familia tradicional”—, junto con los Macías y los Pérez. Eran “los ricos”: tenían varios terrenos, además de la casa, y tenían un huerto donde la gente iba y les compraban tomates y cebollas y café. En la casa tenían sus proyectos: un jardín infantil, una peluquería y, después, un centro comunitario... Pero eso fue después: después. Antes de eso —años... tal vez quince años antes—, Miguel, uno de los mejores amigos de Silvio, vendía papas fritas, en tajadas, en el parque; era chiquito: tenía siete. Él iba a la casa de los abuelos a comprar el pique —el ajo y la cebolla y el tomate—, y Silvio lo atendía y le daba más de lo que compraba. Incluso, un día Silvio le dijo que no pagara, que era un regalo. Y Miguel volvió con la plata completa a su casa y su mamá le dijo que cómo así, que eso no podía ser verdad, que seguro se lo había robado o que qué se creían esos Salazar Martínez; que ellos —la familia de Miguel— eran pobres

pero dignos, que no necesitaban que les regalaran cosas. Así, pues, la mamá y Miguel fueron hasta donde la abuela, a darle la plata por lo que el niño había comprado.

“Así fue que conocí a mi compadre Silvio”, cuenta Miguel. “Después nos volvimos ñañas”.

II

LA CAVERNA

—Miguel me contó que Silvio le regalaba cebolla y cilantro para el ají de las papas que él vendía en el parque.

—¿Quién es Miguel?

—Un amigo de Silvio... Le decían Papitas... Era del barrio. Él iba a la casa a comprar el pique... Él hizo parte de Con-Vivir, también...

—En la casa teníamos hortalizas y cebollas. Había una cebollada grande. Incluso teníamos marranos... Mi papá alcanzó a tener marranos.

—¡Marranos!

—También había peluquería, jardín infantil y tienda... En el primer piso. Yo me escondía y tomaba malta con huevo crudo... Acurrucado.

Me lo imagino: en pantaloneta corta y apretada y las medias largas y unos zapatos de señor, duros. Las mejillas rosadas y el

pelo rubio; él agarrando la botella de malta, subiendo la parte de atrás con las dos manos y el pico en la boca: glup glup glup... Tragando rápido. Satisfecho. Acurrucado.

La abuela Delia me decía que rezara por los pobres. También me decía que fuera a misa e, incluso, me preguntaba que cuándo iba a ser “padrecito”, que ella le rogaba a Dios para que uno de sus nietos fuera cura. Por las mañanas, apenas nos despertábamos, nos decía “Viva Jesús...”. Y nosotros repetíamos: “Para siempre en nuestros corazones”.

A veces la veía entre la rendija de la puerta de su cuarto: ella rezaba en voz baja mientras sus dedos flacos se movían entre las esferas del rosario. De vez en cuando la escuchaba preguntarle a Dios por qué la había abandonado.

Hay un folleto de Con-Vivir en el que está la abuela con una falda larga y, al lado, la tía Ana; las dos sentadas. Es una foto: están en un círculo junto con otras mujeres, leyendo, con la mirada en unas hojas. Abajo de la imagen hay un texto: el título es “Encuentro comunitario de salud y bienestar para las mujeres”.

En la casa de la abuela hay otra foto: ella y el padre Juan están frente al púlpito de una iglesia; ella tiene el pelo corto

y abombado —como si fuera una nube castaña—, y tiene un pantalón largo *beige*, holgado, y una camisa; el padre —alto y flaco, con su barba espesa y larga— tiene una túnica blanca y encima una estola de colores naranjas, amarillos, violetas y rojos con pictografías indígenas y cristianas bordadas: espirales y churos y cuadrados y peces y manos. El padre Juan era español y lo recuerdo en una misa, en un cumpleaños de la abuela; también en la casa, sentado en la sala, comiendo galletitas y café, y sus piernas cruzadas y largas.

A mediados de la década de los noventa, la familia se fue de Villa de Guadalupe; el abuelo ya había muerto y varias de las hijas y los hijos tenían su casa y familia. La abuela se mudó y arrendó una parte de la casa y la otra parte se la donó a los curas montfortianos, para que construyeran el colegio del barrio, que todavía existe; la inmensa mayoría del lote quedó para ellos. La otra parte de la casa se la vendió, luego, a Silvio y a Con-Vivir.

“Su abuela prácticamente nos regaló esta casa... Estos tres pisos. Incluso ella quería darnos la casa de al lado, pero nosotros le decíamos ‘Doña Delia, nosotros no tenemos plata...’. Recuerdo que pagamos dieciséis millones... Nada”, dice Miguel. Piensa y me mira a los ojos. Por fin lo dice: “Ome, ¡es que usted sí es igualito a mi compadre Silvio! La altura, los gestos...”. Su mirada sigue en mis ojos... “Mire, yo sé que usted

es el sobrino de mi compadre, pero, la verdad, yo hablo con usted, sobre todo, por Doña Delia... Ay, con ella lo que sea”.

III

LA NOCHE

—Me dijeron que Silvio intentó ser cura, como usted...

—A mí no me recibieron: yo no pasé la entrevista. Silvio sí pasó, y se fue a Istmina, al seminario, para formarse como cura.

—¿Y él se retiró después?

—Sí.

—¿Y por qué no siguió?

—No sé.

—¿Y fue ahí donde se volvió de... izquierdas?

—Él tenía inquietudes por lo social desde antes, desde chiquito: él ayudó a construir la iglesia del barrio... A levantar piedras. Por ahí hay una foto...

—Entonces fue la abuela y la iglesia...

—Y el Papá Vicente, su bisabuelo. Él era dueño de una vereda, San Daniel, en Pensilvania, y le daba trabajo a la gente y les regalaba tierra. Su abuelo Hernando también era amplio: a la finca de Yolombó iban campesinos a pedir ayuda y él decía que no tenía plata, pero que ahí estaba la tierra,

para que trabajaran en ella o para que cogieran la comida que necesitaran.

Silencio.

—Mi papá mandaba a Silvio a Yolombó y le decía que trajera bultos de panela para la casa y él llegaba sin nada porque la repartía en el camino... A los pobres.

—¿Y el padre Juan? Yo me acuerdo de él... En un cumpleaños de la abuela, él dio la misa... No sabía que era de la teología de la liberación...

—Juan llegó al barrio cuando Silvio tenía quince años.

A los quince años, Silvio creía en Dios, rezaba todos los días, iba a misa los domingos y trabajaba como coterero en una trilladora, por Guayabal, abajo, en la ciudad. En ese entonces, en los setenta, el barrio seguía siendo una extensión de la Antioquia rural y había muchos potreros y lomas verdes, sin casas, y gallinas y marranos y vacas y perros. No había mucho que hacer —la verdad, ir al parque o ir a la parroquia de la Virgen de Guadalupe, que estaba frente al parque—. Rezar y jugar y trabajar, eso hacían los niños: vender papas o cargar

bultos o ayudarle al papá con el camión o los animales, y luego rezar, saludar a los amigos y a dormir.

Eso hacía Silvio, pues: después de trabajar en la trilladora, iba a la parroquia y se reunía con las compañeras de los grupos juveniles, donde se hacía catequismo y encuentros bíblicos y se cantaban alabanzas y donde se hablaba de pobreza e injusticia social. Los grupos los lideraban dos padres, Pepe y Juan: ambos eran seguidores de la teología de la liberación, un movimiento latinoamericano social y político cristiano, de bases comunitarias y populares y de prácticas directas (además de las espirituales) para combatir la injusticia. El padre Pepe promovía los encuentros culturales y deportivos (que partidos de fútbol y torneos, y que la chirimía y la banda de música). El padre Juan “era de base” —como se dice—: de ollas comunitarias, de apoyo a los sindicatos obreros del barrio, de intervención y solidaridad con las personas que estaban siendo desalojadas. Cuenta Miguel:

Esos curas eran muy hábiles, pues tenían el encanto de persuadir a los más viejos, pero también a los más jóvenes; con los viejos era lo tradicional: que la misa, que el Consejo de María y que la junta de acción comunal; con nosotros, con los jóvenes, era Jesucristo y la pobreza y la injusticia y la solidaridad. Y, claro, nuestros papás decían

No, estos son comunistas, y seguramente son los padres quienes les están metiendo cosas en la cabeza, pero... Bueno, igual van a misa y rezan...

Silvio y Miguel y Elkin y Ángel y los hermanos Gómez y Gonzalo, Édgar y César y las hermanas Rodas y Jairo Romero y Óscar Delfín y las hermanas Beatriz y Lucy y Gloria y Maribel se reunían casi todos los días en el kiosco del parque a tomar tinto y a conversar sobre los movimientos cívicos y la fuerza del pueblo y las posibilidades de conformación de asambleas barriales para que ellos —en conjunto, entre todas— tomaran decisiones para la comunidad y la construcción de espacios culturales como parques o bibliotecas o canchas de fútbol o incluso colegios populares y hospitales... Algunos empezaron a militar con la Juventud Trabajadora Colombiana (JTC), fundada por el padre jesuita Adán Londoño, y viajaron a Cali y Bogotá, a encuentros donde los formaron en derechos humanos y, también, en organización popular desde la teología de la liberación, desde la base. Los referentes eran la Revolución cubana y Paulo Freire y Camilo Torres y Orlando Fals Borda. Cuenta Miguel:

Eso era un caminar permanente... Nosotros nos subíamos todos esos morros, nos metíamos en cuanta rumba y sancocho comunitario había, y conversábamos y hablábamos

con la gente sobre el movimiento cívico y conformábamos asambleas barriales: que la gente se organizara.

Así crearon el grupo Rajaleñas, liderado por Silvio, quien era el mayor: tenía más de veinte años, mientras los otros catorce o quince. Rajaleñas creó la primera biblioteca comunitaria del barrio y creó, también, una chirimía que reunía a músicos de la zona y hacía fiestas para recoger fondos y comida para los sindicatos que estaban en huelga, por ejemplo. También hacían torneos de fútbol y conciertos y juntanzas culturales y actividades con niños y niñas.

En los ochenta, la configuración de “pueblo” cambió. Se empezó a construir más, a ocupar más espacios, llegaron más gentes y con ellas el comercio y las necesidades de supervivencia y, también, los conflictos y desencuentros... La iglesia no dio abasto para mediar y buscar soluciones. Y llegaron el Cartel de Medellín y las drogas, y con ellos el dinero “contante y sonante”.

Y esos pelados nos cogieron ventaja. Ellos ya tenían preparación militar, y si no la tenían, la aprendían: les daban una calibre 38 y quihubo, a “probar finura”: mataban policías e, incluso, a los mismos amigos del barrio o familiares... Aquí había un espacio, una heladería, que se llamaba Las Lejanías, y allí se reunían... Ese era el lugar de

encuentro de los sicarios y ahí llegaban las chicas y tal, y esos pelados contaban que “Ve, hoy maté a dos policías”, y empezaban a consumir alcohol y drogas y comida, y pedían y pedían... En una noche podían gastarse millones... De repente se empezó a relativizar el valor de la plata... Y nosotros no teníamos cómo pelear contra eso...

Miguel se calla. Piensa. Continúa:

Aquí llegaban campamentos del M-19 y de elenos y nos enseñaban a hacer armas hechizas y trabuquitos, y ya... Para ellos lo importante no era la formación militar, sino la ideológica: ellos no estaban pensando en formar un ejército, sino en hacer una avanzada hacia el futuro. La cosa es que nosotros parecíamos unos pobres güevones, nosotros éramos los nerds al lado de estos pelados del Cartel; ellos eran los Rockefeller: no les entraba ni la magnífica, creían que ninguna bala los iba a atravesar y se veían mandando a todo el mundo...

Silencio. Yo pregunto:

—Pero... ¿se llevaban bien? Digo, ustedes y ellos...

—En Rajaleñas no le hacíamos mal a nadie... De verdad. Nosotros ni siquiera intentamos moverlos a ellos; decidimos

concentrarnos en nuestros proyectos: en la biblioteca comunitaria, en los torneos de fútbol, en las juntanzas... Juan, nosotros no quisimos perder pólvora con gallinazos.

—Entonces aprendieron a convivir, cada uno en sus cosas...

—No, aquí no: aquí no había discurso para los dos.

En el ochenta y cuatro explotó una bomba en la estación de Policía del barrio, que quedaba en el primer piso de una estructura, frente al parque. Acusaron a varios integrantes de Rajaleñas, que ellos habían sido. Silvio se fue del barrio.

IV

EL MONTE

—Ahora solo le falta conocer la geografía de Villa de Guadalupe.

—¿A qué se refiere con “la geografía”?

—El espacio... El barrio...

—Ah, pero ya he conocido algo: he observado y escuchado y anotado... Conté las escaleras desde la esquina de abajo hasta la casa... ¿Quiere saber cuántas hay?

—No... A ver, ¿y qué comuna es?

—La Comuna Uno, Popular.

—No, señor.

—Sí.

—¿Eso no es Manrique?

—No.

—Pero la gente siempre dice Manrique...

—Es por el bus, que decía Manrique y subía por allá... Eso me dijo Miguel.

—Ah, sí. Puede ser.

El bus tiene el manubrio ancho y la palanca de cambios es larga: el tubo metálico llega hasta el segundo cuadrante del abdomen del conductor sentado, quien mueve el brazo de velocidad en velocidad: primera, segunda y tercera y otra vez primera, y así, como si manipulara una máquina excavadora o una de esas que tumba edificios con una esfera gigante; así lo imagino: el brazo moviendo la palanca como jugando hockey... Concentrado. Rápido. Seco. Sin miedo. La mirada fija al horizonte...

Se entiende de lomas cuando se está en el alimentador 6015-Parque Guadalupe. El recorrido se hace con el cuerpo inclinado hacia atrás: la espalda diagonal, la cara apuntando al cielo, arriba, arriba, arriba. Subimos.

Hay una pantalla rectangular con información que se mueve de izquierda a derecha: que el próximo paradero, que la hora,

que la fecha, que “recuerda que durante el viaje debes sujetarte bien porque el bus puede frenar en cualquier momento”.

El bus pasa de primera a segunda y luego a tercera, eso en diez segundos; acelera y cuando la calle sigue inclinándose, pierde el aliento y baja a segunda y run-run, otra vez tercera, el acelerador en el fondo, hasta que, una cuadra después, un viejo pasa lento y hay que frenar y otra vez primera, pero el semáforo está en rojo y hay que esperar un rato para coger ritmo de segunda y, justo, cuando ya se viene la tercera, llega la curva pronunciada y se ven los locales con repuestos de motos y talleres y otra vez primera y otra vez segunda, pero hay un policía acostado y los pasajeros se balancean por la frenada y primera, y otra vez segunda y el semáforo en rojo (otra vez), pero hay tiempo para ver la Droguería Manrique y al lado un mural del Medellín —el equipo de fútbol— que dice “Paixa Antioqueño” en colores blanco, rojo y azul, y seguimos subiendo: otra vez primera, y ahora las calles más estrechas y las casas de dos o tres pisos, nada más, y un aviso con “Crr. 44 con Calle 81”, y hacia la izquierda y luego hacia la derecha, y el bus cada vez más inclinado, como si estuviéramos en una lancha, subiendo la ola, y se pasa sobre huecos y se frena y otra vez primera y segunda y tercera (¡por fin!), pero hay una curva angosta —se ve la ciudad con sus edificios grandes a la izquierda—, y el bus en primera y una moto que

pasa al lado y el conductor con el cuerpo ladeado y toca frenar y sigue en primera y pienso (pienso) cuál será el Parque Guadalupe, y si el bus se sale de la calle, hacia qué barranco caemos e imagino a la gente gritando y nuestros cuerpos yendo hacia la parte delantera, yo agarrándome de una baranda y el señor gordo sosteniéndose de mi pierna y “Mi señora, ¿estamos cerca al Parque de Guadalupe?”. Y ella que sí, que solo falta La Salle y que después está el parque, que me avisa, y el bus pasa entre carros parqueados en los lados, en calles angostas, y subimos en primera, y la gente caminando, pasando de un lado a otro, atravesándose, y también los perros con la lengua afuera y el bus que frena y frena y de repente acelera y otra vez segunda, pero otra vez frena y una mujer con su hija, cogidas de la mano, y el otro con su carro parqueado, con las puertas abiertas, descargando canastas con pollos sin piel ni cabeza, y empieza a oler a pollo frito y la señora dice “Ahí, en la esquina”, que timbre: ese es el paradero, que después el bus sigue subiendo hacia San Pablo, más arriba.

Hay dos gallos de pelea picoteando granos entre el pasto seco. Un hombre carga tres bolsas en sus hombros y también

busca entre el pasto. Un perro baja la pendiente con la lengua afuera. El sol arriba y nosotros arriba, también. Qué calor. Un hombre mueve la cintura hacia adelante y hacia atrás en una máquina de gimnasio. Dos palomas se acercan: piensan que tengo comida o que soy comida. Un hombre en moto sube la pendiente en una llanta, en la trasera —su espalda arqueada y las manos haciendo una curva para agarrar y acomodarse con el manubrio arriba—. El Parque Guadalupe, con las bases de cemento, y las canchas y pisos llanos, e, incluso, con el prado y los árboles enraizados en el suelo, queda en una pendiente y los carros suben la calle de al lado con el cambio en primera; la señora con bastón, o el de la joroba, con camiseta amarilla, o el flaco que mueve los brazos, como péndulo, como si los dedos cargaran uñas de oro pesado, suben en primera, también: lentos y pesados.

En el parque hay unas canchas de microfútbol —en el centro—, y en las esquinas hay casetas donde venden mecato y accesorios para celulares. Al lado de las canchas, junto al gimnasio de máquinas amarillas y azules, están las mesas de ajedrez, de piedra.

Es la una de la tarde y el lugar está ocupado por viejos que juegan y ven jugar. En las mesas de ajedrez la gente calla y observa, solo se mueven quienes juegan. En las mesas de parqués la gente grita y se ríe y baten dados y mueven fichas y sacan billetes de dos mil para apostar.

Solo hay dos mujeres, las dos con el pelo hasta los hombros. Solo hay un hombre sin camiseta, durmiendo. Solo hay un hombre en silla de ruedas. Solo hay un hombre bajo una sombrilla que él mismo sostiene. Solo hay un hombre que vende BonIce, con el carrito azul, con el pingüino y, a su lado, una radiola que suena así:

Borracho en la cantina de puro sentimiento.
En menos que te cuento ya estoy pensando en ti [...]
Amarte fue mi suerte aunque tú no me quieras [...]
Yo tomo copas llenas mediadas por mi llanto.
Te quiero tanto tanto que solo pienso en ti.

El del BonIce se va y la música sigue: la radiola no era de él, sino del hombre de zapatos grandes, con punta redonda, de obrero, y de camisa de cuadros, con los tres botones de arriba sin cerrar y el pecho con los pelos grises. A su lado la radiola —cubierta en una bolsa negra—, que suena así:

Yo soy tahúr viejo y sé barajar
Levanta la frente no juegues deprisa
Son sotas de bastos te puedo rajar [...]
Te vieron jugando con todos los ases
Empaca maleta que aquí yo soy el rey [...]

Conozco las cartas soy un perro viejo
Perdiste al albur no vuelvas a jugar.

La casa de la familia queda a media cuadra del parque. No, mejor: la casa de la hoy llamada Corporación Con-Vivamos queda a media cuadra del parque. En la fachada, en la entrada, cuelga un cartel que dice “Desde la zona nororiental en pro de la organización comunitaria”.

Elkin está frente al computador, en la recepción: nos separa un mueble de madera —él adentro—. Ve un video de Silvio: “¿Ya viste este video?”, pregunta, mueve la pantalla hacia mí. “Yo te lo envío. Mira... Ahí estoy yo”, señala. “¿Sabías que Silvio estuvo en la Constituyente de mil novecientos noventa y uno? Ahí está dando el discurso”, nos callamos y escuchamos. Me mira: “¡A usted sí se le nota el Salazar!”. Hay un retrato grande de Silvio en el corredor. A lo mejor sí nos parecemos, pienso. También pienso en los fantasmas: tengo que comprar una vela.

Una mujer de unos cuarenta años se sienta al lado de Elkin, saluda y mira la pantalla del computador, luego escribe en un cuaderno.

—Mira, él es sobrino de Silvio... De nuestro Silvio —le dice Elkin a la mujer.

Ella levanta la mirada:

—¿De nuestro Silvio?

—Sí.

Saluda: me da la mano.

Elkin vuelve al video, vuelve a señalar:

—Esta frase la decía Silvio: “Nuestra acción es un canto a la vida y a la libertad”. —Me mira—: ¿Usted sí sabía que Silvio escribía poesía?

No.

—¿Usted sabía que esta casa era de sus abuelos?

(No. No sabía. “No sé nada, Elkin”, quisiera decirle. Son las tres y quince de la tarde, acabo de comer chicharrón con frijoles y agua de panela con limón, después de subir la calle inclinada, acalorado, y... No, no sé. No conozco a Silvio. Pienso en fantasmas, otra vez. Me da tristeza y rabia no saber nada, que no me dijeran nada. Imagino a mi papá, pequeño, corriendo entre estas paredes; pienso en el abuelo subiendo las escaleras. Los ojos se llenan de lágrimas, se acumula el agua, y el pecho se aprieta y dejo de respirar... Contención. Respiro y los ojos se van secando sin que las lágrimas caigan, sin que Elkin se dé cuenta, espero.)

—Yo no sé nada, Elkin. En la familia no se habla de esto —respondo, seco. Venganza. Trato de sonreír, un asomo de curva de labios. Le explico por qué estoy acá: para aprender, para saber de Silvio y la familia. Para escribir. Que soy periodista.

(Que vengo desde un hotel de El Poblado, que tengo una habitación en un piso alto, con desayuno *buffet*, y que me pagan: que no conozco el barrio, que no conozco a Silvio; que mi papá nunca habla sobre el tema, que en la casa hay un cuadro de Silvio, gigante, y que me da miedo verlo. Que me da miedo escribir sobre esto... Sobre mí. Sobre usted. Sobre esta pretensión: de saberlo todo con un par de visitas a campo y unas entrevistas y que así se vivió, que esto pasó, que esto aconteció... Que así lo asesinaron, que así asesinaron a mi tío... El que se parece a mí y del que no sé nada. Nada.)

—Estos tres pisos eran de los Salazar. Doña Delia nos lo vendió en mil novecientos noventa y dos. Ella no quería venderlos a cualquiera, entonces Silvio y Rocío hicieron la gestión. Donde estamos tú y yo quedaba, antes, un garaje, pero antes era la peluquería de una de tus tías... Luego se convirtió en el primer lugar de encuentro de la corporación. Yo recuerdo que nos sentábamos en unas llantas que Silvio trajo y organizó, que le regalaron, porque, tú sabes, Silvio manejaba taxi...

(No. No sabía.)

Elkin me dice que la familia tenía un jardín infantil, en la casa de al lado, donde ahora está el colegio; que quedaba en el primer piso, y que ahí estudiaron sus hijos; fue el primer centro educativo del barrio y fue parte del proyecto de educación comunitaria de Silvio —incluso su hija, Laura, estudió allí. Las tías se encargaban del jardín, a finales de los ochenta—.

V

FUEGO DE DIOS

—¿Pero usted va a escribir sobre Villa de Guadalupe o sobre una persona?

—¿Sobre una persona se refiere a Silvio?

—Sí.

—Ambas: el barrio y Silvio... Miguel me dijo que él le regaló a la abuela el cuadro con los recortes del periódico... El que está en el corredor.

—Yo fui quien lo mandó a hacer. Yo recorté los artículos y luego lo mandé a enmarcar.

—¿Y qué periódicos?

—Ahí están en el cuadro... Son de *El Colombiano* y *El Mundo*.

—¿Cuántos días estuvo viendo el periódico?

—Dos días.

—¿Y luego se lo regaló a la abuela? Ese cuadro siempre ha estado aquí... En Medellín...

—No. Yo lo tenía en Bogotá y cuando vine a Medellín lo traje.

—¿O sea que ese cuadro estuvo colgado en nuestra casa?

—Sí.

Silvio le envió una carta a la abuela, en el ochenta y siete, ya llevaba varios años fuera de la ciudad, luego de las amenazas a Rajaleñas; en la carta Silvio decía que se iba a casar. La abuela le respondió que con qué tipo de mujer. Luego envió otra carta diciéndole que ya se había casado. La abuela le respondió que por qué no la invitó. Luego envió una carta diciéndole que era abuela: que él y Rocío tenían una hija llamada Laura: Laurita.

Rocío y Silvio llegaron a Medellín en el ochenta y ocho. El embarazo tenía complicaciones y era muy probable que tuvieran que abortar, pero... No, la niña nació... Enfermita, pero nació, en agosto. La idea era dejarla en la ciudad, junto con la abuela y las tías —esa era la idea— y volver después, pero la niña estaba mal. Decidieron quedarse.

Y yo recuerdo que llegamos a la casa de la abuela, en Prado Centro, y que yo me escondía detrás de Silvio, con miedo. Yo era una campesinita, criada en pueblo, y yo veía a doña Delia, toda bien puesta, con sus taconcitos y su vestido... Yo me sentía un bicho raro.

Así dice Rocío... Su pelo negro, liso, hasta los hombros.

Laura, Silvio y Rocío vivieron en la casa de la abuela durante medio año, más o menos. La tía Gloria le regaló ropa a Rocío y, de una u otra forma, la integró a las rutinas de la casa y a la gente que vivía en ella: las tías. José Hernán le ayudaba a Silvio, le regalaba ropa o le buscaba trabajos. La abuela les atendía y cocinaba, daba consejos y rezaba. Cuando se fueron a Guarne, porque a Silvio le ofrecieron un trabajo en un restaurante llamado Las Carretas, la abuela les empacó una chocolatera y dos tazas para que prepararan el “algo” del día: chocolate en agua, con tostadas y, a lo mejor, un quesito. Dice Rocío:

Igual yo iba a la ciudad cada quince días, por Laura, que era muy enfermita, y Doña Delia siempre nos acompañaba al hospital y nos daba huevo... Doña Delia era una mujer hermosa. Si yo pudiera canonizar a alguien sería a ella.

Silvio empezó a trabajar como ayudante de construcción y Rocío se quedó en el restaurante, trabajando los fines de semana. La abuela tenía un taxi y le dijo que lo manejara —que aprendiera a conducir—; entonces Silvio, en sus tiempos libres, tomaba lecciones junto con su amigo Pacho Carretas, el dueño del restaurante. Después de unos meses empezó a manejar en Medellín: cogía un mapa y memorizaba calles y rutas. Se perdía. Llegaba por la noche y cuando le iba bien, traía un salchichón pequeño y lo repartía entre las tres. Cuando le iba mal... Aguadepanela, será. Rocío cogía bolsas del Éxito —el supermercado— y las marcaba y hacía los cortes en forma de pañal —de calzones triangulares— y se los ponía a Laura.

Rocío renunció al restaurante luego de trabajar durante ocho meses y, en ese momento, justo, llegó un señor y le ofreció a Silvio un taxi: “Se lo vendo”, le dijo, que se consiguiera un millón de pesos y le daba el cupo. Silvio habló con José Hernán (Joselito): “José Miel, *prestame* un millón de pesos”. Y él le dijo que bueno.

Entonces volvimos a Medellín y doña Delia pidió una de las casas de Villa de Guadalupe y nos la arrendó. No teníamos muebles ni nada, pero nos organizamos: en el primer piso hicimos un huerto, y alcancé a tener conejos y pollitos... Silvio estaba en el taxi y yo hacía unos cursos de máquina, de modistería, que daban en la Fundación San

Vicente de Paul, donde doña Delia donaba plata y organizaba eventos para los pobres. Luego empezamos a invitar a la gente a la casa: a hacer tertulias, a conversar sobre los contextos de violencia en el barrio, a volver a conectar... A volvernos a ver. Nos reuníamos en el garaje, donde estaba la peluquería de Lucy: organizamos el espacio con llantas y con unas telas.

Rocío y Silvio retomaron el trabajo político y, junto con otras cuatro parejas (Arley y María Helena, Alba Lucía y Julio César, Marta Cecilia y Gonzalo y Jimmy y Rubiela) fundaron la Corporación Centro Con-Vivir, en el ochenta y nueve.

El siete de noviembre de mil novecientos noventa, la Gobernación de Antioquia reconoció la personería jurídica de la Corporación Centro Con-Vivir. Su constitución se hizo en la iglesia Nuestra Señora de Guadalupe y las oficinas se establecieron en la casa familiar, al lado de la casa de Rocío, Silvio y Laura.

El programa político de la organización se basaba en cinco puntos: educación, arte y recreación, organización juvenil, salud

y autogestión económica y movimiento social. La intención era crear, planear y proponer políticas propias de desarrollo: desde el barrio, desde las comunas de la Zona Nororiental: Comuna Popular Uno, Santa Cruz, Manrique y Aranjuez.

Rocío se encargó de la parte cultural, Silvio de empleabilidad y cooperativismo, Arley de la plata —era el director— y Elkin de la parte deportiva. Así, pues, empezaron a hacer eventos: que la empanada más grande; que la arepa más grande; que el torneo de fútbol; que la siembra de árboles; que unos espacios de recreación y música y teatro para los niños; que ollas comunitarias; que pintar la casas, hacer murales; que las alboradas con las familias; que la semana por la paz... Al principio se sostenían con donaciones de unos amigos de Silvio (Adolfo Restrepo y Dinora Santamaría) y, luego, por algunas empresas antioqueñas que empezaron a financiar los proyectos. Así, tres de los integrantes lograron una mensualidad: el director de entonces, Arley; la secretaria, Aracely, y Elkin.

—Silvio decía que los líderes comunitarios tenían que formarse, que teníamos que profesionalizarnos... Y nos insistía y nos insistía: que el trabajo comunitario debía ser pagado, que se debía vivir de eso. Y él hablaba con gente para conseguir plata y vendía hasta tamales para pagarnos nuestros refrigerios y transporte... —cuenta Miguel. Elkin lo interrumpe:

—Sí, Silvio era un reclutador de talentos... Él era un embajador. Tenía una motico plus negra y un Chevette, el taxi, y se movía de un lado a otro, hablando, convenciendo... A mí me dijo una vez: “Elkin, usted viviéndole a la oligarquía y a la plusvalía...”.

Miguel lo interrumpe:

—Su discurso era bien veintejuliero: muy comunista. Y sí, era bien de izquierdas... Nosotros también, y no nos daba miedo: nosotros somos de pensamiento de izquierda, y también somos pacifistas: antimilitaristas... Y ese es un postulado que nos dejó Silvio.

Elkin lo interrumpe:

—Silvio era un man que trabajaba por todo esto: el convite, la fiesta, la gente, la comunidad...

No hay interrupciones. Silencio. Miguel continúa:

—Silvio era un sol comparado con nosotros, que éramos unos bombillitos.

Celmy Castro llegó a Corporación Con-Vivir en mil novecientos noventa y dos como psicóloga voluntaria. Luego, dos años después, viajó a Bogotá para hacer parte del Seminario de

Planificación Pastoral con los jesuitas; allí duró seis meses y cuando volvió a Medellín, acompañó los procesos de mujeres, niños y niñas en la Zona Nororiental. Después, entre dos mil ocho y dos mil diez, fue directora de la organización. Actualmente codirige el colectivo teatral de mujeres Piel Adentro.

Es una mujer seria: le molesta que la gente diga “red”, pues “en la red de la telaraña solo está el animal cazando”; no le gusta el proselitismo de las organizaciones sociales: “de hombres que se llevan el protagonismo de los procesos de base”; le incomodan los eventos largos, de “tanta cháchara”: improvisados, sin el cuidado de quienes asisten y de sus tiempos. Al principio no quería hablar conmigo o, mejor, le parecía que no era la persona indicada: que no era necesaria: “Yo no vivo en Villa de Guadalupe y ya no pertenezco a la organización”.

—Pero conociste a Silvio.

—Y conocí a Rocío y a Laurita y a Camila del Mar... Las niñas se mantenían en la corporación, porque vivían al lado...

Conversamos. Comimos corrientazo en el Parque de los Deseos, en el Parque de la Resistencia, después del evento de inauguración de Atemika (Asociación Tejido Mayor Indígena Antioquia):

—Celmy —interrumpo. Ya tengo confianzas. Confío en su transparencia—. Celmy, ¿de verdad Silvio es tan bueno como todas han dicho? Me inquieta eso de que todo muerto es...

—Yo te puedo hablar del Silvio que conocí. —Hace una pausa. Celmy es tajante: sus formas son afiladas, es como si hablara con puntos aparte, de corte en corte, dejando huecos para pensar y proseguir; ella deja que la escucha sea atenta: uno no se pierde en frases e ideas rápidas—. Cuando hacíamos alborada, él siempre nos acompañaba. Él siempre nos ayudó con el megáfono, también cargando cosas. [Corte. Punto aparte.] Era muy bondadoso: a nosotras nos acogía siempre en su casa, con todo el equipo, y siempre estaba en los almuerzos comunitarios. [Corte. Punto aparte.] También era muy bondadoso en su relación de pareja: nunca escuché a Silvio refiriéndose con morbosidad a otras mujeres. [Corte. Punto aparte.] Tenía una relación muy profunda con sus hijas. [Corte. Punto aparte.] Silvio no gritaba: era de tonos bajos. [Corte. Punto aparte.] Era noble y bondadoso. [Corte. Punto aparte.] Él se derretía por la comunidad. [Corte. Punto aparte.] Lo suyo fue puro bien común: siempre por los derechos de la gente empobrecida, para que tuvieran viviendas dignas. [Corte. Punto aparte.] Lo que hacía no era por interés personal, era puro bien común. [Corte. Puntos suspensivos...] —Celmy calla, mira al frente, a la nada, sus ojos brillan: las lágrimas se acumulan. Continúa—: Silvio se ganó todos mis respetos.

Pero hay un “pero”.

“Silvio repartía sus fondos”, dice Rocío: “que para la señora que no tenía qué comer, que para Fulanito que no pudo pagar los servicios...”. Calla y cuenta una anécdota:

Un día llegó sin la leche de las niñas:

—Mijo, la leche.

—No, es que imagínese que le di la plata a...

—No, Silvio... La leche de las niñas. No tienen. ¿Dónde está?

—Ay, hija, todos los niños toman aguadepanela, ¿por qué ellas no?

—¡Pues mis hijas no! Hágame el favor y me consigue la leche para las niñas.

(Imagino los ojos grandes de Rocío, más grandes, alzando su voz dulce y suave. Laura al lado suyo y Camila en sus brazos, con un vestido blanco, con una balaca de encajes en la cabeza, de menos de un año. Camila del Mar nació en el noventa y cuatro.)

—Él tenía prácticamente tres camisetas, y ya... E, igual, siempre buscaba la manera de ayudar. Por ejemplo, a Miguel

le prestó la cuota inicial de su casa. Y eso que no teníamos... —cuenta Rocío, sin rabia, suave, su voz dulce, sus ojos grandes.

—Mi mamá tenía que esconderle la plata a Silvio... Se la guardaba —dice Laura, seria. No es chistoso—. Él decía que los niños con hambre de Latinoamérica eran sus hijos... Y yo pensaba, chiquita: “Este man como que prefiere el movimiento social que a nosotras”. Y me dolía tanto... Todavía me duele... —Calla y se escucha el reguetón del bar de al lado. No digo nada. Laura recoge, suave, una lágrima con el dedo índice: el cuenco de sal. Mira hacia arriba. Me mira—: Días después del asesinato, mi abuelita me dijo que él se había ido porque Dios lo necesitaba. Yo le respondí que Dios, entonces, era un asesino... —Recoge otra lágrima, toma un trago y acomoda el cuerpo: la espalda recta. Respira—: Nadie te ha hablado de esto en la familia, ¿cierto?

—Nadie.

—Eso me da rabia... No, ya no me da rabia: ahora me da tristeza... Pero puedo entender: hay mucho dolor y miedo. —Me mira: ella sí se parece a Silvio, pienso—: Yo fui muy rebelde... Yo quería estudiar Historia y mi mamá me dijo que no... Ella tenía miedo. Yo empecé a militar... Ya hacía parte del cuadro e incluso me estaban entrenando. Un día salí a una marcha del Primero de Mayo y tenía unas papas bomba en la

mochila...Alguien llamó a mi mamá: que me habían visto con eso, y yo no sé cómo llegó y se metió y me agarró y me llevó.
Silencio.

Rocío me escribe un mensaje: “Hola Sebastián, le comparto algunas copias para su conocimiento y por si le sirven para documentar parte de la información”.

Hay fotos y algunos recortes de periódico sobre el asesinato; también un poema: “Poesía inspirado en Camilita de niña”, escribió Rocío:

Mirar que pregunta
Mirar que interroga
Mirar que cuestiona
Mirar de búsqueda
de luz, de esperanza
de futuro
Mirar profundo en medio
de las lágrimas
Mirar desde tu carita sucia
Mirar ese en el cual me miro,

me observo para retroalimentar
mi sueño.

Sí, ese tu mirar por el cual
continuaremos construyendo la
patria que otros obnubilados en
sus riquezas han parido
una venda de desesperanza
y muerte.

En los ochenta, Silvio se unió al Movimiento Cívico Comunitario, una organización que surgió de los paros cívicos de la década de los setenta. El movimiento reunía a gentes de municipios y barrios para marchar, bloquear vías, organizarse para dejar de pagar servicios públicos o para tomar de forma simbólica las oficinas gubernamentales o las asambleas populares. Las reivindicaciones se hacían, en su gran mayoría, por las alzas de las tarifas de energía o por la deficiencia de esos servicios. Silvio fue uno de los fundadores del Movimiento Cívico Comunitario en la Zona Nororiental, en Medellín, y eso le generó, junto con el trabajo con la corporación, cierta visibilidad. Silvio recibió y estrechó relaciones, en mil novecientos

noventa, con María Emma Mejía, la entonces directora de la Oficina de Asesoría Presidencial para Medellín, del gobierno de César Gaviria. Silvio recorrió Villa de Guadalupe y los otros barrios de las comunas nororientales junto con ella; allí insistió sobre la necesidad de procesos de desarrollo local, lo que después se llamó PAZ (Plan Alternativo Zonal), uno de los primeros antecedentes de políticas de planeación participativa del país. En mil novecientos noventa y uno, Silvio representó a la Zona Nororiental de Medellín en la Asamblea Nacional Constituyente, en junio; allí, en el Congreso, hizo la solicitud de declaración de emergencia social para la ciudad —que luego se aceptó— y, además,

[...] planteó la necesidad de crear 500 plazas para profesores en las comunas más afectadas por el conflicto, becar a los bachilleres de los barrios populares con un apoyo de un salario mínimo mensual, realizar acciones de distensión por parte de la Consejería de Paz y crear una Comisión de Verdad y Justicia para la zona.

Así escribe Edward Alexander Niño Viracachá en su trabajo de investigación, sobre reconstrucción de memorias populares, enfocada en la Corporación Con-Vivamos, de dos mil veinte.

Le estamos clamando al país que mire más de cerca nuestra realidad [...] Nosotros venimos levantando una alternativa civilista; sin embargo, nos encontramos solos [...] Nosotros estamos en medio de la muerte, pero también de la vida. Una cantidad de muchachos, por más torcidos, entre comillas, que parezcan, son jóvenes que aman, son muchachos que sienten, que palpan la vida. Son muchachos que después de hacer un camello, un trabajo, sienten remordimiento, lloran, van donde los miembros civilistas a plantearles sus problemas. Entonces, nosotros decimos, querido constituyente, ¿será que la única salida es el exterminio total de estos muchachos? Nosotros hemos dicho no. La única salida para estos jóvenes es un reencuentro con la sociedad: que el país político entre en conciencia a través de un pacto social y una concertación, porque es que nosotros no somos resentidos: nosotros amamos a todos los políticos de este país, sean conservadores, liberales, sean de izquierda... Las mismas instituciones armadas... Nosotros las amamos. Y creemos que si entre todos juntamos un abrazo fraternal vamos a sacar a Medellín de la situación en la que se encuentra.

Eso dijo Silvio en la Asamblea Nacional Constituyente. Lo veo en un video... Una y otra vez. Transcribo.

En mil novecientos noventa y cuatro se firmó el Decreto 356, que habilitaba a los gobernantes regionales a otorgar personerías jurídicas, en sus departamentos, a organizaciones privadas que querían armarse para ejercer vigilancia y seguridad en sus territorios: para crear Cooperativas de Vigilancia y Seguridad, las llamadas Convivir. La intención, en definitiva, era combatir a las guerrillas, tanto en las zonas rurales como en la ciudad. En Antioquia, entre mil novecientos noventa y cinco y mil novecientos noventa y siete, se registraron, según la Fiscalía General de la Nación, sesenta y tres cooperativas de vigilancia, que fueron avalados por el entonces gobernador Álvaro Uribe Vélez.

De repente la Corporación Con-Vivir, fundada cinco años antes por Silvio, empezó a ser confundida con las Cooperativas de Vigilancia y Seguridad (Convivir), pero no solo eso: el contexto de violencia de las milicias urbanas (de la década de los setenta), más el Cartel de Medellín y el narcotráfico (en los ochenta), y las políticas de limpieza social y persecución contra los líderes de izquierda (en los noventa) —a través de las recién organizadas Convivir— provocaron, pues, “que cayera la roya a estos territorios”, dice Miguel.

Primero. Silvio insistió en mantener el nombre: no lo cambiarían y se reunieron con Álvaro Uribe Vélez para decirle que

el nombre Convivir —de esos grupos paramilitares— los estaba exponiendo como objetivo militar, pero el gobernador dijo que no, que lo cambiaran ellos, que el nombre viene desde un ente ministerial (nacional), mientras el de ellos era local. “Señor gobernador, cómo va a poner a los jóvenes contra los jóvenes: se están matando...”. Y dijo que no.

Segundo. Empezaron las persecuciones por grupos de limpieza social, a imponer toques de queda y amenazas y retenes. Se pasó de “vacunas” a “aportes por la convivencia”. Les pedían plata a las gentes para cuidarlos, y se les veía en sus motos, requisando, amenazando... De repente, los de las bandas empezaron a pelear con los otros y a ver quién tenía el control de las zonas...

Tercero. En mil novecientos noventa y uno mataron a El Costeño, un joven, líder social. Era del barrio. Fue el primer aviso: ni siquiera la gente del barrio —de las entrañas, del que vieron crecer entre calles— se salva. Advertidos.

Cuarto. En la plaza pública, en el parque, en los comunicados, en los salones comunitarios, en los eventos y reuniones barriales... Silvio denunció: que a los pelados los estaban matando, que también los estaba formando militarmente, que con la plata pública estaban rondando los de botas negras y camionetas. Que no queremos a las asociaciones Convivir.

Cuenta Rocío:

Silvio se movió con las milicias, con los combos... Él se iba de un lado a otro: a San Pablo, a El Chakiro, a Guadalupe, a La Salle... Hablaba con ellos, mediaba... Desde la corporación organizábamos juntanzas e invitábamos a los de un combo y otro y ahí les decíamos que no se mataran, que ojo con la droga, que el barrio, que los niños, y dábamos carne y así... Silvio llegaba a la casa a las dos de la mañana, casi todos los días...

Elkin estaba pitando en un partido, como juez, en uno de los barrios vecinos, en la Nororiental, y cuando se estaba cambiando, después de dar por terminado el picado, alguien se le acercó, un conocido y, suave, cerca, le dijo: “Dígale al Mono que fue declarado objetivo militar por la organización. (Un hueco en el estómago.) Dígale que nosotros lo apreciamos, que se cuide”.

(Hay que tomarse un tiempo para encarnar, adolecerse y dejar fluir esa imagen: la amenaza de muerte, el miedo petrificando, hacer del muerto un cuerpo vivo.)

Esa misma noche convocaron a una reunión extraordinaria en la corporación, y él respondió que no se iba a ir y dijo una de sus frases —un clásico de este país—: “De aquí me sacan en cuatro tablas”.

Pasaron unos días y le dejaron un clavel blanco sobre la moto. Primera advertencia. Y pasaron otros días y llamaron al teléfono de la Corporación, en noviembre, y dijeron que habían matado a Silvio, y la persona que contestó llamó a Silvio, que estaba allí, y le dijo: “Ve, que aquí están diciendo que te mataron”. Y no: en el barrio El Jardín cogieron a bala a alguien que estaba en una moto negra —una plus, igual a la de Silvio— y que el conductor era mono —zarco— y de la misma edad. Entonces... pensaron que era él. Y todos supieron que no era casualidad: que lo confundieron. Segunda advertencia.

La familia se enteró, claro. José Hernán le dijo que se fuera. Rocío y él hicieron un plan: que él se iba a Pensilvania, donde nació, y que ella empezaba a estudiar en Medellín y que se podían ver cada tanto, y que cuando las cosas se calmaran volvía —como la primera vez—. Pero Silvio dijo que todavía no, que esperaran hasta enero, fecha en la que se publicaba la última edición del periódico de la organización, *El Convite*, que ya casi estaba. Pero, igual, prometió tomar medidas: entraría a la casa desde la puerta de atrás, no al frente, y si era muy tarde o se veían por ahí motos dando vueltas, pues, entonces dormía donde la mamá. Promesa.

Eso fue un día de diciembre del noventa y cinco. Y le volvieron a dejar otro clavel blanco. Tercera advertencia.

Silvio viajó a Nuquí con Laura y Camila. Volvió a principios de enero para un evento: habían regalado siete marranos y decidieron celebrar el día de los Reyes Magos (sábado seis) en el Aeroparque Juan Pablo II, abajo, en la ciudad, junto con toda la gente del barrio, comiendo y en los jueguitos y la montaña rusa y los toboganes y las piscinas. “Eso fue multitudinario”, recuerda Rocío.

Silvio se despertó el once de enero. Encendió su moto, a las cinco de la mañana, y llevó a Laura donde la tía Ana: las dos y Fernando, la pareja de la tía, se iban de viaje a Santa Marta. Luego, al mediodía, Silvio, Rocío y Camila almorzaron donde la tía Tina, junto con la abuela y la tía Lucy. A la vuelta, después de la comida, pararon en una tienda y vieron tejados y puertas y cosas para la casa —para más adelante—. Volvieron a Villa de Guadalupe. Silvio se fue a las oficinas de Con-Vivir, que ese día llegaba el boceto del periódico *El Convite* y quería leerlo. Le dijo a Rocío lo siguiente:

Laura y la tía Ana y Fernando estaban en carretera aún. Eran más de las tres y siete de la tarde. Unos policías las pararon, les preguntaron sus nombres y escucharon y dijeron que tenían

que irse con ellos de vuelta a Medellín, que un helicóptero las estaba esperando. Fernando se despidió de ellas.

Esto recuerda Laura del once de enero de mil novecientos noventa y seis: “Recuerdo cuando llegamos a Medellín. Yo vi el cielo y la noche estaba llena de estrellas”.















Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Es de color morado y en ella se publican los textos cuyos temas tengan relación con Bogotá y sus alrededores.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 2 | EL 9 DE ABRIL
(fragmento de <i>Vivir para contarla</i>)
<i>Gabriel García Márquez</i> | 45 | DE PASO POR BOGOTÁ
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX |
| 5 | BAILES, FIESTAS Y ESPECTÁCULOS
(Selección de <i>Reminiscencias de Santafé de Bogotá</i>)
<i>José María Cordovez Moure</i> | 59 | POR LA SABANA DE BOGOTÁ Y OTRAS HISTORIAS
<i>José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez</i> |
| 12 | CUENTOS DE BOGOTÁ
<i>Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento</i> | 77 | ESCRIBIR EN BOGOTÁ
<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i> |
| 16 | EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS
<i>Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero</i> | 82 | LOS OFICIOS DEL PARQUE
Crónicas
<i>Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga</i> |
| 26 | RADIOGRAFÍA DEL DIVINO NIÑO Y OTRAS CRÓNICAS SOBRE BOGOTÁ
<i>Antología de Roberto Rubiano Vargas</i> | 88 | RECETARIO SANTA FERREÑO
Selección y prólogo de Antonio García Ángel |

- 92** **RECUERDOS DE SANTAFÉ**
Soledad Acosta de Samper
- 93** **SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES**
José María Cordovez Moure
- 97** **BOGOTÁ CONTADA**
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastián Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero
- 101** **CRÓNICAS DE BOGOTÁ**
Pedro María Ibáñez
- 109** **BOGOTÁ CONTADA 2.0**
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra
- 117** **SIETE RETRATOS**
Ximénez
- 118** **BOGOTÁ CONTADA 3**
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres
- 126** **BOGOTÁ CONTADA 4**
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria
- 131** **VERSIONES DEL BOGOTAZO**
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero "Klim", Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia
- 133** **BOGOTÁ CONTADA 5**
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo
- 142** **BOGOTÁ CONTADA 6**
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez
- 148** **DE SOBREMESA**
José Asunción Silva
- 151** **LA CALLE 10**
Manuel Zapata Olivella
- 154** **BOGOTÁ CONTADA 7**
Orlando Echeverri, Margo Glantz, Betina González, Carlos Granés, Cristina Morales, Julianne Pachico, Antonio Ungar
- 156** **BOGOTÁ CONTADA 8**
María Leubro, Andrea Mejía, Juliana Muñoz, Andrea Salgado, Carolina Sanín, Lina Tono, Adriana Villegas

- 170** BOGOTÁ CONTADA 10
*Juan Álvarez, Rodolfo Celis,
Mauricio Montenegro, Laura
Ortiz Gómez, Lucía Vargas
Caparroz*
- 175** LA CASA DEL IMPÚDICO
BREBAJE
*Selección de Mario Jursich.
Luis Tejada, Arturo Manrique,
Alberto Lleras Camargo, Luis
Vidales, Lino Gil Jaramillo, José
Joaquín Jiménez (Ximénez),
Julio Abril, Pedro Acosta
Borrero, Eduardo Caballero
Calderón, Felipe González
Toledo, Alberto Yepes, Germán
Arciniegas, Álvaro Castaño
Castillo, Antonio Caballero*
- 180** BOGOTÁ CONTADA 11
*Lina Alonso Castillo,
Juan Fernando Hincapié,
Lizeth León Borja,
Juan Nicolás Donoso,
Laura Acero*

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



HORIZONTES



(Ilustración inspirada en la obra de Francisco Antonio Cano)

Bogotá y Medellín contadas fue coeditado por Idartes, BibloRed y la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín para Libro al Viento, bajo el número 183, y se imprimió en Bogotá en septiembre de 2025.

CIRCULACIÓN
LIBRE

183

“Las seis historias que componen este volumen nacen precisamente de esa conexión, ese portal entre las dos ciudades que configuran las montañas, de las que se descuelgan dos proyectos históricos gigantescos que no se encuentran en su centro ni en su cara más amable, pero sí en las historias de cada existencia que se refugia en las subidas y bajadas de ese inmenso tapiz”.

Santiago Rivas



COLECCIÓN CAPITAL

**libro al
viento**

En alianza con:

bpp

BIBLIOTECA
PÚBLICA
BOGOTÁ



SISTEMA DE
BIBLIOTECAS
PÚBLICAS DE
MEDELLÍN



Alcaldía de Medellín
Oficina de Gestión Cultural

Apoya:

comfama

Comité de Fomento a la Memoria



Red Distrital
de Bibliotecas
Públicas de
Bogotá



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
DARTES

